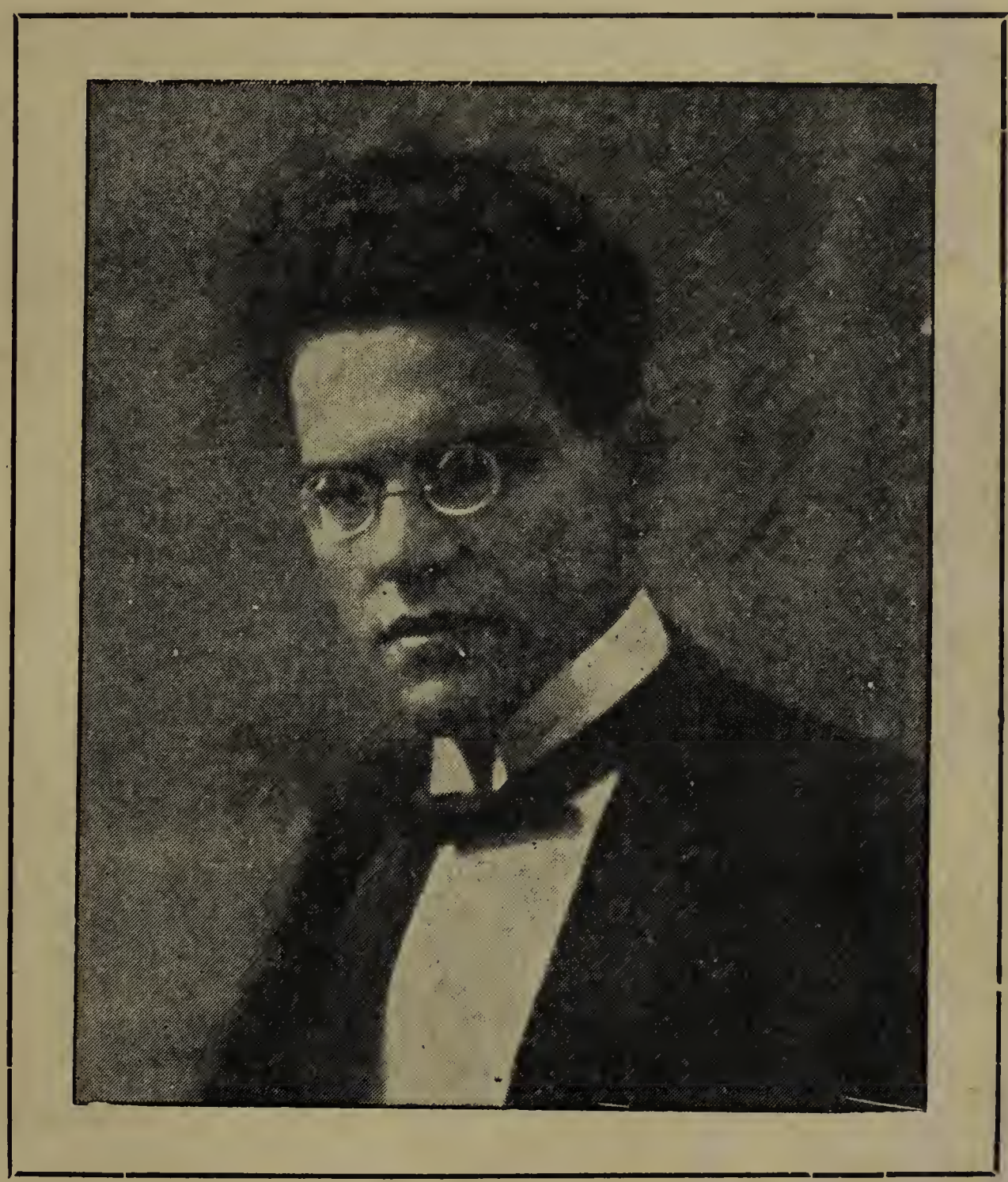
Repetida

NUESTROS SOLDADOS EN AFRICA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE



MARTIN BERRUEZO

estrenada con gran éxito

por la Compañía de Matilde Moreno, el día 3 de Febrero de 1922,

en el Teatro Victoria Eugenia de San Sebastián

▽ ▽ ▽

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1922

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado o se celebren en adelante tratados de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción. Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad. Queda hecho el depósito que marca a Ley.

643:3

Nuestros Soldados en Africa

Comedia en dos actos y en prosa, original de

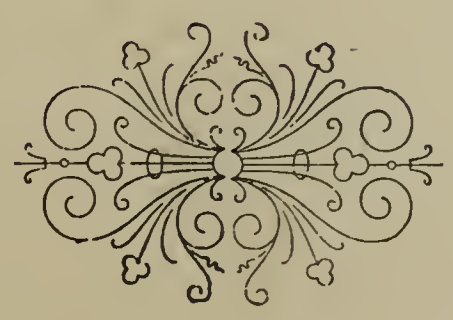
MARTIN BERRUEZO

estrenada con gran éxito

por la Compañía de Matilde Moreno, el día 3 de Febrero de 1922,

en el Teatro Victoria Eugenia de San Sebastián

▽ ▽ ▽



SAN SEBASTIÁN
TIPOGRAFÍA DE AGUSTÍN ARRIETA
LARRAMENDI, 19

1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VICTORIA	MARINA PUIG.
EMILIA	JUANA CÁCERES.
MADRILES	SR. CASTILLA.
PAQUITO	» DAFAUZE.
JULIÁN	» MARCUELLO
ANTOÑITO	» GONZÁLEZ.
DON JOSÉ	» RAEZ.
GUILLERMO	» RUIZ.
SEÑOR PATRICIO	» RAQUÉL.
SARGENTO GONZÁLEZ	» HONS.
Diez soldados comparsas	

ACTO PRIMERO

La escena se representa en un campamento de Africa. Es de día. Al foro un extenso campo que se pierde en una rocosa montaña. Un poco a la izquierda simula un riachuelo donde se hallan tres piedras de lavar. En la derecha último término, tienda de campaña. En el lateral derecha un moral que dá sombra a escena; debajo del moral un banco de piedra. Por el centro de escena ropa blanca; simula que la han puesto a secar. Esta ropa es: una camisa, unos calzones y varios pañuelos.

—

(Al levantarse el telón están en escena Madriles, Julián y Antoñito. Estos personajes frisan en los 22 años de edad. Madriles y Julián visten con pantalón, camiseta y gorro de campaña. Están a la izquierda del foro, sobre las piedras del riachuelo lavando su ropa. Antoñito viste traje de campamento con cartucheras; está recogiendo la ropa que hay en escena, que es la suya)

JULIÁN. ¡Hay que ver...! Quién me había de decir que llegaría un día en que yo me lavaría la ropa...

ANTONITO. Yo creía que la vida de campaña era otra cosa.

MADRILES. *(Levantándose de lavar y tendiendo la ropa por el suelo: una camisa, un calzón viejo y varios pañuelos).*

ANTONITO. Pues tú qué te habías creído...? Que aquí era como en San Sebastián...? que si hoy es moda en Igueldo; que si mañana hay thé dansante en el Casino; por las mañanas a tomar baños larguitos y con bañera...

JULIAN. *(Se levanta de lavar y hace con la ropa lo mismo que Madriles. Una camisa y varios pañuelos.)* Aquí ya lo ves; tú eres la cocinera, la lavandera, el limpiabotas, etc. etc...

MADRILES En una palabra: tú te lo guisas y tú te lo comes.

ANTONITO. Qué cosas tienes. Bueno pollos; voy hasta la tienda del cantinero a ver si agencio un sello, porque a pesar de que cobra una beata, como dice este... *(indica a Madriles)* andan muy escasos. *(Hace mutis por último término izquierda).*

MADRILES. *(Mirando por donde fué Antoñito.)* Oye... cuidado con la cantinerita, que como te pesque el padre sí que no te falta un sello, pero es en las narices. *(A Julián.)* Oye, Julián.

JULIAN. *(Sentándose en el banco.)* ¿Qué hay?

MADRILES. Te agradecería si me hicieras un favor...

JULIAN. Tú dirás. Si está de mi mano... con alma y vida.

MADRILES. Gracias, Julián. No esperaba menos de tí.

JULIAN. Nada hombre; dí lo que sea que ya me tienes intrigao.

MADRILES. Pues es... que me escribas una carta. Yo no sé escribir, y como mañana va haber pelea... por si me pasa algo.

JULIAN. Hombre, no sé por qué ha de ser mañana precisamente; todos los días nos pueden dar algún balazo.

MADRILES. Sí, sí; pero todo es cuestión de suerte. Yo estoy seguro de que mañana van a venir por mí.

JULIAN. *(Extrañado)* ¿Pero tú no sabes escribir?

MADRILES. ¿Te extraña?

JULIAN. Hombre, sí, porque hoy como está todo... no debía haber ningún analfabeto.

MADRILES. Pues sí que los hay.

JULIAN. Ya lo veo ya. Pero ¿de pequeño no te han mandado tus padres a la escuela?

MADRILES. Nó, Julián; no he tenido la suerte de tener unos padres que me hayan educado como Dios manda. *(Pausa)* Déjame que me siente a tu lado y te contaré la historia de mi vida.

JULIAN. *(Indicándole su izquierda)* Anda, siéntate aquí y cuéntame todo. Esas cosas me interesan mucho; me gustan.

MADRILES. *(Sentado.)* Pues verás: yo nací en el barrio de las injurias, en Madrid. Me crié en la calle, como la mayoría de los de aquél barrio. Vivía con unos que decían que eran mis padres, pero a juzgar por los tratos que me daban, para mí no lo eran. Cuando cumplí los nueve años de

edad me pusieron a vender «El Imparcial». Un día que se me hizo un poco tarde para ir a la Redacción no pude vender nada más que dos reales. Cuando llegué a casa y les entregué las cinco gordas, me riñeron, me pegaron y encima me mandaron a la cama sin cenar. Cuando me quejé a la que decía que era mi madre, me dijo que ella no era mi madre; que a mí me tenían recogido. Al otro día, sin desayunar, me mandaron a la Redacción. Me encontré con los amigos y les conté lo ocurrido, y ellos que también llevaban poco más o menos la misma vida que yo, decidieron que no volviéramos más por aquellos barrios.

JULIAN. Bien ¿y qué es lo que hicísteis?

MADRILES. Verás: nos pusimos a vivir todos juntos.

JULIAN. A todo esto cuántos érais?

MADRILES. Eramos... cuatro.

JULIAN. ¿Y quién os gobernaba?

MADRILES. Nosotros mismos. Comíamos en cá el Cascorro; una casa que daban el coci por cero veinte; y dormíamos en la posada de la soga.

JULIAN. ¿Qué posada es esa?

MADRILES. Es una que había allá, donde el rastro. No sé si existirá ya, pero en fín, eran dos locales grandes. De lado a lado de las paredes unas cuerdas recias; por el suelo paja y serrín. Pues bien: íbamos allá, pagamos diecito, apoyábamos la cabeza sobre una de las cuerdas, y hasta la mañana siguiente a las seis, que venía el posadero a soltar las cuerdas. El que por casualidad se quedaba dormido, o sea que no se despertaba un poco antes de venir el posadero, al soltar la cuerda iba al suelo. Era muy bruto el tío aquél.

JULIAN. Pues sí que era un buen despertador.

MADRILES. Como que tenía un golpe que no fallaba. Pues sí, Julián; así vivíamos, y nos salía el gasto del día a todo lo más por sesenta céntimos. Y esa era nuestra vida; desde la mañana hasta el atardecer, alborotando las calles para vender el periódico. Después nos reuníamos en una estufa. Allá nos contábamos las novedades de todo el día; jugábamos al toro, y fíjate la afición que nos entró de

ser toreros, que a mi compañero Paquito Rodríguez, como a mí, nos dió por ir a una academia a estudiar para toreros.

JULIAN. Y qué ¿llegásteis a torear?

MADRILES. Cá, hombre; nos suspendieron por no saber el andaluz.

JULIAN. ¿Pero eso también exigen?

MADRILES. ¡Bueno que si exigen! En la academia a que íbamos nosotros decían que nadie que no sabría decir... por ejemplo... «Frasquito, echa er botijo», que no podía ser buen torero.

JULIAN. (*Riéndose.*) Pues sí que tiene gracia. Bien, y entónces qué hicísteis?

MADRILES. Mi compañero Paquito tuvo ocasión de emigrar de España.

JULIAN. ¿Y tú?.

MADRILES. ¿Yo? Me quedé en Madrid. No tuve valor para abandonar mi tierra. Llevaba una vida de bohemio, sin trabajar. Comía de milagro... No encontraba trabajo de nada. Un día tropecé con uno de mis antiguos clientes de cuando vendía el periódico; un señor muy rico, muy amable: un perfecto caballero... (*Pausa.*) Cuando le conté la vida que llevaba me dijo estas palabras: «si quieres trabajar, en mi casa comerás».

JULIAN. ¿Y tú qué contestaste a eso?

MADRILES. ¿Yo? Le dije... ¡Usted es mi padre! Entónces el me dijo... Desde mañana te pondrás a mi servicio de botones. El por las noches me enseñaba a leer y escribir. A leer sí aprendí; nó muy bien, pero lo bastante para entendérmelas. A escribir no tuve tiempo de aprender. No sé si será porque yo era muy bruto, pero... bueno; la firma ya sé ponerla. Así pasé varios años. El año pasado me tocó las quintas, que es cuando os conocí a Antoñito y a tí. Pues el señor ese me pagó la cuota, y cuando me tocó venir a Africa, me enfardó bien de ropa y encima me dió quinientas laureanas.

JULIAN. ¿Cómo?

MADRILES. Quinientas beatas, o pesetas para que lo entiendas.

JULIAN. (*Asombrado.*) ¿Pero es de veras?

MADRILES. Como lo has oído. Soy madrileño neto y no sé mentir.

Así es que tú me dirás cómo se paga eso. Bueno; bien es decir que yo tampoco le he faltao ni en tanto así (*Señalando la yema del dedo meñique*).

JULIAN. Entónces ¿qué es lo que quieres de mí?

MADRILES. Ya te lo dije antes. Que me escribas una carta para ese señor; para decirle la vida que llevamos; para que sepa que me acuerdo de él...

JULIAN. Pero ¿es solo? ¿No tiene familia?

MADRILES. Sí, hombre; si entre familia y criados éramos siete en casa. ¿Por qué me lo preguntas?

JULIAN. Nó, por nada. Como no te oía hablar nada más que de él, por eso te lo preguntaba. (*Quedándose un poco pensativo*).

MADRILES. (*Levantándose.*) Oye, ¿me escribirás?

JULIAN. (*Levantándose también.*) Sí, hombre; a la noche, en la primera guardia te escribiré.

MADRILES. Qué bueno eres... Gracias, Julián; gracias.

JULIAN. Nada de eso; cuenta conmigo para todo lo que te ocurra.

MADRILES. (*Mirando por el primer término izquierda.*) Mira, por allí viene el sargento González.

JULIAN. Veremos qué novedades trae.

SARGENTO. (*Este sargento es un señor de unos 36 años, bien caracterizado y con bigote. Viste traje de campaña y va armado.*) Salud, muchachos. (*Entrando primer término izquierda.*)

JUL. Y MADR. A la orden, mi sargento (*A un tiempo*).

SARGENTO. Qué ¿hay buenos ánimos para entrar en el combate que se prepara?

MADRILES. Hay... y hay hambre, que es por el estilo en estos casos.. Bueno, que yo... en cuanto que pesque a un morito de esos, me lo jamo. ¡Vaya que si me lo jamo! No queda de él más que el turbante y las babuchas.

JULIAN. Y que tiene razon éste, porque la comida que nos dan no es para echar pantorrillas.

SARGENTO. Vamos, no os quejéis, que desde hace unos días se os dá algo más de tocino, y luego bien sabéis vosotros que de todo lo que esté en mi mano podéis disponer.

MADRILES. Muchas gracias.

JULIAN. Cuánto le debemos a usted.

SARGENTO. Nada, chicos, nada.

MADRILES. A propósito de eso: ¿está en su mano un barbero?

SARGENTO. (*Extrañado.*) ¿Por qué lo preguntas?

MADRILES. Pa que le diría usted si podría pasar por aquí por lo menos una vez todos los días.

SARGENTO. Pero... ¿es que aquí también queréis presumir?

MADRILES. Cá, no señor, aquí el que queremos que presumá es el tocino que nos dan, porque tiene el susodicho tocinito más pelo que un gato de angola.

SARGENTO. Bueno, ya exageraréis un poco.

JULIAN. No crea... La prueba es que un día éste y otro yo, tenemos el quehacerito de pelar el pollo como le dice éste. *(Indicando a Madriles.)*

SARGENTO. ¿Y como es que vuestro compañero Antoñito no entra en ese turno de pelar?...

JULIAN. ¿Ese?... Usted no le conoce... Es muy señorito... Ah, y eso no es lo peor, sino que encima nos insulta, porque dice que es cosa de marranos andar con el tocino entre las manos.

MADRILES. Bueno... hay que perdonarle al chico; bastante desgracia tiene con haberse enamorao como un burro de Emilia, la hija del cantinero.

SARGENTO. Pero... ¿está enamorado de Emilia?

MADRILES. ¿Le he dicho a usted enamorado?

SARGENTO. Si, enamorado.

MADRILES. Pues es poco; está por ella más loco que un cerrojo.

SARGENTO. Pero... si Emilia es una chiquilla, si lo más que tiene esa chica son unos diez y seis o diez y siete años, y a mi me parece que no es una Venus.

MADRILES. Pues con todo y con eso.

SARGENTO. ¿Antoñito conoce el geniecito del señor Patricio?

JULIAN. Ne sé si conocerá el humor de ese buen señor, pero nosotros ya le recomendamos que tenga mucho cuidado que no les vea él, y que delante de él no gaste ninguna broma.

MADRILES. Bueno... yo ya le dije el otro día que se andara con mucho cuidado, porque del primer golpe que le dé el señor Patricio el día que los encuentre juntos, le pone

la cabeza de tres picos.

JULIAN. (*Mirando por el primer término izquierda.*) Miren ustedes por dónde viene.

SARGENTO. Hombre, me alegro; así le diré cuatro cosas bien dichas y le haré saber que aquí los tres sois iguales.

JULIAN. Mire, por nosotros no le diga usted nada, porque luego se mosquea y es peor.

ANTONITO. (*Entra por primer término izquierda*) A la orden, mi sargento.

SARGENTO. Hola, Antoñito, me alegro de encontrarte; quiero saber una cosa.

ANTONITO. Usted dirá.

SARGENTO. Pues es que... según rumores, flirteas con Emilia, la hija del cantinero. ¿Es verdad?

ANTONITO. Estos se lo habrán dicho a usted, nó?

SARGENTO. Nó, estos nó; me lo dijeron ayer; no sé quien me lo dijo; como diciéndome que te prepares para recibir unos cuantos estacazos en cuanto que os vea el padre juntos; así es que te puedes ir preparando.

ANTONITO. ¡Bah! No es el león tan fiero como lo pintan.

SARGENTO. No sé si será, pero por si acaso, que no te vea mucho por allí, porque él ya debe saber algo.

ANTONITO. ¡Calle!... pues tiene razón; cuando he ido a comprar un sello, me ha echado una mirada que por cierto no me ha gustado mucho...

SARGENTO. Bien, y ella qué, ¿te corresponde?

ANTONITO. Por Dios, señor González... Si no llevamos nada más que unos días hablando, y cada día a ratos, cuando puede ella, que es cuando va a algún recado, que para eso yo la acompaño y encima la llevo la cesta.

MADRILES. Ah, pero ¿llevas la cesta?

ANTONITO. Entiende: cesta o paquete; quiero decir, la carga.

MADRILES. Entonces, ¿tú eres el burro?

ANTONITO. Mira, déjame en paz, que pa el buen entendedor con media palabra basta.

SARGENTO. Oye, Madriles; mientras tu compañero Julián me ayuda a un quehacerito que tengo, tú te quedas aquí cuidando esta ropa hasta que ellos vuelvan, porque luego a las once tenemos paseo militar, y antes quiero arreglar

unas cosas en mi tienda, asi es que hasta luego... (*Vánse Julián, Antoñito y Sargento por primer término derecha.*)

MADRILES. Que ustedes sigan bien. (*Mirando por primer término izquierda.*) ¡Pero qué veo!

PAQUITO. (*Este muchacho representa unos 24 años, viste uniforme de legionario. Muy asombrado.*) ¡Madriles!...

MADRILES. Pero... ¿eres tú, Paquito?

PAQUITO. (*Abrazándose.*) Sí, Madriles; tu compañero de penas y fatigas...

MADRILES. Pero... ¿de dónde sales?... Si yo creía que estabas por las Américas.

PAQUITO. Efectivamente; allí fuí cuando nos separamos.

MADRILES. ¿Y que ha sido de tu vida desde que nos separamos?

PAQUITO. Te diré... Bueno, primero vamos a sentarnos en ese banco, porque estoy rendido. Llevo tres horas andando sin parar. (*Se sienta*).

MADRILES. (*Idem.*) Chico te veo y no te creo.

PAQUITO. Y es para ello. ¡Quién nos iba a decir el día que nos separamos que nos volveríamos a encontrar aquí en Africa!

MADRILES. ¡Hay que ver!... Bueno, ¿quieres contarme algo de tu vida por el extranjero?

PAQUITO. Pues verás. Tú sabes que a mí me dijeron que en aquellas tierras ataban los perros con longaniza, ¿no fué así?

MADRILES. Sí, así fué.

PAQUITO. ¡Pues mira! Allí como en Madrid se atan las longanizas con perras, o parnet, que no es lo mismo... Pues bien, llegué a Buenos Aires, y fíjate qué buenos aires serían aquellos que la primera noche que estuve al sereno, agarré un catarro pero de lo más formalito que he conocido en mi vida; al otro día, encuantito que amaneció, me eché por aquellas calles de Dios a buscar trabajo, y doy de primeras con un salón de limpiabotas en el cual había un letrero que decía: «Hace falta gente». Bueno, leer yo aquello y presentarme con todos los rendibuses y reglas de urbanidad al dueño del establecimiento, todo fué uno.

MADRILES. Y qué, ¿te tomaron?

PAQUITO. Si, si, me tomaron, pero fué el pelo, porque me dijeron que hacía falta gente que se quisiera limpiar las botas...

MADRILES. (*Riéndose*). Está bien.

PAQUITO. Como comprenderás, cogí el portante y me largué a la calle.

MADRILES. Oye, ¿pero es que me vas a referir tu vida día por día durante los nueve años que hace que nos separamos?... Mira, a mí lo que me interesa es saber cómo nos encontramos aquí.

PAQUITO. Bien; te lo relataré en cuatro palabras. Yo, durante los nueve años que he estado en Buenos Aires he tenido varios oficios.

MADRILES. ¿Qué oficios eran esos?

PAQUITO. Tuve muchos... Fuí vendedor ambulante, repartidor de leche a domicilio... ayudante de un cocinero, en fin, muchos, y por último, que es en el que engordé y me puse muy lucido, fué que me hice lego de un convento.

MADRILES. Entonces, ¿has sido cocinero antes que fraile?

PAQUITO. Mira Madriles, chufleos no.

MADRILES. No; pero si es que me hace gracia. Anda, sigue.

PAQUITO. Pues sí chico; estaba aburrido de este perro mundo. Además, lo puedes creer que allí lo pasábamos pero que muy bien. No nos acordábamos de nada. La prueba es que se me pasó el tiempo de las quintas sin darme cuenta, y otra de ellas que cuando me despedí de aquellos reverendos padres les prometí que volvería, a no ser que aquí me dieran algún balazo que me mandaran a hacer una visita al Supremo Hacedor de las alturas...

MADRILES. Ah, pero piensas volver al convento?

PAQUITO. Eso era antes...

MADRILES. ¿Pues?

PAQUITO. Nada, que como me salga bien un asuntillo que tengo y que ya te contaré... voy, pero voy a darles las gracias por todo lo que han hecho por mí. Bueno, como te iba diciendo; entré de lego en el convento; yo allí no tenía más que hacer desde la mañana temprano hasta que se ponía el sol, que pedir por las casas. Un día pasé por una calle donde había mucha gente frente a una casa que había un letrero en la fachada que decía: Tercio extranjero. Pregunté a una de aquellas personas que se hallaban haciendo cola, que me dijera qué quería

decir aquello, y me contestó que en Africa había jaleo, que hacía falta gente para defender a España, que los moros se habían propuesto comer las uvas el día de año viejo en la puerta del Sol de Madrid, que al que se alistaba para venir aquí le daban mil y pico de pesetas... Bueno, oir aquello y correr a despedirme de los frailes y alistarme en el Tercio, todo fué uno.

MADRILES. ¿Y cuánto te dieron?

PAQUITO ¿A mí? Yo no quería nada... ¿Qué? ¿Me iba a comprar yo mismo?... ¿No es esta mi Patria? ¿No es esta mi madre?

MADRILES. Si...

PAQUITO ¡Luego entónces! Conque ya sabes cómo ha dado la casualidad de que nos háyamos encontrado hoy aquí.

MADRILES. ¡Hay que ver!... Parece que era ayer cuando nos despedimos en la estación, ¿te acuerdas?

PAQUITO. Sí que me acuerdo.

MADRILES. Los dos llorábamos como dos niños...

PAQUITO. Tú no tuviste valor para abandonar Madrid. Sin embargo yo, comprendiendo que con la vida que llevábamos no íbamos a ser nunca nada, no más que unos perdidos... no tuve más remedio que emigrar... ¡Tú no sabes lo que me he acordado de tí en todo este tiempo!

MADRILES. Y yo de tí... ¡no digamos!

PAQUITO. Bien, Madriles, bien. (*Saca una caja con cigarrillos finos.*) Qué, ¿quieres fumar?

MADRILES. ¡Chico!... ¿que es eso?

PAQUITO. (*Le da un cigarrillo y lo enciende*) Nada, hombre, que yo no gasto menos. A mí el tabaco de cincuenta me pone afónico si fumo mucho, y como yo fumo por lo menos un paquete diario, llega la noche y estoy afónico y mareado, y como ahora estoy en la convalecencia... No puedo cuidarme de cualquier manera.

MADRILES. ¿Como en la convalecencia?

PAQUITO. Sí, hombre; hoy mismo he salido del hospital. De allí vengo precisamente.

MADRILES. ¿Pues qué te ocurrió para entrar en el hospital?

PAQUITO. ¿A mí? Nada. Verás, yo no sé nada más que esto. Una tarde nos reunió el teniente coronel que nos mandaba y

nos dijo con su voz seca, cortada y nerviosa: Legionarios: Los moros han tomado anoche el blocao de Taquil-Manin, y nos han causado bajas. Después los regulares han reconquistado el blocao...

MADRILES. Si... Esto fué un poco antes de que a nosotros nos destinaran aquí.

PAQUITO. Pues verás; nos dijo así... Esta noche hace falta que aunque vengan los moros no repitan su hazaña. Necesito quince hombres resueltos a morir antes de que un solo enemigo se acerque a Taquil-Manin. El que quiera ser de esos, que dé dos pasos al frente.

MADRILES. Oye, Paquito, yo creo que eso es pero que... si en nuestros tiempos, cuando estudiábamos pa toreros nos hubieran dicho: Ahí tienes un miura diviértete con él.

PAQUITO. Pues nada, como lo has oído.

MADRILES. Y qué, ¿salieron los quince hombres?...

PAQUITO. No salieron; salimos, que no es lo mismo. Y no quince; cincuenta o más, todos dispuestos a todo, eso que todos sabiamos que se trataba de un riesgo seguro y grave...

MADRILES. Pero... ¿tú también salíste?

PAQUITO. ¿Yo había de ser menos que ellos?

MADRILES. Chico... perdona; pero de veras te digo que me quedo haciendo cruces. No te creía tan patriótico; como al fin y al cabo hubo un día en tu vida que despreciando tu patria emigraste...

PAQUITO. ¡Ah!... pero nunca sabe uno lo mucho que España vale hasta que no se está muy lejos de ella.

MADRILES. Eso será... pero sigue.

PAQUITO. Pues bien, éramos más de cincuenta los que salimos de las filas; al vernos nuestro jefe se sonrió con satisfacción, con orgullo; se veía que estaba contento de sus legionarios... Entónces, con acento en que a pesar de su dominio se notaba un trémulo de emoción, murmuró... Bien, muy bien.. Pero sobran hombres... En el blocao no caben más que quince... Entónces, rápidamente recorriendo la línea a grandes pasos, eligió a los necesarios... al pasar frente a mí... no puedo negártelo... temblé... me había elegido... Pues bien, empuñé el fusil y formé en el grupo; entónces para mí me dijo: ya sé

que vamos a resistir toda una noche de fuego; no me importa, no tengo a nadie en este mundo que pueda interesar mi vida; nada más que a mi patria, a mi querida España; voy a defenderla? ¿A morir por ella? Pues adelante; sea lo que Dios quiera. A la media hora partimos los quince hombres con nuestro jefe para el blocao; llegamos allí ya bien entrada la noche. Entónces el jefe nos dió esta consigna: Al menor ruido que se oiga, a una sombra sospechosa... ¡fuego! Entónces nos parapetamos ya dispuestos a lo que pudiera sobrevenir. No habían pasado dos horas cuando oímos que se acercaba el enemigo; empezó el tiroteo en uno y otro lado... y chico... no sé lo que allí pasó, pero lo único que sé es que al otro día me desperté en una rica cama. Creí que estaba en el convento... que todo lo que había pasado no había sido más que un sueño... Pero no fué así; estaba en el hospital... A mi cabecera había una lindísima enfermera. ¡Pero qué enfermera, mi madre!

MADRILES. Sí, ya me han dicho que hay una bestialidad de mujeres bonitas.

PAQUITO, ¿Bestialidad dices?

MADRILES. Sí, bestialidad.

PAQUITO. Pues es poco. ¡La pochez! Bueno, que en esos hospitales curas y enfermas...

MADRILES. ¿Cómo curas y enfermas?

PAQUITO. Entiéndeme, no seas bruto; curas el mal que llevas, mejor, dicho, la herida que tengas, pero enfermas de enagenación mental, porque te vuelves loco. ¿He dicho loco?

MADRILES. Sí, has dicho loco.

PAQUITO. Pues es poco; sales hecho una regadera... Creo que he dicho algo, nó?

MADRILES. Sí, has dicho regadera, pero sigue.

PAQUITO. Pues bien, yo, para trabar conversación con la susodicha que estaba apostada en mi cabecera, empecé por pedirla un vaso de agua: además, estaba muertecito de sed. Ella me miró y se sonrió al verme, y seguido de mi mesilla me dió un poco de agua con unas gotas de limón. Yo le pregunté que si sabía lo que ha-

bía pasado, y como yo estaba allí; entonces ella me dijo que lo único que sabía, que yo había recibido un golpe de culata por el cual había perdido el sentido, que llevaba veinticuatro horas sin volver en mí, que ya me iban a dar por muerto, y que era el único que quedaba de los que habían ido con el jefe, que también había sido herido.

MADRILES. Mira que es suerte, ¿eh?

PAQUITO. ¿Suerte?... No me digas; cuando no me mataron entonces, ya lo veo muy difícil.

MADRILES. No cantes victoria...

PAQUITO. Pues bien, así estuvimos hablando lo menos dos horas, pero chico, ¡qué mujer tan simpática!.. es de estas mujeres que llevàn el retrato de la simpatía en la cara, pero simpática en grado superlativo.

MADRILES. ¿Super... qué?

PAQUITO. Superlativo.

MADRILES. ¡Chico!, ¿sábes que no te conozco?... ¡Tú hablando así!

PAQUITO. *(Dándose importancia)*. Para saber hay que recorrer mundo; pues sí, querido Madriles, qué mujer, que dulzura en sus palabras, con qué acento decía todo...

MADRILES. Bueno, y tú majareta perdido por ella; contra más la tratabas más te gustaba, ¿no es eso?

PAQUITO. Sí, asi era...

MADRILES. Entonces, te enamoraste, ¿eh?

PAQUITO. Sí, chico; estoy por esa mujer más colao que el recuelo de nuestros tiempos. ¿He dicho algo?

MADRILES. Has dicho recuelo.

PAQUITO. *(Saca el reloj del bolsillo)*. ¡Chico! Si son las diez y veinticinco y aún me queda lo menos una hora de camino, y si no llego para la hora del coci, no sé lo que voy a jamar hoy; mira acompañame un poco y te contaré como he quedao con esa mujer.

MADRILES. Paquito... lo siento, pero no puedo acompañarte. Tengo que estar cuidando de esta ropa hasta que mis compañeros vuelvan...

PAQUITO *(Mirando por segundo izquierda)*. Oye, ¿quién es ese pollo que viene con esa muchacha? El trae una cesta al brazo.

MADRILES. Ahora si que te puedo acompañar; esperemos un poco a que lleguen y los dejaremos solos. Además que ellos nos lo agradecerán. Oye, ¿qué tiempo has estado en el hospital?

PAQUITO. Un mes proximamente; pero que para mí se me ha hecho como si fuera un día...

MADRILES. Y ella que es, ¿viuda o soltera?

PAQUITO. Solterita y además con guita.

MADRILES. Pero oye, ¿es que hablas también en verso?

PAQUITO. Si es que me entusiasmo solo de pensar de que aquel ángel pueda ser mi mujer. ¿He dicho entusiasmo?

MADRILES. Sí, has dicho entusiasmo.

PAQUITO. Pues es poco; me vuelve loco.

MADRILES. Luego entonces has desistido por completo de irte otra vez de fraile, ¿no es así?

PAQUITO. Mira no te digo más que esto; como se acabe pronto este jaleo y salga sano y salvo, me parece que mi vuelta a Buenos Aires será nada más que a pasar la luna de miel; conque por ahí podrás figurarte como habré quedado con esa mujer. ¿He dicho algo?

MADRILES. Sí, hombre; has dicho no sé qué de luna y de miel con una mujer, pero se vé que eres un hacha. (*Vánse por primer término derecha, entran en escena Antoñito y Emilia, por segundo término izquierda. Antoñito trae una cesta de paja en el brazo. Emilia es una muchacha de unos 17 años bien parecida, viste modestamente pero un poco coqueta. Van a sentarse en el banco que hay en escena.*)

ANTONITO. (*Dejando la cesta en el suelo*). Pero por Dios, Emilia...

EMILIA. Sé lo que me vas a decir; que ya estás cansado de llevar la cesta ¿no es eso?

ANTONITO. No, no es eso lo que te quiero decir... es que cualquiera que me vea... no sé lo que va á pensar de mí.

EMILIA. ¡Jesús! Pues no creo que sea alguna cosa del otro mundo que un hombre lleve la cesta.

ANTONITO. Mira, Emilia, que tú no conoces a mis compañeros, que son capaces de reirse de un cuadro, en particular Madriles.

EMILIA. Mira, Antoñito, todo eso que dices tú de que se ríen tus compañeros, no es sino pura envidia que nos tienen; asi es que vamos a dejar este asunto y vamos a lo que interesa. ¿Cómo no has venido esta mañana para acompañarme a la compra?

ANTONITO. No he podido; he tenido que lavarme la ropa, cosa que tampoco la veo muy apropiada para un hombre; pero eso aquí no hay más remedio, si quieres ir limpio.

EMILIA. Muy bien; eso me gusta, que te vayas acostumbrando a todos esos trabajos.

ANTONITO. Bueno, pero es que el día que nos casemos me vas a tener a mí... (¡Ya me veo de extremadora!)

EMILIA. Bueno, pero ¿que dices?

ANTONITO. Nada, que van diez.

EMILIA Pero ¿diez de qué? Habla claro, porque sino no nos vamos a entender...

ANTONITO. (*Enfadado*). Pues te lo diré de una vez. ¿Tú crees que hay algún nacido hoy en día que a su novia le lleve la cesta?.. Por Dios, Emilia... ¡que es el colmo!

EMILIA. ¡Ya!... ¿Pero vuelves a las mismas?

ANTONITO. *(Complaciéndola)*. No, no es eso, y no te enfades, yo te quiero mucho y no es cosa de que por una tontería nos pongamos así... Perdona si te he faltado.

EMILIA. No, si a mi no me has faltado, pero es que tienes unas cosas .. ¿Tú me quieres?

ANTONITO. Más que a mi vida. ¡Si tú eres la niña de mis sueños locos, si todo el día me lo paso con tu vago recuerdo que ne se aparta de mi mente ni un sólo instante.

EMILIA. Mira, todo eso lo has visto en el teatro o lo has leído. ¡A mi escenitas, nó!

ANTONITO. *(La coge una mano)*. Pero si es que te quiero tanto... Si no me canso de decirte que eres mi dicha, mi felicidad, mi vida.

EMILIA. ¡Mi padre!...

PATRICIO. *(Es un señor un poco ridículo. Viste vulgarmente de aldeano: frisa en los 45 años bien caracterizado con bigote, ha entrado en escena por segundo izquierda, tosiendo)*. Muy bien, muy bien. *(A Emilia)*. No pudiendo creer lo que de tí me decían, y creyendo que mentían, te vine esta mañana a ver...

ANTONITO. Oiga usted, que eso es del Tenorio.

PATRICIO. *(A Antoñito)*. ¡Calle usted! *(A Emilia)*. ¡Pero te juro malvada!..

EMILIA. Pero si yo...

PATRICIO. ¡Calla!... *(A Antoñito)*. Y usted, ya sabe como se queda con una mujer, una vez habiéndoles sorprendido la primera autoridad de la familia en un coloquio amoroso,así es que me dé su palabra ahora mismo de que tan pronto como termine la guerra, se casará usted con mi hija.

ANTONITO. Pero señor Patricio, reflexione usted, mire lo que dice...

EMILIA. (¿Luego entonces no me quería?...) Sí, papá sí; me quería seducir...

ANTONITO. (*Apurado*). No haga usted caso...

PATRICIO. No digo más, o se casa usted con mi hija tan pronto como termine esto, o ahora mismo le doy a usted un tortazo que va a tener que venir toda una junta de dentistas a arreglarle a usted las muelas.

ANTONITO. (¡Mi madre, que bruto!)

PATRICIO. Conque... ¿que me dice usted?

ANTONITO. ¿Yo?... Escribiré a la familia, le diré quien es usted y quien es ella y lo que ha pasado, y según lo que me contesten, veremos a ver.

PATRICIO. ¿Consultó usted con su familia para hablar con la chica?

ANTONITO. No...

PATRICIO. Bueno, para que vea que yo confío en usted y que espero se portará como un caballero... Luego a la tarde escribirá usted la carta a su familia, pero dictada por mí.

ANTONITO. Como usted quiera...

PATRICIO. ¡Ah! Y que sino, ya sabe lo que le espera.

ANTONITO. Si señor.

PATICIO. (*A Emilia*). Vamos que a tí también ya te voy a dar lo tuyo.

EMILIA. Papá, pero si yo...

PATRICIO. (Calla, tonta, que este se casará contigo.) (*Medio mutis*).

ANTONITO. Oiga, señor Patricio, que se dejan la cestilla. (*Coge la cesta y se la dá a Emilia*).

PATRICIO. Coge esa cesta.

EMILIA. La debías de llevar tú.

PATRICIO. Hala, vamos (*Mutis último, término izquierda*).

ANTONITO. (*Se queda pensativo y cabizbajo*). En menudo jaleo me he metido...

JULIAN. (*Entra por el primer término izquierda*). Antoñito, aquí me tienes. ¿Dónde está Madriles?

ANTONITO. (*Muy serio*). No lo sé.

JULIAN. Caray, parece que estamos de mal humor... ¿Te han dado calabazas?

ANTONITO. ¿A mí? ¡Aun no ha habido mujer que se me haya resistido!

MADRILES. (*Por primero izquierda dirigiéndose a Julián*). De don Juan, podéis dudar sólo vos...

JULIAN. (*A Madriles, riéndose*). La Emilia le ha debido dar unas calabazas pero hermosísimas.

MADRILES. No creas, pa mi lo que le han debido dar son melones.

ANTONITO. (*Se fija que hablan entre dientes*). Pero... ¿se puede saber lo que estáis hablando?

JULIAN. Mira, aquí comentábamos tu mal humor, y como sabemos tus flirteos amorosos con Emilia... Pues no sé que decía aquí Madriles de melones.

MADRILES. Y este (*por Julián*), no sé qué de calabazas... Asi es que tú eres el que debes resolvernos este problema frutífero. ¿No es así, Julián?

JULIAN. Sí, así es.

ANTONITO. Pues veréis; os lo voy a decir en dos palabras. O me caso con Emilia tan pronto como termina la guerra, o me dan una sarta de palos que no queda de mí ni el recuerdo.

MADRILES. Pero... ¿qué te ha pasao?

ANTONITO. Pues nada, que estábamos Emilia y yo s ntados en ese banco, y cuando mejor estábamos aparece el señor Patricio... y no quiero contar, lo que ha pasado, me ha puesto de vuelta y media.

JULIAN. Y a ella, ¿qué le ha dicho?

ANTONITO. No sé, pero también le estará dando lo suyo.

MADRILES. ¿Y tú que piensas hacer?

ANTONITO. Lo primero escribir a mi familia una carta, que el mismo señor Patricio me dictará esta tarde.

JULIAN. Pero bien, a tí Emilia te gusta, ¿no es verdad?

ANTONITO. Si me gusta, pero no para casarme enseguida. No sé lo que va a pasar en mi casa en cuanto que reciban la carta esa... A mi la acción del padre me gusta. Claro que es muy bruto .. Pero si todos fueran iguales, la juventud de hoy en día no estaría tan perdida.

MADRILES. Adios, tú; eso de perdida lo dirás por tí, porque yo bien sabéis que en estos asuntos soy cardíaco.

JULIÁN. ¡Ah! Que ya no me acordaba que de un momento a otro nos tocan llamada para paseo militar, asi es que vamos recogiendo esta ropa que ya debe estar seca. (*Empiezan a recoger la ropa Madriles y Julián*).

MADRILES. Lo que debe de estar tostada.

JULIÁN. ¡Callarse!... (*Se oye un cornetín que toca atención general y llamada*).

ANTONITO. ¿Que toque es eso?

JULIÁN. Llamada por el General. (*Entran en la tienda Madriles y Julián, dejándose en escena una camisa de Julián y los calzones de Madriles*).

MADRILES. Yo creí que era a rancho; entonces es como si dijéramos: «Cochero, arrea pa la Bombi, que creo que hay jaleo».

JULIÁN. (*Desde dentro*). Antoñito, échame esa camisa.

MADRILES. (*Idem*). Lárgame ese colador.

ANTONITO. (*Dándoles las prendas*). Allá vá.

JULIÁN. (*Dentro*). ¡Mira que tener que vivir asi por esos salvajes!..

MADRILES. Chico, esto no es más que rutismo; esto es muy hermoso. (*Salen vestidos y con fusiles*).

SARGENTO. (*Entra todo apurado*). Muchachos, ¿estáis preparados? (*Antoñito entra por su fusil a la tienda*).

JULIÁN. ¿Pero qué pasa? (*Se oye un toque de cornetín muy lejano que repite la llamada*).

SARGENTO. Que se han oído unos tiros del enemigo, así es que vamos, veremos lo pasa. (*Salen los comparsas de uno y otro lado con fusiles y van corriendo y desaparecen por el último término izquierda, se oyen tiros lejanos que no cesan hasta que cae el telón*).

MADRILES. ¡Coger piedras, que ya vienen!

SARGENTO. Vamos y sea lo que Dios quiera.

JUL. Y ANT. Vamos. (*A un tiempo: van a desaparecer último término izquierda*).

MADRILES. (*Corriendo*). A mí no me han dao tiempo de abrocharme los calzones. (*Mutis último término izquierda*).

(*Telón rápido*).

FIN DEL ACTO PRIMER

ACTO SEGUNDO

La escena se representa en una galería de un hospital. En el lateral izquierda una fachada blanca con una puerta que conduce a la capilla; arriba de la puerta un letrero que diga «Capilla». La derecha fachada blanca con dos puertas y dos ventanas; la segunda puerta conduce a las salas del hospital, la primera a la calle; al foro cristalera con su gran puerta en el centro que conduce al jardín. En escena un poco a la izquierda una mesita blanca, sobre la mesa varios periódicos ilustrados, dos sillones de paja blanca y escupideras.

(*Al levantarse el telón entran por la segunda derecha Madriles y Victoria. Madriles tiene la mano herida, la llera en un cabestrillo, viste como en el primer acto pero sin gorro; o sea, pantalón y guerrera. Victoria es una mujer bien parecida frisa en los 22 años, es una de las enfermeras del hospital viste uniforme de la Cruz Roja Española*).

VICTORIA. Mire, aquí puede usted tomar el sol y puede entretenerse viendo esos periódicos.

MADRILES. Gracias, muchas gracias. (*Se sienta en uno de los sillones*). Cuanto bien hacen ustedes a la patria.

VICTORIA. Ese es nuestro deber, dar vida a los que van a morir por nosotras.

MADRILES. Y dígame, ya que es usted tan amable. ¿Sabría usted decirme si ha estado en este hospital un legionario, un tal Paco Rodríguez? Creo que fué a raíz del desastre del blocao de Taquil-Manin...

VICTORIA. Sí, efectivamente, aquí se ha curado. ¿Usted le conoce?

MADRILES. ¡Vaya que si le conozco! Ese era mi mejor amigo de mi infancia; nos queríamos tanto como si fuéramos hermanos.

VICTORIA. Vaya, cuanto me alegro; así, hoy cuando venga, le diré que está usted aquí?

MADRILES. Ah, pero suele venir por aquí.

VICTORIA. Sí, viene casi todas las mañanas a ver algún amigo, además, dice que la vida del hospital le gusta mucho.

MADRILES. ¿Y a quién no le gusta esto? Si esto en comparación del campamento no es un hospital, es el paraíso terrenal. Oígame, ¿y cómo es que viene por aquí?... ¿Es que están por aquí cerca?

VICTORIA. Sí, están destacados a dos kilómetros de aquí, y cómo ya le he dicho a usted que a ese le gusta mucho el hospital...

MADRILES. Sí, cuando salió de aquí ya ví, por lo que me contó, que la vida del hospital no le disgustaba, y mucho menos el tratamiento de una de las enfermeras. (*Con coba*). Bueno, un estilo a lo que me está pasando a mí. (*Sonríe*).

VICTORIA. Bien, yo le tengo que dejar; mis servicios en la sala me reclaman. (*Medio mutis segunda derecha*),

MADRILES. Por favor, un momento. Le agradeceré me avise cuando venga el legionario de que hemos hablado.

VICTORIA. Sí, ya le avisaré, y sinó le diré que está usted aquí.

MADRILES. (*Con coba*). Muy bien, muchas gracias.

VICTORIA. (Si este sabría que la enfermera de Paquito era yo?...). (*Mutis segunda derecha*).

MADRILES. (*Coge un periodico de la mesa y lo hojea*). No sé por qué me huele que esta es la que me habló Paquito. Bueno, ya me enteraré.

JULIÁN. (*Entra por la segunda derecha: Cojea un poco al andar. Es que está herido en una pierna: Viste lo mismo que Madriles*). Me ha dicho nuestra enfermera que estabas aquí y vengo a pasar un rato contigo, tomando el sol.

MADRILES. Muy bien. Oye, ¿qué tal tienes la pierna?

JULIÁN. Bien, cada día mejor. ¿Y tú la mano?

MADRILES. A mí. Pronto me darán de alta; ya estoy casi curado, que por un lado lo siento, porque no va diferencia de la vida que aquí nos llevamos a la del campamento.

JULIÁN. Si que tienes razón, que así como así llevábamos cuatro meses sin acostarnos en una cama. Oye, déjame uno de esos periódicos, que ahí vendrán fotografías nuestras en campaña.

MADRILES. Sí, esta que estoy viendo es muy interesante.

JULIÁN. ¿Qué es?

MADRILES. Esto es... una retirada del enemigo.

JULIÁN. A ver, a ver... (*Acercándose con curiosidad*).

MADRILES. Mira. (*Le enseña el periódico*).

JULIÁN. Oye, pero si yo no veo más que... un extenso campo. ¿Dónde están los moros?

MADRILES. Los moros... ya han pasao.

JULIÁN. ¿Y los españoles, dónde están?

MADRILES. Ahora vienen corriendo, aún no han llegao aquí.

JULIÁN. (*Riéndose le quita el periódico*). Trae, hombre, trae.

MADRILES. Oye, a otro asunto. ¿Qué tal sigue Antoñito? ¿Qué enfermedad tiene?

JULIÁN. Chico, no sé, pero me parece que fué el susto que le dió el señor Patricio. Mira, ahí viene Guillermo, el ayudante del médico. Este nos dará algunos detalles de la enfermedad de Antoñito. (*Ha entrado Guillermo por la puerta de la capilla, con un plumero en las manos. Se detiene a limpiar la puerta con el plumero. Es un señor de unos 28 años, viste pantalón militar y una blusa blanca y alpargatas. Tiene cara de primo*). Hola, Guillermo.

GUILLERMO. Hola. (*Se dirige muy de prisa a la segunda derecha*).

JULIÁN. ¿Qué pasa que vas tan deprisa?

MADRILES. ¿Parece que no te quieres tratar con los amigos?

GUILLERMO. Nada de eso; es que hoy van a venir algunas personas de la península a visitar el hospital, y estoy mirando si hay alguna cosa fuera de su sitio.

JULIÁN. Oye, te quisiéramos hacer una pregunta.

MADRILES. No una, dos.

GUILLERMO. Decid lo que sea, que tengo prisa.

JULIÁN. ¿Cómo sigue Antoñito?

GUILLERMO. ¿Por quién decís? ¿Por ese que no hay medicina que cure su enfermedad?

JULIÁN. Sí, por ese.

GUILLERMO. No sé, pero mi opinión es que debe estar igual que cuando vino aquí.

MADRILES. Pero el médico, que enfermedad ha declarado.

GUILLERMO. El médico no declara nada más que atontamiento cerebral. ¿Vosotros sabéis si alguna noche estando de guardia le han dado algún susto?

JULIÁN. No creo, pero me parece que nó. (*A Madriles*). ¿Tú sabes algo?

MADRILES. Yo no sé nada, me acuesto a las ocho.

GUILLERMO. Pues es un caso. Ni el médico ni nadie se puede explicar la enfermedad que tiene. Lo único que sabemos es que cuando se habla de la novia de alguno, lo primero que pregunta es a ver si tiene padre la chica de que se habla, y como le digan que sí, empieza a decir improperios contra el antes dicho.

JULIÁN. ¿Y qué le receta el médico?

GUILLERMO. El médico cada día le da una nueva receta, pero él no quiere tomar nada de lo que le dan. Ya véis, el otro día fuí a dar una especie de jarabe que le habían recetado y cogió el vaso y me lo tiró, que gracias a que se le desvió la puntería, que sinó... me da en la cabeza con el. Todo el día está pidiendo de comer; dice que le vamos a matar de hambre.

JULIÁN. Conque pide de comer, ¿eh?

MADRILES. Oye, antes has dicho que todos los días el médico le receta una cosa distinta. ¿Hoy también le ha dado alguna nueva medicina?...

GUILLERMO. Sí, mirad, aquí la tengo. (*La saca del bolsillo*).

JULIÁN. Bueno, ¿y eso qué es?

GUILLERMO. Esto es una especie de iplerdosis, pero yo no me atrevo a dársela.

JULIÁN. ¿Pues?

GUILLERMO. (*Dándose importancia*). Porque los concubinatos atmosféricos no emancipan con los carcúbicos dorsales y por eso esto. (*Mostrando la receta*) puede originar al paciente unas genuflaxiones cardíacas.

MADRILES. Oye, todo eso es camelístico...

JULIÁN. ¿Pero qué has dicho?

GUILLERMO. Nada, para vosotros como si os hubiera dicho misa. Esto es ciencia; estas cosas no las entendemos nada más que nosotros, los hombres de estudio.

MADRILES. (*Riéndose*). Se ve que eres un talento

JULIÁN. (*Idem*). Tú llegarás, Guillermo, tú llegarás.

GUILLERMO. Bueno, me ausento, que ya me he entretenido bastante. (*Medio mutis hacia la segunda derecha*).

MADRILES. Por favor, un momento.

GUILLERMO. Mira, no puedo, tengo mucha prisa.

MADRILES. (*Se levanta y le agarra del guardapolvo*). Tú no te vas de aquí mientras no me digas una cosa que quiero saber.

GUILLERMO. Dí lo que sea y no me tires de la bata.

MADRILES. (*Soltándole*). Escucha, a raíz de la reconquista del blocao de Taquil Manin, estuvo un legionario, un tal Paco Rodríguez.

GUILLERMO. Sí, ya sé por quien dices. Bueno, ¿qué?

MADRILES. El susodicho legionario hablaba mucho con su enfermera; mejor dicho, se colaron los dos un poquito...

GUILLERMO. ¿Cómo colarse? ¿A dónde?

MADRILES. Entiende, no seas bruto. Se hicieron muy amigos.

GUILLERMO. Bueno, ¿y qué? Termina.

MADRILES. Nada, que lo único que me interesa es saber que enfermera le curaba a ese, y cuando él viene aquí, que según me han dicho viene muy amenudo, con quien es con la que más habla.

GUILLERMO. No sé, pero él con la que más confianza se trae es con la que os cura a vosotros.

JULIÁN. Sí; la señorita Victoria es la que nos cura. Por cierto que es un encanto de mujer.

MADRILES. Pues querido Guillermo, muchas gracias, y ahora ya te puedes ir a tus quehaceres.

GUILLERMO. De nada, hombre, de nada. (Señor, que pelmas). (*Váse segunda derecha*).

JULIÁN. No comprendo a que viene esa pregunta.

MADRILES. Chico, tengo un ojo que no me lo merezco.

JULIÁN. Pues sigo sin entender una palabra.

MADRILES. Pues verás, no sé si te recordarás de cuando te contó la historia de mi vida que yo tenía un amigo que emigró de España.

JULIÁN. Sí, el que estudió contigo para torero. ¿No dices por ese?

MADRILES. Sí, por ese; ese muchacho está aquí. Vino con el Tercio Extranjero cuando la reconquista de Taquil Manin, cayó herido, éste fué al hospital donde le curaron, la enfermera que le curaba era la señorita Victoria y no sé que nectar prosaico le habrá dado a esa bondadosa señora que la prueba es que los dos se enamoraron mutuamente uno de otro.

JULIÁN. Bueno, ¿y tú cuando has estado con él?... ¿Y cómo sabías tú eso?

MADRILES. ¿No te había dicho que nos encontramos un día?

JULIÁN. ¡Noo!... A mí no me habías dicho nada hasta ahora.

MADRILES. Pues sí; el mismo día que salió del hospital nos encon-

tramos. Fué el día que nosotros salimos heridos. Aquel día me contó todo lo que pasaba, y yo, desde que vinimos aquí, no hacía más que investigar quien podría ser la mujer apasionada, y mira por donde sabemos que es la misma que nos cura a nosotros. ¿Pero qué le habrá dado él a ella?

JULIÁN. Vaya, ya me pica la curiosidad por saber quien es ese segundo Tenorio.

MADRILES. Pues tan pronto como venga aquí te lo presentaré, y así satisfarás tu curiosidad.

JULIÁN ¿Sabes que tengo que darte una gran noticia?

MADRILES. ¿Qué es?

JULIÁN. Pues que viene mi padre. Apenas caí herido le escribí diciéndole que estaba en este hospital, para que sabrían donde dirigirme la correspondencia; pues bien, hoy he tenido contestación a mi carta, diciéndome que hoy llega aquí y como yo le hablaba de tí en mí carta; me dice que tiene un gran interés en conocerte.

MADRILES. ¿Pues de mí que le decías?

JULIÁN. Nada; algo de aquello que me contabas de tu vida; nada. (*Entra por la primera derecha Victoria y Paquito. Este vist*e *lo mismo que en el primer acto*)

PAQUITO. ¡Madriles!... (*Madriles y Paquito se abrazan*).

MADRILES. ¿Qué es de tu vida? ¿Tanto tiempo sin verte? ¿No sabías que yo estaba aquí?

PAQUITO. Chico, no lo sabía, pero espera un momento, que te voy a presentar a mi futura. (*Victoria está distraída. Llamándole*) ¡Victoria!

VICTORIA. ¿Qué quieres?

PAQUITO. Acércate, que te voy a presentar a un íntimo amigo; mejor dicho, a un hermano mío. Aquí, Vicente Molina, y aquí. (*A Madriles*). Victoria Landa, mi prometida.

MADRILES. Señorita Victoria, me alegraré que sean ustedes muy felices el día que se casen.

PAQUITO. Así lo esperamos.

VICTORIA. Muchas gracias. Pues desde ahora reconozcáme como su mejor amiga.

MADRILES. Gracias, lo mismo digo. (*Se dan la mano*).

VICTORIA. Bueno, señores, con el permiso de ustedes, me retiro a mis obligaciones. (*Hace ademán de irse por el jardín*).

PAQUITO. Oye, Victoria. (*Confidencial*). Espérame en el jardín donde todos los días.

VICTORIA. (*Idem*). Allí voy; ven enseguida. (*Váse Victoria por el jardín*)

MADRILES. (*A Paquito*). Chico, pero ¿qué las das?

PAQUITO. Nada, silueta que tiene uno. Oye, ¿quién es ese pollo? (*Indicando a Julián que está sentado leyendo el periódico.*

MADRILES. Calla, pues ya no me acordaba. (*A Julián*). Julián, Julianillo...

JULIÁN. ¿Qué pasa?

MADRILES. Nada, chico, que distraído con la conversación no me acordaba de presentarte aquí al amigo de quien tanto hemos hablado. Aquí, mi íntimo amigo, Paquito Rodríguez. (*A Paquito*). Aquí, mi mejor amigo, casi un hermano, Julián Guillot.

JULIÁN. (*Dándole la mano a Paquito*). Siento un verdadero placer al conocer a usted.

PAQUITO. Lo mismo digo ¿Con que han hablado mucho de mí?... ¿Bien o mal?

JULIÁN Bien. No es porque esté él delante, siempre ha dicho que era usted la única persona que le interesaba en este mundo, y que sintió una gran pena cuando se separaron, porque según él, usted emigró de España ¿no?

PAQUITO. Sí; no tuve más remedio que emigrar, pero con harto sentimiento; vaya, señores, siento mucho el tenerles que dejar por unos momentos. Así es que hasta luego; ya nos veremos.

JULIÁN. Vaya usted, por nosotros no se entretenga.

PAQUITO. Enseguida soy con ustedes. (*Ademán de irse al jardín*).

MADRILES. ¿Oye, a ver si te vas sin despedirte?

PAQUITO. No, hombre, no; enseguida vuelvo, voy a... (*Váse por el jardín*).

MADRILES. Que aproveche.

JULIÁN. Hay que ver la suerte que tienen algunas personas. Vaya una mujer que se lleva.

MADRILES. Chico, así es la vida. A lo mejor alguna de esas marquesas que tenemos de enfermeras, está enamorada de mí y yo sin saberlo.

JULIÁN. ¡Quién sabe! En la vida sucede cada cosa...

MADRILES. Por si acaso, no te preocupes, que te puedes perjudicar. (*Entran segunda derecha Antoñito y Guillermo. Antoñito viste como sus compañeros.*

ANTONITO. ¡Julián! ¡Madriles!...

JULIÁN. Que vida, Antoñito.

MADRILES. ¿Pero ya vives?...

ANTONITO. Sí, chicos, sí; hoy estoy mucho mejor. Para dentro de unos días, como siga así, me dan de alta. (*A Guillermo*). ¿No es verdad, Guillermo?

GUILLERMO. Así ha dicho el médico mayor.

ANTONITO. ¿Y vosotros, tú con tu pierna?. (*A Julián*). ¿Tú con tu mano? (*A Madriles*).

JULIÁN. Yo ya me estoy curando, pero para cuando pueda correr.. Tardará mucho tiempo.

ANTONITO. ¿Y tú? (*A Madriles*).

MADRILES. Yo correr ya puedo, pero de la mano tengo aun pa rato; lo mismo que Julián. Oye, pero ¿se puede saber que enfermedad es la que tú tienes?

ANTONITO. (*A Guillermo*). Oye, si tienes algún quehacer, te puedes marchar; yo ya me quedaré aquí con éstos.

GUILLERMO. Bueno, pues aquí os dejo. Voy a ultimar algunos detalles. (*Ademán de irse primera derecha*).

JULIÁN. ¡Guillermo!, ¿Sabes a que hora llegan esas personas que vienen de la península?

GUILLERMO. No sé, el primer auto llegará aquí a las once y media; quizás vengan en ese.

JULIÁN. Bueno, gracias.

GUILLERMO. De nada; hasta luego. (*Mutis primera derecha*).

JUL. Y ANT. Adiós, hasta luego. (*A un tiempo*).

MADRILES. Pero que nos dices de tu enfermedad? Porque aquí nadie sabe lo que tienes. ¿No es verdad, Julián?

JULIÁN. Sí, así es, nadie sabe lo que tienes.

ANTONITO. Callad, lo que he pasado yo desde el día aquel que nos sorprendió a Emilia y a mí su padre, nadie se puede hacer una pequeña idea.

JULIÁN. ¿Pero es que le tenías miedo al señor Patricio.

ANTONITO. ¿Tú sabes la carta que me dictó para mi padre?

JULIÁN. ¿Pues qué le decías a tu padre en esa carta?

ANTONITO. No sé, una serie de barbaridades. Que yo andaba destrozando corazones, que había pretendido villanamente seducir a Emilia, en fin, que cuando terminé de escribir se guardó la carta el señor Patricio, solo de pensar lo que pasaría en mi casa cuando recibieran esa carta, me entró una congestión cerebral que no podía ni moverme;

hasta que hoy ya estoy más tranquilo, he recibido la contestación de esa carta.

JULIÁN. ¿Y que te dice tu familia?

ANTONITO. Pues me dice que si la chica no es una cualquiera y que si yo la quiero a ella, que le diga al señor Patricio que mi familia no se opondrá a nuestro casamiento en cuanto que termine la guerra.

MADRILES. Y tú ¿que dices a eso?

ANTONITO. ¿Yo? Que tan pronto como nos licencien, me caso con Emilia.

JULIÁN. ¿Pero tú quieres a Emilia?

ANTONITO. ¡Vaya que si la quiero! Porque aunque tiene el genio un poco exaltado, no me importa, porque todo sé que lo hace en bien de los dos. Además ella es una chica muy rica; aquí el único hueso es el padre. Bueno el día que nos casemos soy capaz de irme a la India por no verle.

JULIÁN. Chico, me alegro en el alma de que te haya salido tan bien este negocio.

ANTONITO. ¿Y yo? ¡No digamos! Eso de que todas las mañanas venía aquí el señor ese y no me decía de primeras nada más que esto: ¿Ha tenido usted contestación de su familia? Como le decía que no, no quiero decir s la de insultos y cosas que me profería.

MADRILES. *(Mirando por primera derecha mpone silencio siseando).*

PATRICIO. *(Entra primera derecha. Viste como en el primer acto).* Muy buenas, señores.

LOS TRES. Muy buenas.

MADRILES. *(A Antonito y Julián).* Dejadme a mí un momento.

ANTONITO. Mucho cuido, que tú no le conoces. Es muy bruto.

MADRILES. Déjame *(Acercándose a Patricio).* Pues usted dirá a que le debemos su visita en el hospital.

PATRICIO. Joven, sigue usted bien?

MADRILES. ¿Yo?... Muy bien. ¿Y usted?.

PATRICIO. No tan bien como debía estarlo, todo por culpa de un mequetrefe, y usted ya me entiende. Así es que le suplico que no me interrumpa en el asunto que aquí me trae ya que con usted no tiene nada que ver.

MADRILES. Usted perdone, pero yo creía que...

PATRICIO. No... moleste. *(A Antoñito).* Oiga, Antoñito, ¿qué sabe usted de nuestro asunto?

ANTONITO. *(Saca una carta del bolsillo y se la da con coba).* Ahi tiene usted la contestación.

PATRICIO. (*Coge la carta y se retira un poco a la derecha para leerla aparte*). Muy bien. Vamos a ver lo que dice.

MADRILES. Vamos a enterarnos. (*Se acerca por detrás y quiere leer*).

PATRICIO, (*Entre dientes*). Mi querido hijo.... (*Se fija en Madriles que está curioseando lo que lee. Enérgico*). Joven, le he dicho a usted que no moleste, que esto a usted no le interesa.

MADRILES. (*Haciendo muecas se retira donde están sus compañeros. Confidencial A Antoñito).* Eso tú mismo se lo debías de haber leído.

ANTONITO. ¿Yo? Cá, hombre; a mí...

PATRICIO. *(Ha terminado de leer la carta y la guarda en el bolsillo. Sonríe: Ha cambiado de carácter).* Muy bien, esto me parece muy bien.

ANTONITO. Oiga usted, ¿con quién le parecía que trataba?.

PATRICIO. *(Muy amable).* Antoñito, perdona; es que como tardaban tanto tiempo, yo...

ANTONITO. ¿Pero a usted le parece que una cosa tan seria para nosotros los hombres como es el casarse... Usted cree que se decide... Nada, así como quien bebe un vaso de agua?

PATRICIO. Sí, Antoñito, que tienes razón; yo fuí un poco severo contigo. Mira, voy corriendo a buscar a Emilia y ya sabiendo esto te autorizo para que le puedas dar un abrazo a la vista de todo el mundo.

ANTONITO. Sí, sí, vaya usted enseguida, que tengo muchos deseos de verla y de que regañemos un poco.

PATRICIO. Conque hasta luego, hijo. *(Medio mutis primera derecha).*

MADRILES. Yo a este le saco algo. Oiga un momento, ¿ya tiene usted por allí alguna latita de anchoas? De aquellas que...

PATRICIO. Joven, no moleste; y van tres.

MADRILES. No, es que aquí su futuro hijo Antonio decía antes que se le apetecía comer una latita de aquellas anchoas, y como él no se atrevía a pedirle, por eso yo...

PATRICIO. ¡Ah, pero era para tí! *(A Antonito).* Nada, pide lo que quieras; luego cuando venga con Emilia te traeré algunos caprichitos que de seguro te gustarán.

ANTONITO. Muchas gracias. *(Con desprecio).*

MADRILES. ¿Ve usted? Oiga ¿de qué cigarrillos fuma?

PATRICIO. (*Saca una petaca con cigarros y se la da a Madriles*). Tome usted, y le ruego que me deje en paz de una vez.

MADRILES. (*Saca un cigarrillo de la petaca y lo enciende*). ¿Pero que le pasa a usted que siempre está serio conmigo?...

PATRICIO. Es que no dice usted nada más que sandeces y majaderías (*Madriles se quiere guardar la petaca. Dándose cuenta*). Traiga usted, traiga usted, que si estoy mucho tiempo aquí, me voy sin cigarros.

MADRILES. (*A Julián y Antoñito*) ¿Vosotros queréis fumar?

JULIAN. Trae un cigarrillo.

MADRILES. (*A Antoñito*). ¿Tú?

ANTONITO. No, gracias; lo tengo prohibido. (*Madriles da la petaca a Patricio*).

PATRICIO. Le advierto a usted que aún no ha habido uno que me haya tomado la cabellera como pretende usted tomármela, así es que algún día ya hablaremos.

MADRILES. No moleste, señor, no moleste.

PATRICIO. He dicho. Conque hasta luego, hijo. (*Mutis primera derecha*).

ANTONITO. (*Entre dientes*). Vaya usted a paseo.

MADRILES. (*Por donde se va Patricio*). Salud y que no se le olviden las anchoas...

ANTONITO. Menudo peso me he quitado de encima.

JULIÁN. Pues a él le has dado un alegrón.

MADRILES. (*Mirando por donde se fué*). ¡Va más contento que un chico con zapatos nuevos!

ANTONITO. Ah, pero ¿es que yo no valgo la pena?

MADRILES. Sí, hombre, como no; tú eres muy grande.

GUILLERMO. (*Por primera derecha*). Oye, Julián...

JULIÁN. ¿Qué pasa?

GUILLERMO. Nada, un señor como de unos 45 años, vestido de negro, pregunta por tí.

JULIÁN. (¡Ahí está mi padre!). Dile que pase, pero enseguida, que ese señor es mi padre.

GUILLERMO. Sí, voy en un salto. (*Mutis por don le vino*).

ANTONITO. Bueno, yo os voy a dejar; voy a darme un paseo por el jardín, así es que hasta luego.

MADRILES. Yo también te voy a dejar, porque preferirás estar solo con tu padre.

JULIÁN. No, hombre, quédate; así te conocerá, porque según su carta tiene grandes deseos de conocerte. (*Entran primera derecha Guillermo y don José. Muy elegante, cara de persona seria*).

GUILLERMO. Aquí le tiene usted a su hijo.

JULIÁN. ¡Padre!... (*Abrazándole: Madriles se levanta y se distrae por el jardín*).

JOSÉ. Hijo mío...

GUILLERMO. Yo me voy, porque estas escenas me ponen el corazón en un puño. (*Mutis primera derecha*).

JULIÁN. Pero dime ¿cómo has venido solo?

JOSÉ. Verás, el auto que hay para venir aquí no sale hasta las once y cuarto, pero ha dado la casualidad de que en el hotel que nos hospedamos había uno de los médicos de este hospital, un señor por cierto muy simpático. Yo le he dicho que tenía que venir a verte, y él en un coche de la Cruz Roja me ha invitado a venir, y además me ha facilitado todos los requisitos para entrar francamente a verte, y eso es todo.

JULIÁN. (*Contento*). Tu no sabes lo que me alegro de que hayas venido a verme. ¿Y cómo están en casa?

JOSÉ Bien, bien; lo único que están un poco intranquilos porque estás tú herido. Bueno, y tú ¿qué es lo que tienes?... Porque yo te encuentro muy buen semblante.

JULIÁN. Nada, un balazo que me dieron en la pierna. Al pronto no podía andar, pero hoy ya estoy casi curado; cojeo un poquito, pero de aquí a una semana casi puedo presentarme en una carrera pedestre. Mira, ya verás. *Se levanta y anda unos pasos*). ¿Ves? ya no tengo nada.

JOSÉ. Pues procura andar lo menos posible y a ver si te curas pronto.

JULIÁN. Sí, eso es lo que me ha recomendado el médico, que evite todo lo que pueda el andar.

JOSÉ. Bien, y dime ¿qué sucedió para que cayeras herido?

JULIÁN. Pues verás, estábamos en el campamento esperando a que nos tocasen llamada para un paseo militar, cuando de pronto oímos unos tiros del enemigo; enseguida a un toque del general nos pusimos en su tienda y salimos a ver lo que pasaba.

JOSÉ. Bien, ¿y qué?

JULIÁN. Unos cincuenta moros que habían pretendido sorprendernos. Total, unas horas de fuego hasta que cayeron casi todos prisioneros; nosotros tuvimos diez o doce bajas, pero todos heridos; los peores estábamos Madri-

les y yo, y ya ves, Madriles está ya casi curado y a mí ya me ves como estoy.

JOSÉ. Oye, hijo mío, ese Madriles que dices es el que me hablabas en tu carta diciéndome que era tu mejor amigo?

JULIÁN. Sí, el mismo; es el único amigo que tengo aquí; un muchacho que desde que nos vimos la primera vez, simpatizamos enseguida.

JOSÉ. (*Pensativo y cabizbajo*). (¿Si será mi hijo?...) Bien, y ¿hace mucho tiempo que le conoces?...

JULIÁN. Sí, ya bastante, desde que fuí al servicio.

JOSÉ. Bueno, ¿y cómo se llama el chico ese?

JULIÁN. Aquí le llamamos todos Madriles, pero su nombre es Vicente Molina.

JOSÉ. (*Un poco exaltado*). ¿Dices Molina?

JULIÁN. Sí, Vicente Molina...

JOSÉ. ¿Tiene padres ese chico?

JULIÁN. Nó; no tiene ni padre ni madre. Está al servicio de un señor que la recogió del arroyo; ya creo que te contaba algo de esto en mi carta, ¿nó? (*Se levanta*).

JOSÉ. (No puedo dudar; es él. Así es que no me extraña nada que hayan simpatizado de esa manera; la voz de la sangre les llamaba). ¿Dónde está ese?

JULIÁN. ¿Quién?

JOSÉ. Ese Molina, o Madriles, como le llaméis...

JULIÁN. Pero ¿para qué le quieres conocer?

JOSÉ. Mira, llámale y dile que venga aquí que tengo mucho interés en conocerle, porque vais a saber una cosa que... hijo mío... no puedo ocultartela más tiempo.

JULIÁN. ¿Sabes qué me asustas?

JOSÉ. Anda, llámale si está por ahí.

JULIÁN. (*Mirando por el jardín*). Mira... allí está, sentado en un banco. ¡Madriles!... ¡Madriles!...

MADRILES. (*Desde dentro*). ¿Qué pasa?

JULIÁN. Por favor, ven un momento.

MADRILES. Voy.

JULIÁN. Aquí viene nuestro hombre...

MADRILES. (*Entrando: A Julián*). ¿Qué querías?

JOSÉ. (¡Dios mío, es el mismo retrato de su madre!)

JULIÁN. Acércate, que te voy a presentar a mi padre, quien tantos deseos tiene de conocerte. Papá, aquí te presento a

mi mejor amigo, Vicente Molina. Y lo mismo te digo, aquí don José Guillot, mi padre.

JOSÉ. Vicente, déjame que te de un abrazo.

MADRILES. (¡Hay que ver con que familiaridad me trata este señor!)

JOSÉ. Ven aquí, Vicente.

MADRILES. No un abrazo, ciento. (*Le abraza sólo con una mano*). Pero caballero... no sé a que viene tanta amabilidad... usted me confunde... Acaso éste le habrá dicho a usted...

JOSÉ. No, hijo mío, no.

JULIÁN. ¿Cómo hijo?

JOSÉ. Sí, Julián, sí; oíd un asunto que lo he ocultado villanamente desde hace 23 años, y así sabrás por qué le llamo hijo.

JULIÁN. ¿Sabes papá que desde hace un rato me tienes asustado?

MADRILES. (¿Qué será esto?).

JULIÁN. Dí lo que sea, que ya te escuchamos.

JOSÉ. Pues veréis. Hará cosa de unos 23 años, yo estudiaba en Madrid la carrera que hoy profeso; a mí como a todos los jóvenes, me gustaba flirtear con las muchachitas de aquellos tiempos. Pues bien; yo tuve amores con una modistilla y de resultas de aquellos amores vino un ser al mundo. Yo entonces terminé la carrera y me marché a mi casa, dejando en el mayor abandono a la mujer aquella y a su hijo; más tarde por un amigo mío de Madrid, supe que la infeliz desventurada había muerto, y que la criatura la habían recogido una familia del barrio de las Injurias.

JULIÁN. Sigue, que me interesa esto.

JOSÉ. La infeliz se llamaba Carmen Molina.

MADRILES. ¿Cómo?

JOSÉ. Sí, Carmen Molina, tu mismo apellido. Tú no tienes familia ¿verdad?

MADRILES. Nó, yo no tengo nada más que a un señor que me recogió del arroyo; uno de los muchos que les llevaba el periódico cuando tenía nueve años; sí, aquellas gentes que me tenían recogido de pequeño solían pronunciar mucho ese nombre.

JOSÉ. Pues querido Vicente... (*Abriendo los brazos*). Abraza a tu padre y a tu hermano Julián, porque por parte mía sois hermanos.

MADRILES. ¡Padre! (*Le abraza con los dos brazos*).

JULIÁN ¡Hermano mío! (*Abrazándole*).

MADRILES. ¡Julián! (*Idem*). ¿Sabes que de la emoción he sacado la mano ya buena?

JOSÉ. (*Enternecido*). ¿Qué hermoso cuadro?

JULIÁN. Bueno, y mi madre, ¿sabe algo de esto?

JOSÉ. No, pero ahora en cuanto vaya a casa se lo contaré todo, y espero (*a Madriles*), te reconocerá como si fueras hijo suyo.

MADRILES. Menuda bronca va usted a tener.

JULIÁN. (*A don José*). ¡Qué bueno eres!

MADRILES. Si que es usted bueno, don José.

JOSÉ. Llámame padre y tuteame, que bien puedes hacerlo.

MADRILES. Sí, padre, sí; parece que alguno nos decía a Julián y a mí... ¡nos queríamos tanto desde que nos conocimos!...

JULIÁN. Si que es verdad.

JOSÉ. Hijos míos... la voz de la sangre os llamaba, asi es que desde ahora sabiendo que sois hermanos no os deseo nada más que os queráis tanto o más que antes. Y ahora decidme donde está la capilla, porque voy a rezar por el alma de tu madre que en gloria esté, y a pedir a Dios que me perdone por esta falta cometida a la humanidad...

MADRILES. (*Indicándole la puerta*). Pues esa es la puerta que conduce a la capilla. Ahí le perdonarán, que buena falta le hace.

JOSÉ. Sí, hijo mío, sí; así me gusta que me trates.

JULIÁN. ¿Quieres que te acompañemos?

JOSÉ. No, iré yo solo. Vosotros esperadme aquí. (*Mutis por la capilla*).

MADRILES. Oye, sabes que tu padre, mejor dicho, nuestro padre ha sido un punto filipino?

JULIÁN. ¡Hermano mío! (*Abrazándole*).

MADRILES. ¡Julián!...

ANTONITO. (*Entra por el jardín y al verlos abrazados se queda inmutado un momento*). Chicos... ¿qué os pasa?

JULIÁN. Nada, Antoñito, que así como así somos hermanos éste y yo.

ANTONITO. Pero... ¿te has vuelto loco?

JULIÁN. No, Antoñito, no. (*A Madriles*). Díselo tú mismo...

ANTONITO. Pero es verdad, Madriles...

MADRILES. Sí, Antoñito; tú sabes que yo no tenía familia ninguna, al menos que yo supiera, pues bien, el padre de Julián

tropezó con una incauta modistilla que en gloria esté, que se les antojó estudiar la gramática parda del amor cuando llegaron al verbo tener... él tuvo, pero tuvo que ausentarse de Madrid, y ella también tuvo, pero fué la primera persona del verbo indicativo, que fuí yo. Fin de la primera parte.

ANTONITO. ¿No será todo eso un cuento de los tuyos?

MADRILES. No, Antoñito, no; voy con la segunda parte, y te convencerás. A poco de aquel suceso, llamémoslo así, el padre de Julián contrajo matrimonio; entonces, de repente, la infeliz modistilla al enterarse de que se ha casado y que por lo tanto ya no es para ella, del disgusto fallece dejando a la criatura al amparo de poco más o menos, más de menos que demás. El niño crece, siempre Dios velando por él. Bueno, la vida del niño ya la conocéis. Al chico ese le toca la hora de servir a su patria; se encuentra en el servicio con un muchacho que simpatizan de tal forma que no le da reparo decirle quien es y lo que ha sido. El joven aquí presente escribe a su padre una carta diciéndole y dándole algunos detalles del amigo que tiene; el padre al recibir esa carta le remuerde la conciencia de tener un hijo abandonado, viene aquí y reconoce a su hijo; por lo tanto Julián Guillot y Vicente Molina, que en breve tendrá por apellido Guillot, son hermanos por parte de padre. Fin de la tragedia.

ANTONITO. Chicos, pues que sea enhorabuena; supongo lo celebraremos.

MADRILES. Como no... ¡¡Menuda tajada vamos agarrar!!

JULIÁN. Sí, hombre, gracias. (*Entran primera derecha Patricio y Emilia. Esta viste como en el primer acto*).

PATRICIO. Ahí le tienes; te permito que le abraces.

EMILIA. ¡Antoñito!...

ANTONITO. ¡Emilia! (*Abrazándola*). ¡Tanto tiempo sin verte, con lo mucho que yo te quiero!

PATRICIO. (Estas escenas me conmueven).

EMILIA. ¿De veras que me quieres mucho?

ANTONITO. Más que a mi vida, chiquilla. (*Entran por el jardín también abrazados Paquito y Victoria.*

MADRILES. (Aquí el que no se aprovecha es porque no puede). Yo te abrazo a tí, Julianillo. (*Se abrazan*).

VICTORIA. Bueno, despídete de estos muchachos.

PAQUITO. ¿Voy?... Vicente... (*Entran en escena primera izquierda don José. Al ver a tanta gente se queda un momento inmutado*).

MADRILES. ¡Señores!.·. un momento. Voy a presentar a ustedes a este señor. (*Por don José*). Aquí Paquito Rodríguez, íntimo amigo de mi infancia, que en breve contraerá matrimonio con la señorita Victoria Landa, aquí presente. Aquí el cantinero de nuestro batallón con su hija aquí presente, que tan pronto como pueda se casará con ese (*Antoñito*) y por último, a todos ustedes tengo el honor de presentarles a don José Guillot. (*Cogiendo de una mano a Julián*) el padre nuestro.

PAQUITO. ¡Cómo!

PATRICIO. Caballero... (*A don José. Todos le saludan con una inclinación de cabeza*).

MADRILES. (*A Paquito*). Sí, así es; es larguísimo de contar y ya no estoy para contar más historias; a la tarde vente por aquí si quieres, y te lo contaré todo.

PAQUITO. Chico, me quedo viendo visiones...

JOSÉ. Señores... he sentido un verdadero placer en conocer a ustedes.

PATRICIO. (*A don José*). Caballero... en nombre de todos nosotros reciba en este apretón de manos. (*Le da la mano*). Nuestro cordial saludo, y puesto que nuestra patria es la que nos ha unido, y a todos nos proporciona esta felicidad, bendigámosla y defendámosla hasta derramar nuestras últimas gotas de sangre, y ahora victoreemósla una vez más. Compañeros: ¡Viva España!

TODOS. ¡Viva!

(*Telón rápido*).

FIN DE LA COMEDIA

-PRECIO-

1,50 PTAS.

EJEMPLAR

JAVIER SERRANO Y GARCÍA y LOUIS HUGELMANN

39

La familia Pont-Biquet

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Charles Auguste

ALEXANDRE BISSON 1848-1912

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

643-4

LA FAMILIA PONT-BIQUET

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALEXANDRE BISSON

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

JAVIER SERRANO Y GARCÍA y LOUIS HUGELMANN

Estrenada con éxito extraordinario en el SALON NACIONAL el 29 de Marzo de 1909

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

Al Sr. D. Francisco Rodrigo

que, con su inteligente intervención como director de escena y sus eminentes dotes de artista, tanto ha contribuido al éxito de esta obra, dedican su modesto trabajo,

Los traductores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA REYNETTE	Sr.	Rodrigo.
MONSIEUR PONT-BIQUET		Portes.
BOUZU		Cano.
TOUPANCE		Puga.
PABLO		Sánchez.
DAGOBERTO		Abad.
UN CAMARERO		Mallén.
TRUMEAU		Trujillo.
MADAME PONT-BIQUET	Sra.	Hurtado.
MATILDE	Srta.	Sánchez.
GABRIELA		Estrella.
MADAME GODARD	Sra.	Domínguez.
MADAME DUMESNIL	Srta.	Alcalá.
JULIA		Campos.

La acción en nuestros días y en una ciudad próxima á París

ACTO PRIMERO

Salón bien amueblado. Puerta en el chaflán á la izquierda del espectador por donde se ve el jardín. Ventana en el chaflán á la derecha. Chimenea al fondo. Puertas laterales. En las paredes retratos de magistrados.

ESCENA PRIMERA

TOUPANCE, MAD. DUMESNIL y MAD. GODARD. Después GABRIELA y PABLO. Al levantarse el telón, la puerta del jardín está abierta. Mad. Dumesnil y Mad. Godard apremian con sus preguntas á Toupance

Mme. DUM. Bueno; ¿y qué pasó entonces?

Mme. GOD. Vamos; hable usted. ¡Ay, qué hombre!

TOU. ¡Hasta dónde llega la curiosidad de las mujeres!

Mme. DUM. ¡Toma! Hasta donde llegan los tapujos de los hombres.

Mme. GOD. ¡Vamos, señor Toupance!

TOU. Pues nada. El presidente entonces ordenó que continuara la vista á puerta cerrada.

Mme. DUM. ¡Ah! pues queda lo mejor. Siga usted.

TOU. Que los gendarmes hicieron salir á todo el el mundo.

Mme. GOD. Bien, pero usted...

Mme. DUM. Usted, como escribano del juzgado, no habrá abandonado su puesto.

TOU. Yo, amiga mía, he sido el primero en tomar la puerta.

Mme. GOD. ¡Usted!

(Gabriela por la izquierda con una bandeja con tazas de cafe, azucarero, etc.)

GAB. ¿Un poco de café, madame Dumesnil?

Mme. DUM. Con mucho gusto.

GAB. ¿Y usted, madame Godard?

Mme. GOD. No lo tomo nunca de noche.

GAB. Usted, señor Toupance...

TOU. Siempre, Gabrielita. (Toma la taza. A madame Godard.) ¿No lo toma usted nunca de noche? (Movimiento de negación de Madame Godard.) ¿Y por qué?

Mme. GOD. Le quita el sueño á mi marido.

GAB. Debían ustedes hablar de algo muy interesante. (Echan café.)

Mme. DUM. (Riendo.) Sí, pero no es para solteras.

Mme. GOD. ¡Para solteras! Pero si me caso dentro de quince días.

Mme. DUM. Bueno; pues pásate por aquí dentro de tres semanas.

Mme. GOD. Mira; ahí tienes á tu novio.

GAB. ¡Ah! (Corre hacia él.)

TOU. ¡Gabrielita! ¡que no me he puesto azúcar!

GAB. (A Pablo que viene á su encuentro.) No me había perdido, caballero.

PAB. No; si vengo á ayudar á usted. Venga el azucarero. (Lo toma.)

GAB. ¡Oh! ¡cuánta atención! Por supuesto, eso es ahora: luego...

PAB. ¡Siempre! En cuanto la vea á usted con un azucarero...

TOU. (A Pablo.) ¿Tiene usted la bondad? (Toma el azucarero.)

PAB. Bueno; ¿y por qué no me ha mirado usted más que cuatro veces durante la comida?

GAB. ¡Ay! Porque ponía usted unos ojos tan lánguidos y una cara tan rara... Si le miro á usted una vez más, suelto el trapo.

PAB Soy tan feliz, Gabriela...

GAB. ¡Y yo! Yo soy archifeliz. (Mutis ambos por la izquierda.)

ESCENA II

TOUPANCE, MAD. DUMESNIL, MAD. GODARD

TOU. Harán buena parejita Pablo Dubois y Gabriela Pont-Biquet.

Mme. GOD. El es profesor en París, ¿verdad?

TOU. En el Liceo Carlomagno.

Mme. DUM. Pero á todo esto, aún no ha dicho usted por qué salió de la sala de la Audiencia.

TOU. Porque desde hace cinco años no asisto á ninguna vista á puerta cerrada.

Mme. DUM. ¿Tan pudibundo se ha hecho usted?

TOU. Nada de eso. Es que... en 1875 hubo una... ¡de primera clase! La acusada era una rubita adorable, blanca, pechiergida... preciosa! El presidente era un hombre de buen gusto que en los interrogatorios sabía dar carrete á la declarante. ¡Le hizo decir cosas!... Yo salí de la Audiencia trastornado y... nueve meses después, era padre!

Mme. DUM. } Mme. GOD. } ¡Ja, ja, ja!

TOU. Sí; padre de Magdalenita. En 1879, otra vista por el estilo y viene al mundo Leoncito; en 1882, otra vista trae á Pepito y en 1885...

Mme. DUM. Comprendo; comprendo que su señora de usted se haya declarado vista cansada.

Mme. GOD. ¿De manera que no puede usted decirnos nada de la vista de hoy?

TOU. (Se levanta y lleva la silla al fondo.) Absolutamente nada.

ESCENA III

TOUPANCE, MAD. DUMESNIL, MAD. GODARD y LA REYNETTE. Después PONT-BIQUET

REY. (Por la izquierda. Ha oido la última pregunta.) Hablemos, hablemos de la Audiencia. ¡Bueno ha estado el tribunal!

Mme. DUM. ¿Usted ha asistido, señor La Reynette? (Levantándose.)

REY. ¡Cómo no! En mi calidad de juez suplente.

Mme. DUM. Entonces, usted nos contará...

REY. ¿Qué?

(Pont-Biquet entra por la izquierda.)

Mme. DUM. El asunto de hoy.

Mme. GOD. (Se levanta.) Pero con todos sus pelos y señales

REY. Es que los pormenores son un poco escabrosos. Pregunten ustedes á mi suegro que, como juez instructor, conoce bien el sumario.

PONT (Grave y solemne.) Sí; muy escabrosos.

Mme. GOD. Pues precisamente por eso.

REY. ¡Oh, madame Godard! ¡La señora de un registrador de la propiedad!

Mme. GOD. ¿Qué? Vamos á ver.

REY. ¡Si la oyese á usted su marido!

Mme. GOD. ¡Ah! Pues me oye otras peores. Y por eso no se le estropean sus registros.

PONT (Aparte y echándole ojillos como ascuas.) ¡Es encantadora!

REY. ¡Pero madame Godard!

PONT (Como antes.) ¡Es divina esta mujer!

Mme. GOD. ¿Eso le escandaliza á usted, santo varon? Pues entre marido y mujer, me parece que no tiene nada de particular. ¿Verdad, monsieur Toupance?

Mme. DUM. (A Pont-Biquet.) De manera que esa vista...

PONT (Recobra repentinamente la gravedad.) No ha tenido nada de extraordinario, querida amiga.

REY. ¡Canastos! ¿A qué llamará usted extraordinario? De manera que un hombre injustamente acusado, á quien se tiene preso dos meses y cuya inocencia se demuestra plenamente en el acto del juicio...

PONT Bueno ¿y qué? Eso está pasando todos los días.

TOU. Para eso está la justicia.

REY. ¿Para equivocarse?

TOU. Para demostrar la inocencia.

PONT Pero aunque todo sea. ¿No ha sido absuelto?

REY. Sí, por el hecho de autos. Y después de ab-

solverle, se le ha condenado en el mismo juicio á diez y ocho meses de prisión.

PONT ¡Ya lo creo! Por ultrajes á la magistratura. Y lo merecía el insolente.

REY. Estaba exasperado.

Mme. GOD. Y con razón.

REY. Además, él no insultó al tribunal; se contentó con poner verde al Presidente que abusaba de su autoridad.

PONT (Se sienta.) ¡Ah! ¿también le quitas la razón al presidente?

REY. Pero si no tiene disculpa, querido suegro. ¿Qué derecho tenía para revelar en plena Audiencia que el acusado estaba en relaciones con una mujer de quien nada se sabía?

PONT Hizo bien. Aunque solo fuera para enseñar á esa señora á escoger mejor sus relaciones.... ¡Al demonio se le ocurre fijarse en un hombre que luego había de ser condenado á diez y ocho meses de prisión!

TOU. ¡Y por ofensas á la magistratura!

Mme. DUM. ¡Vaya un crimen! Si se castigara con la pena de muerte, enviudarían todos los jueces.

PONT (Se levanta.) ¡Es claro! Ahora está de moda tronar contra la justicia. Ahora no hay criminales. ¿Los asesinos? Locos que reclaman una ducha. ¿Los ladrones? Pobres enfermos que necesitan unas píldoras. Dentro de poco se reemplazarán las prisiones con establecimientos balnearios. Mandaremos á los malhechores á Vichy, á Luchón ó á Aix-les-Bains y el Palacio de Justicia, será una sucursal de la Facultad de Medicina.

REY. (Interrumpe.) Hombre, ni tanto ni tan calvo.

Mme. GOD. (Riendo.) Es buena idea. Pero cualquiera llevaba equipaje á esos establecimientos. Tendríamos que meternos en el tren ya en traje de baño.

PONT (Que ha seguido hablando con La Reynette.) Porque tú también estás contaminado.

REY. ¡Yo!

PONT ¡Pues claro! ¿Qué significan, si no, esas chifladuras de las protuberancias del cráneo?

REY. Poco á poco. La frenologia... eso ya es la ciencia.

PONT ¡Valiente ciencia que subordina el libre albedrío, la responsabilidad, á una conformación física.

REY. Está basada en los hechos. Vea usted las estadísticas.

PONT ¡Ah, sí; las estadísticas!

TOU. Nunca son verdad.

REY. Entonces, haga usted lo que yo. Examine usted mismo los casos. ¿Saben ustedes cuántas cabezas he examinado, cuántos cráneos he palpado en diez años? Tres mil trescientas ochenta y dos.

TOU. Más que un peluquero.

REY. Pues bien, casi nunca me han engañado las protuberancias.

PONT (Irónico) ¿De veras?

REY. Vamos: ¿permite usted? (Le palpa el cráneo.)

PONT ¿Qué buscas?

REY. ¡Un momento!... Hace tiempo que deseaba... ¡Y no me había engañado!

PONT ¿En qué?

REY. ¡Aquí está! Vea usted, señora; ponga usted aquí el dedo. Ya lo sospechaba yo; ahora estoy seguro.

PONT ¿Seguro de qué?

REY. ¡A usted le gustan las mujeres!

PONT ¡A mí!

REY. Sí, señor.

Mme. DUM. (Riendo.) ¡Ah, señor Pont-Biquet! ¡Usted, un magistrado!

PONT Pero, ¡si no es verdad! (Aparte.) ¡Y delante de mi escribano!

Mme. GOD. ¡Quién lo hubiera dicho, con ese aire tan grave y majestuoso!

TOU. Esas tenemos ¿eh?

PONT ¡Señores, protesto! Es verdad que quiero á mi mujer; pero...

REY. Sin perder de vista á las ajenas.

PONT (Enfadado.) Vamos, yerno, vamos.

REY. ¡Pero si usted no tiene la culpa! No es usted responsable de...

PONT ¿Todavía más?

REY. La protuberancia está ahí; en la parte posterior de la cabeza. ¡Y es de primera magnitud!

Mme. GOD. Se lo advertiremos á madame Pont-Biquet.

PONT (Vivamente.) ¡No, por Dios! Ya se inflama ella sola, sin necesidad de mecha. (Siguen hablando.)

Mme. DUM. ¿De manera que palpando el cráneo de cualquiera, se averiguan sus cualidades?

REY. Y sus defectos.

TOU. Será los que se suban á la cabeza.

Mme. DUM. ¡Quién lo hubiera sabido de soltera!

REY. ¡Ah! ¿Es que Dumesnil?... Perdone usted, querida amiga; ¿me permite usted... (Va á cogerle la cabeza.)

Mme. DUM. (Reculando.) ¡Ah! no: muchas gracias.

REY. ¿Y usted, madame Godard?

Mme. GOD. ¡Nunca! ¡no faltaba más!

PONT (Riendo.) ¡Hola! ¿Conque tienen ustedes miedo?

Mme. GOD. De ningún modo. Pero no hay necesidad de dar un cuarto al pregonero.

Mme. DUM. ¿Un cuarto? ¡Un dineral!

ESCENA IV

DICHOS y MAD. PONT-BIQUET, GABRIELA, dentro á su tiempo.

TOU. Las nueve: me retiro.

Mme. PONT ¿Ya están ustedes de marcha?

PONT ¿Usted también, Toupance?

TOU. Sí; he prometido á mi mujer retirarme temprano.

Mme. DUM. Nosotras también nos marchamos.

Mme. GOD. ¿Cuándo vuelve su señora de usted, La Reynette?

REY. Mañana por la mañana.

Mme. GOD. ¿Ha ido á ver á su madrina?

Mme. PONT Como todos los años. Pero este año vuelve antes por los preparativos de la boda de su hermana. ¿Pero dónde está Gabriela?

REY. Probablemente en el jardín con su novio.

Mme. PONT ¡A esta hora! ¡Vaya! ¡vaya! (Llamando desde la puerta del jardín.) ¡Gabriela! ¡Gabriela!

GAB. (Dentro.) ¡Mamá!

Mme. PONT ¿Dónde estás?

GAB. Aquí.

Mme. PONT Ven en seguida. Es ya muy tarde.

GAB. Hace una noche tan hermosa...

Mme. PONT Te digo que entres. (A los demás.) Verdaderamente es una inconveniencia.

REY. ¡Oh! Con Pablo no hay peligro.

Mme. PONT No lo dudo; pero...

Mme. GOD. (Irónicamente.) ¡Un joven tan inocente!

Mme. PONT Quien quita la ocasión... La Escritura dice que el justo peca siete veces al día.

REY. (Se adula el justo.)

TOU. (Que hablaba con Pont-Biquet.) ¿De manera que no vuelve usted hasta el domingo?

PONT Es lo seguro: porque en cuanto me veo dentro del traje de caza....

TOU. ¿Y hasta entonces, reposo?

PONT Sí; no recuerdo que haya nada que hacer... A menos que los gendarmes echen mano á ese bribon de Cornillard.

TOU. ¡Quiá! ¡Hace ya un mes que le persiguen!

Mme. DUM. Lo cierto es que tiene atemorizado á todo el mundo.

Mme. PONT No hablen ustedes de ese hombre. No he soñado con otra cosa esta noche pasada. En cuanto cerraba los ojos, Cornillard que me robaba en un caballo salvaje.

PONT (¡Era un sueño!)

Mme. GOD. En el campo nadie se atreve á salir de noche solo.

Mme. DUM. Usted, señor Toupance, ¿será tan amable que nos acompañe?

TOU. Con mucho gusto. (¡Maldita sea tu estampa.) (A Mad Pont-Biquet.) Señora...

REY. Hasta mañana, señora Dumesnil. (Con intención.) Que se mejore el señor Dumesnil (Movimiento de ella.) ¡Madame Godard...' (Saludándola.)

Mme. GOD. (Aparte á Pont Biquet.) Buenas noches, *don Juan Vert-Galant.*

PONT ¡Chist! ¿Quiere usted callarse? (La acompaña hasta la puerta de la derecha por donde han salido Mad. Dumesnil y Mad. Pont-Biquet.)

ESCENA V

PONT-BIQUET y LA REYNETTE

PONT Muchas gracias, yerno.

REY. ¿Por qué, papá?

PONT Por la excelente reputación de que voy á gozar en la comarca. ¡Vamos, gracias á tí voy á pasar plaza de libertino!

REY. ¡Y aún se queja! Sí, señor; y en cuanto tenga usted fama de seductor, de hombre corrompido, (Espanto de Pont-Biquet.) despertará usted los celos de los hombres (Marcando.) y la curiosidad de las mujeres, que dentro de poco acudirán á usted como moscas.

PONT (Ganado.) ¿De veras?

REY. Sí, señor. Y podrá usted continuar sus éxitos.

PONT ¿Mis éxitos?

REY. Exactamente.

PONT (Con gran naturalidad.) Pero si es que (Bajando la voz.) estás completamente equivocado, querido La Reynette. Yo no he sido nunca hombre de éxitos de esa clase, digas lo que quieras. Nunca.

REY. (Pausa.) Imposible.

PONT ¿No lo crees?

REY. ¿Y esa protuberancia?

PONT Dejemos en paz la protuberancia. Yo no he engañado jamás á mi mujer. (Recalcando la última frase.)

REY. ¿Está usted seguro?

PONT Absolutamente seguro.

REY. (Confuso.) Es un caso extraordinario.

PONT Bueno; pongamos que no es la gana lo que me ha faltado.

REY. ¡Ah!

PONT Porque me gustan las mujeres: lo confieso. Las amo, las adoro, las...

REY. ¡No lo decía yo! ¡La ciencia!

PONT En presencia de esas criaturas tan graciosas como frívolas, se me va el santo al cielo y...

REY. ¿Lo está usted viendo?

PONT Pero he luchado... he resistido.

REY. ¿Por virtud? ¿Por deber?

PONT (Con alguna vacilación.) ¡Claro!

REY. Eso es muy honroso.

PONT Y sobre todo, por cierto temor...

REY. Eso ya no es tan honroso.

PONT Nunca me he atrevido á franquear los límites de la galantería lícita.

REY. ¿Temía usted á madame Pont-Biquet?

PONT No, no es eso.

REY. Entonces...

PONT Aunque te rompieras la cabeza no darías con ello.

REY. ¿Hay secreto? ¡Venga en seguida!

PONT Es que... no es fácil de revelar. Y sólo por la confianza que tengo en tí...

REY. Si ya estoy intrigado.

PONT Bueno. Los sábados por la noche traen *La Ilustración* y le leo á mi mujer el folletín.

REY. (Burlando.) ¿Nada más que los sábados?

PONT (Picado.) ¡Claro! ¡Como que es semanal! ¡Nos ha fastidiado! En otro tiempo le leía el folletín del *Diario Francés*...

REY. Adelante, adelante.

PONT Pero ahora, yo no sé si es que la novela no me interesa ó que mis ojos se cansan...

REY. Las dos cosas.

PONT Quizás. De cualquier modo, ¿qué efecto dirás que me produce la lectura?

REY. (Riendo.) Hombre, supongo que...

PONT ¡No!

REY. ¿No?

PONT No darás con ello.

REY. No sé...

PONT Me deja sordo.

REY. ¿Qué?

PONT Como una tapia, durante tres ó cuatro horas.

REY. (Riendo.) ¡Cosa más rara!

PONT Con mi mujer, como comprenderás, mi sordera no trae consecuencias. Mientras me dura, no la oigo y eso voy ganando.

REY Mientras que si fueran otros folletines...

PONT La oiríamos los sordos. Por eso no la he engañado nunca.

REY. ¿Y qué dice la mamá de esa rareza?

PONT En el fondo, yo creo que se alegra.

REY. ¡Claro! Como que es para ella una seguridad...

PONT ¡Justamente!

ESCENA VI

LA REYNETTE, PONT-BIQUET, PABLO y GABRIELA. Los dos últimos entran por la puerta del jardín

PONT (Grave y amenazador.) ¡Hombre! ¡Ya era hora! ¡Acérquese usted! ¿Qué hacían ustedes en el jardín?

GAB. Pues pasearnos, papá... Y hablar muy seriamente.

REY. (Ya está tomando una declaración.)

PONT (Se levanta.) ¿Y de qué hablábais tan seriamente?

GAB. De Alfredo de Musset. Pablo me ha recitado algunas poesías. ¡Dios mío, qué hermosas! Creo que he llorado. Y nos hemos jurado un amor eterno. En ese momento nos ha llamado mamá.

PONT Y ha hecho muy bien. Es tarde y la noche está fresca.

GAB. No, papá, más bien hace calor. ¿Verdad, Pablo?

PONT Razón de más. Además, estás en falta con esas señoras. Acaban de marcharse y tú no las has despedido. Todavía puede que estén charlando en el recibimiento. (Indicándole que vaya.)

GAB. Voy, papá. Di á Pablo que te recite *La noche de Octubre*. Verás qué bien declama. (Mutis por la derecha.)

PONT Querido amigo, (Con solemnidad.) me guardaré muy bien de rogar á usted que nos recite *La noche de Octubre*. La conozco. Me contento con rogar á usted y á mi hija que no se paseen solitos á la luz de la luna.

PAB. ¡Ah, señor Pont-Biquet, le juro á usted!...

REY. Dentro de quince días serán marido y mujer...

PONT No es una razón. (A Pablo.) Puesto que se sabe usted de memoria á Musset, recuerde usted *La copa y los labios.*

PAB. (Muy conmovido.) ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

PONT Nada, sino que no siempre es uno dueño de sí mismo. Aquí donde usted me ve, á los veintisiete años era yo el novio oficial de una chica adorable, buena, dulce, amable, encantadora, ¡un ángel!

REY ¿Y qué?

PONT Que me casé con madame Pont-Biquet.

REY. (Con un apretón de manos.) ¡Pobre hombre!

PAB. (Con calor.) Señor Pont-Biquet, si alguien intentara hacerme renunciar á su hija de usted...

PONT Yo lo sentiría tanto como usted. Pero, afortunadamente, no se trata de eso. Un poco de prudencia y no hablemos más de ello. Me voy al jardín á fumar un cigarro.

REY. Cuidado, papá; es tarde, la noche está fresca.

PONT Sí; pero voy solo.

REY. ¿Quiere usted que le envíe á la mamá?

PONT Guárdese usted de hacerlo. (Vase.)

REY. Me lo figuraba.

ESCENA VII

LA REYNETTE y PABLO

PAB. Las nueve y veinticinco. Tengo que escribir dos cartas. Me voy á mi cuarto. Buenas noches.

REY. No. ¿Son las nueve y veinticinco?

PAB. Si éste marcha bien...

REY. Entonces no te vas á tu cuarto, Quédate: no te pesará. (Después de mirar por la derecha.) Te voy á obsequiar con un espectáculo muy interesante.

PAB. (Animado.) ¿Un espectáculo?

REY. Ya te he hablado alguna vez de mis estudios frenológicos...

PAB. (Ademán de marcharse.) ¡Ah! ¡sí! las protuberancias.

REY. Y te has reido de ellas y de mí como un ignorante. Pues bien; esta noche te voy á convencer.

PAB. ¿Sí? ¿y cómo? (Alejándose.)

REY. Desde hace un mes... (Mira por la derecha y trae á Pablo á la fuerza al proscenio izquierda.) Ven aquí. Desde hace un mes vengo preparando una prueba palpable; un experimento extraordinario, inaudito, fantástico.

PAB. (Queriendo marcharse.) Dos cartas...

REY. Una cosa estupenda. (Sujetándole.)

PAB. ¿Y quién es la persona que te sirve para tu experimento?

REY. Mi suegra.

PAB. (Interesado.) ¿Madame Pont-Biquet?

REY. Ya conoces la rigidez de sus principios. Es la virtud adusta, feroz; en la población la llaman: «la señora y cuartillo.»

PAB. ¿Y qué?

REY. Pues bien; una tarde que la encontré roncando en un sofá, le palpé el cráneo.

PAB. (Riendo.) ¡Es manía!

REY ¿Sí? Pues asómbrate. Encontré la protuberancia de las aventuras galantes y de los amores ilícitos.

PAB. (Riendo.) ¡Pobre señora!

REY. Me quedé estupefacto. Y me dige: «O la ciencia frenológica es una mentira, ó el corazón de mi suegra es un volcan sin cráter, un rescoldo gigantesco.»

PAB. Bueno. Mañana me... (Quiere irse.)

REY. No: ahora. Y continué diciendo: «¿Qué es necesario para preducir la erupción, para que brote la llama? Soplar en las cenizas. Soplemos.» Y desde hace un mes estoy soplando.

PAB. No te entiendo.

REY. Desde hace un mes le envío cada dos días una carta incendiaria firmada por «Roberto.»

PAB. ¡Ah! ¿sí? Y ella...

REY. Al principio se escamó; pero ahora...

PAB. ¿Ha contestado? (Con interés.)

REY. Mira: sus cartas; ya tengo cuatro. Están numeradas. (Leyendo un sobre.) «Monsieur Roberto. Lista de correos. Blocqueville.»

PAB. ¿Blocqueville?

REY. Un pueblecito que está á dos leguas de aquí. Aquí me conoce todo el mundo y en el correo hubieran creido que tenia alguna intriga amorosa. Escucha la carta número uno. (Leyendo.) «Se engaña usted caballero; yo soy una mujer honrada y ruego á usted que me deje en paz.»

PAB. Así empiezan todas.

REY. (Leyendo.) «No he faltado jamás á mis deberes y no había de empezar á los treinta y nueve años.»

PAB. ¡Oh, treinta y nueve! Pongamos cuarenta y dos.

REY. Pongamos cuarenta y cinco. Número dos. (Leyendo.) «No, amigo mío. no estoy irritada contra usted. Usted, segun dice, es joven y ama por primera vez. Esa es la disculpa y la explicación de su locura. Le agradezco su simpatía, pero olvideme usted. Es necesario.»

PAB. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Reblandecemos, reblandecemos.

REY. Número tres. Esto se anima. Ahora verás: (Leyendo.) «No se engaña usted, Roberto. No he sido comprendida nunca y mi corazón no ha encontrado la expansión que necesitaba.» (A Pablo.) No ha tenido la expansión... ¡pobre Pont-Biquet!... «que necesitaba.» «Puesto que usted me asegura que yo nunca sabré quién es y que se mantendrá siempre alejado de mí y en actitud respetuosa, puedo confesar á usted que sus cartas me producen un gran consuelo. (A Pablo.) ¡Un gran consuelo! (Leyendo.) «No me abandonan nunca. Las llevo en mi corsé y las leo muchas veces.»

PAB. ¡En su corsé! ¡Ja, ja, ja!

REY. No me negarás que el escondrijo es seguro. Nadie se atreverá... En fin, vamos con la última. Esta es de ayer. (Leyendo.) «No tengo valor para negar á usted una cosa que, segun dice ha de hacerle tan dichoso, Roberto. Haré lo que usted me pida con tanto ahinco.»

PAB. ¿Qué le pedias?

REY. Oye: (Leyendo.) «Mañana miércoles á las nueve y media en punto de la noche, abriré la ventana del salón que da á la plaza y podrá usted como dice, contemplarme á su sabor. Mis ojos no le verán á usted en la obscuridad de la noche; pero mi corazón le adivinará. Hasta mañana. Le abandono la punta de los dedos. ¡Béselos usted, amigo mío!»

PAB. ¡Ja, ja, ja! ¿Y tú crees que vendrá?

REY. (Con seguridad.) La espero.

PAB. Son las nueve y media.

REY. Sentémonos aquí y simulemos una partida de juego. (Se sientan á la izquierda ante una mesita de jucgo.)

PAB. ¿No la espantaremos?

REY. No puede imaginar que la observamos. Como comprenderás, yo no pierdo por nada del mundo la contemplación del cuadro. (Da cartas.) ¿Un ecarté?

PAB. Bueno. Pero ¿sabes que no me cabe en la cabeza?...

REY. ¿Y ahora? ¿creerás en las protuberancias?

PAB. ¡Madame Pont-Biquet!

REY. Mañana recibirá otra carta mía en que la llamo: «Mi angel azul, mi pájaro del Paraiso» y en la cual le pido que se pasée de diez á once de la mañana por el Boulevard de la Libertad, con un pañuelo en la mano.

PAB. ¿Y crees que irá?

REY. ¡Ya lo creo! (En voz baja.) ¡Chist! ¡Ahí está. (Alto) ¡Arrastro!

Mme. PONT (¡Todavía en el salón! ¡qué fastidio!)

REY. (Bajo á Pablo.) Observa. Se ha puesto un tiesto de flores en el pecho.

PAB. A mí me toca. ¡Trefle! (Siguen jugando.)

ESCENA VIII

DICHOS y MAD. PONT-BIQUET

Mme. PONT (Están distraídos con el juego.)

REY. (Bajo á Pablo.) Va á la ventana...

Mme. PONT (Levanta la persiana.) (¡Está ahí!... Roberto está ahí. Me espera. La noche es oscura y no se distingue nada. Pensar que probablemente no le conoceré nunca!... ¿Es alto, es bajito, es moreno, es rubio? ¡Roberto! ¡Señor, quién puede ser Roberto?)

REY. (Como antes.) Parece que vacila...

PAB. (Idem á La Reynette.) ¡El remordimiento!

Mme. PONT (¿Será el hijo del librero de la calle Mayor? Me ha mirado ayer con unos ojos .. ¿O será el primer pasante del abogado Girardin? ¡Oh, esta incertidumbre es horrible! Ahora, cuando salgo, me parece que todo el mundo me mira y que todos me siguen. Se me pasa la vida diciendo: «Debe ser este». «Debe ser aquel». Las nueve y media. Es la hora. Roberto espera. (Se arregla el cabello.) Debo estar hecha un demonio.)

REY. (Como antes.) ¡Se arregla el pelo!... Abre la ventana... (Alto.) ¡El rey!

PAB. ¡Fallo!

Mme. PONT (No han oído nada. (Mira hacia afuera.) ¿Dónde estará? ¿A la derecha? ¿A la izquierda? ¿Enfrente de mí? (Mira á todos lados coqueteando y adoptando posturas interesantes.)

REY. (Bajo y conteniendo la risa.) Mírala. Se presenta de frente, de perfil, en escorzo.

Mme. PONT (Me parece que se mueve allá una sombra... Sí; se aproxima... (Sigue haciendo monadas.)

PAB. (Bajo y riendo.) Esto es ultra-cómico.

REY. (Lo mismo.) Me ahogo. Yo voy á soltar el trapo. ¡Cuidado! ¡Se vuelve! (Juegan.)

PAB. El rey.

REY. ¡Fallo!

Mme. PONT (No sé si deje caer el pañuelo... No: una

flor.) (Se quita una rosa del peinado y la echa por la ventana.)

REY. (Como antes.) Mira, mira. Ha tirado una flor á Roberto.

PAB (Idem.) ¡Una flor!

REY. (Idem.) No sabe Roberto lo que se pierde.

Mme. PONT (¡Sea lo que sea!) (Envía un beso con la mano.)

REY. (Como antes.) Besos... besos... Le envía besos...

PAB. (Idem.) ¡Esto es indecente!

(Madame Pont Biquet está á punto de caerse por la ventana, echando besos en todas direcciones.)

REY. (Como antes.) Se va á caer á la calle. Parece una artista de circo. (Alto.) Quinientas.

PAB. Yo también.

Mme. PONT (Si Roberto no está contento... (Cerrando la ventana.) Estos no han visto nada.) ¿Hacen ustedes una partidita?

REY. ¿Es usted, mamá? Yo creía que estaba usted ya durmiendo.

Mme. PONT Todavía no. ¿A qué juegan ustedes?

REY. Al bezigue.

PAB. (Al mismo tiempo.) Al ecarté. La Reynette me está pelando; pero me consuelo pensando que «desgraciado en el juego...»

ESCENA IX

DICHOS y JULIA y después GABRIELA

JULIA (Por la derecha.) Una carta para el señor Dubois.

PAB (La toma.) ¿Una carta?

JULIA Acaban de traerla. (Vase derecha.)

PAB (A madame Pont-Biquet.) Usted perdone, señora.

Mme. PONT De nada. (Pablo lee la carta.)

REY (Se pone en pie y arregla los naipes.) ¡Qué bonitas rosas! (Señalando las que lleva madame Pont Biquet en el pecho.)

Mme. PONT ¿Verdad que son muy hermosas?

REY. ¿Sabe usted, querida mamá, que desde hace algún tiempo se va usted haciendo coqueta?

Mme. PONT ¡Oh! ¡coqueta!... ¡Yo!

PAB. (¡Cristo! ¡reventó la mina!)
(Entra Gabriela por la derecha.)

Mme. PONT ¡Ah, Gabriela! Te esperaba para recogernos, que ya es hora.

GAB. Sí, mamá. ¿Qué le pasa á usted, Pablo!

PAB. (Disimulando.) ¿A mí? Nada.

REY. Sí, chico: tienes mala cara.

Mme. PONT (Indicando la carta.) ¿Alguna mala noticia?

PAB (Balbuciente.) Sí... un amigo mío... que escribe... que se ha muerto... (Movimiento de los otros.) ¡Vamos!... que está... agonizando... Pera la cosa no tiene importancia porque... es muy aprensivo...

Mme. PONT Más vale que sea eso. Ea, buenas noches.

PAB. Buenas noches, señora.

REY. Buenas noches, mamá.

Mme. PONT (A la Reynette, con sequedad.) Buenas noches, Saturnino.

REY. Que no sueñe usted con Cornillard.

Mme. PONT ¡Qué horror! (¡Ay! con Roberto es con quien yo que querría soñar. ¡Roberto!) ¿Vienes, Gabriela? (Vase por la derecha.)

GAB. Voy, mamá. (A Pablo.) Vamos, no esté usted triste y piense usted en mí.

REY. Pensaremos, pensaremos. (Gabriela vase por la derecha.)

ESCENA X

LA REYNETTE y PABLO

REY. (Volviendo junto á Pablo.) Sepamos: ¿qué te pasa?

PAB. ¡Qué me ha de pasar! La eterna tontería y la eterna ridiculez y mi eterna mala suerte. Porque yo creía haberme librado de esto... Pues, ¡no señor! Como si no hubiera hecho nada. Está escrito que sea desgraciado y lo seré. ¡No faltaba más!

REY. ¿De quién es esa carta?

PAB. De Carmen.

REY. ¿Una española?

PAB. *Miss Carmen*, como se nombra en los carteles.

REY ¡Ah! ¿una anglo-española?

PAB. De Folies-Bergères. Un amor de circo.

REY. Pero supongo que habrás roto esas relaciones.

PAB. Completamente. Si hasta en el teatro me apestan esas mujeres que se presentan amenazando romper una boda. Figúrate si no habré tomado precauciones.

REY. Entonces, ¿qué quiere?

PAB. Fastidiarme. Escucha: (Leyendo.) «Ahora comprendo porque me ha abandonado usted repentinamente. Sé que va usted á casarse con una señorita Pont-Biquet. Lo he leído ayer en el *Fígaro*.»

REY. ¿Por qué meterán los periódicos la nariz en estas cosas?

PAB. (Leyendo.) «Pero si cree usted que yo voy á tragar la boda como un merengue, está usted muy equivocado. Estoy en el pueblo: Hotel de Inglaterra, cuarto número doce, primer piso, la segunda puerta á la izquierda. Quiero ver á usted esta misma noche. Si á las once no ha venido usted, llegará el escándalo á los tejados. No le digo á usted más. A mí no se me deja: soy yo la que dejo. Ya lo verán ustedes: usted y su Pont-Biquet. Le espera á usted. Carmen.» (A La Reynette.) Vamos, ¿no es esto el colmo de lo estúpido?

REY Está enfadada. Es evidente que está enfadada.

PAB. ¿Qué te parece?

REY. Esa es la consecuencia de tener intrigas galantes. Tarde ó temprano viene el conflicto. ¡Y yo, que había respondido á mi suegra de tu seriedad y de tus costumbres irreprochables! ¡Si madame Pont-Biquet lo supiera!

PAB ¿Un sermón ahora? ¡Pues es oportuno como hay Dios! Carmen me espera. ¿Qué te parece que haga?

REY. Vé.

PAB. ¿Yo? ¡Antes me hacen pedazos! Tú no sabes

lo celosa, lo violenta y lo vengativa que es esa mujer. Daría un escándalo tremendo y mañana se sabría en todo el pueblo. ¿Crees tú que después sería posible la boda?

REY. Seguro que no.

PAB. ¿Qué hacer?

REY. No vayas.

PAB. Eso es. Y escribirá entonces á tus suegros. Lo mismo de un modo que de otro habré perdido á Gabriela para siempre. Y eso es lo que no quiero; ¿lo oyes? porque la amo con toda mi alma. Y ella me adora. Y mato al género humano antes que renunciar á Gabriela.

REY. Pues si no quieres ir, ni tampoco dejar de ir, no sé qué vas á hacer.

PAB. Hombre, piensa alguna cosa... Tú eres un magistrado; debes conocer mucho estos asuntos; eres juez de instrucción... imposible que todo eso no sirva para algo.

REY. ¿Para qué?

PAB. Mira, muy sencillo: dictas un auto de prisión contra Carmen...

REY. ¿Un auto de prisión?

PAB. Sí, señor; la encierras y la guardas en compota hasta que yo me haya casado.

REY. ¿Que la tenga presa? Eso es un poco radical.

PAB. Eso sería la gran solución. Dos ó tres días después de mi matrimonio, le dices que ha sido una equivocación, que lo sientes mucho, que queda en libertad... ¡y ya está!

REY. ¿Y ya está?

PAB. Pues claro. Como que ni siquiera tendría derecho á indemnización. Nada más cómodo.

REY. Tienes un concepto de la justicia que encanta. ¿Es eso lo que os enseñan en la Escuela Politécnica?

PAB. Vamos, querido Reynette, lo que sé es que me encuentro en una situación excepcional y que reclama medidas excepcionales.

REY. ¿Pero qué tiene de excepcional que una mujer abandonada se aferre al que la abandona?

PAB. ¿En todo caso no tenéis los jueces un poder discrecional?

REY. Eso á mi suegro, que es el juez, yo no soy más que el suplente,

PAB. ¿No quieres hacer nada por mí?

REY. Lo que quiero es que no me pidas imposibles.

PAB. Pues bien: vé tú á verla, por mí.

REY. ¿A quién?

PAB. A Carmen.

REY. Eso es imposible. Reflexiona...

PAB ¿También eso es imposible? Bueno. No hablemos más.

REY. Escucha, hombre...

PAB. Ni una palabra.

REY. ¡Uf, qué carácter! (Pantomima en que explica al público que no puede presentarse en casa de una mujer á quien no conoce.) Vamos, Pablo.

PAB. Es inútil.

REY. ¡Qué delicia de carácter! (Nueva pantomima en que explica al público que si se presenta en casa de Carmen, ésta le dará de bofetones.) ¡Pif! ¡paf! Dos bofetadas. Y me quedo con ellas. Escucha, Pablo. (Negativa de Pablo.) Mira; idos al diablo.

PAB. ¿Eh?

REY. Nada.

PAB. Bueno.

REY. (Pausa.) Pero...

PAB. Pero, ¿qué?

REY. Si voy, ¡que no voy! pero si fuera, ¿qué iba yo á decir á esa mujer?

PAB. Que se vaya, que se vaya y que me deje en paz.

REY. Sí, desde luego; si por lo menos la conociera... Pero se negará á escucharme.

PAB. Pablo, tú eres juez; tienes derecho á hablarle gordo y firme.

REY. Sí, desde luego... Todo el mundo va á creer que se trata de un lío que yo tenía oculto. Yo soy muy conocido en el Hotel de Inglaterra.

PAB. ¡Ah!

REY. Sí; voy allí con frecuencia, porque allí vive mi sustituto.

PAB ¿En el hotel?

REY Sí, mientras arreglan su casa.

PAB. ¿En qué piso vive?

REY. En el segundo.

PAB. Pues nada más sencillo. Carmen tiene su cuarto en el primero, la segunda puerta á la izquierda, número doce. Los que te vean entrar creerán que subes á ver al sustituto y entras en el cuarto de Carmen.

REY. (Saca el pañuelo.) La segunda puerta á la izquierda, número doce. (Hace un nudo en el pañuelo.)

PAB. Son las diez y media. Sálvame, querido Reynette. Tu mujer está ausente, no viene hasta mañana. Eres libre. Además nadie sabrá nada.

REY. En fin; las tonterías se enredan como las cerezas. Trataré de...

PAB. Gracias, amigo mío. Ya estaba yo seguro de tu cariño. Sobre todo, mucha energía. Amenázala, ¿eh?

REY. Pierde cuidado. Si no sale del pueblo mañana en el primer tren...

PAB. ¡La prendes!

REY. No, digo que si no se marcha no será por culpa mía.

PAB. ¡Ah! Pero, ¿te vas sin sombrero?

REY. No, hombre. Voy por él. (Mutis primera izquierda.)

PAB. Date prisa... Las diez y treinta y cinco. (Llegará á tiempo.)

ESCENA XI

DICHOS y JULIA por la derecha con una tarjeta. Después DAGOBERTO

JULIA Señorito, ¿sabe usted dónde está el señor? Preguntan por él.

PAB. En el jardín.

(Sale Julia por la puerta del jardín.)

REY. (Por primera izquierda.) Ea, en marcha.

PAB. (Le pone el sobretodo.) No sabes cuánto te lo agradezco. Pero, ¡no te fíes! ¡no te fíes!

REY. ¿De quién?

PAB. De Carmen. Es muy taimada, muy seductora...

REY. ¡Pobre chica! La compadezco. Las mujeres no son un peligro para mí. No tengo la protuberancia. (Abre la puerta del chaflán de la derecha.)

DAG. (Desde la segunda derecha.) Perdone usted, caballero. El señor Pont-Biquet...

PAB. Han ido á avisarle.

REY. Pase usted.

DAG. (Entra.) Caballero...

PAB. (Contestando al saludo.) Tome usted asiento. (A Reynette.) ¡No te fíes!

REY. Descuida. (Vase por la puerta del chaflán de la derecha. Pablo vuelve á saludar á Dagoberto y hace mutis por la primera derecha.)

ESCENA XII

DAGOBERTO y PONT-BIQUET por la izquierda

PONT (Leyendo la tarjeta.) (No sé quién es.)

JULIA (Por Dagoberto.) Este caballero..

PONT Bueno. Déjenos usted. (Mutis Julia.)

DAG. (Correcto y elegante, afeitado. Aire grave y distinguido. Botón multicolor en el ojal de la solapa. Muchas sortijas.) El señor Pont-Biquet...

PONT Servidor de usted.

DAG. ¿Es usted el señor juez de instrucción?

PONT Sí, señor. Tome usted asiento.

DAG. Muchas gracias. Ante todo, pido á usted mil perdones por venir á molestarle á esta hora. Pero cuando sepa usted el motivo...

PONT (Le tranquiliza con un ademán.) (Tiene buen empaque. Es distinguido.)

DAG. Vengo recomendado á usted por su amigo el magistrado señor Chauvinot, que también es amigo mío.

PONT ¿El que vive en París, en el boulevard San Germán?

DAG. El mismo. Mi nombre tampoco le será á usted desconocido. Soy Dagoberto.

PONT ¡Ah, sí! Tengo mucho gusto... (No le conozco.)

DAG. Ya sabe usted que soy artista.

PONT Sí, sí. (Será del Teatro Francés.)

DAG. Chauvinot es uno de nuestros más fervientes abonados del viernes.

PONT ¿Del viernes? (Canta en la Opera.)

DAG. De ahí viene nuestra amistad.

PONT ¿Y Chauvinot? ¿está bueno?

DAG. Sí, está perfectamente. Empezaré por hacer á usted una confesión. Usted, como juez, estará de seguro al corriente de las miserias humanas.

PONT En efecto.

DAG. Hablaré, prescindiendo de toda falsa vergüenza. Como me decía ayer mismo mi amigo el príncipe de Iliria, yo he sabido pilotar muy bien mi globo. En tres años, he recorrido todo el teclado de la gloria artística.

PONT (Es un pianista.)

DAG. Gano cien mil francos anuales.

PONT (¡Zapateta!)

DAG. Todo el mundo supone que mi vida es muy feliz. Y sin embargo, no hay nada de eso. ¡Soy casado!

PONT Y duda usted de...

DAG. Estoy al otro lado de la duda. Hace dos dos años me casé con miss Carmen, á quien también conocerá usted de nombre...

PONT Sí, sí... (¡Miss Carmen! No sé quién es.)

DAG. Me casé con ella engañado por su dulzura para exhibir palomas domesticadas. Me dará pedacitos de azucar puestos entre sus labios, pensaba yo.

PONT ¿Y consiguió usted que le tratase como á una paloma?

DAG. Lo conseguí, sí señor. Me daba cada cañazo que me volvía loco. Porque así enseña á sus pobres bichos. Pero yo estaba ciego por los atractivos de miss Carmen, que es la mujer más linda de París.

PONT (Aparte y con un gesto cómico.) ¡Hum!

DAG. En fin, á los seis meses de casado, supe que mi mujer me engañaba.

PONT ¡Ah!

DAG. Comprenderá usted que en el momento en que estaba entregado á mi arte, no podía vigilarla.

PONT ¡Claro! (Pero, ¿qué es este hombre?)

DAG. Y la traidora los aprovechaba para urdir sus intrigas amorosas. Pero, ¿con quién dira usted? Es inconcebible. (Se levanta indignado.) ¿Sabe usted con quién? ¡Con el gigante!

PONT ¿Con el gigante?

DAG. (Exaltándose.) ¡Con un payaso! ¡Un fenómeno! ¡Un saltimbanqui! ¡Ah! ¡Cuando lo pienso, se me sube la sangre á la cabeza y...

PONT Cálmese usted.

DAG. Pido á usted mil perdones. Pero usted se hará cargo... ¡Una mujer á quien yo he amado, á quien he mimado, á quien he elevado hasta mí!... ¡Descender hasta el gigante!

PONT ¿Y qué hizo usted?

DAG. (Sentándose.) Traté de reducirla por la persuasión, por el razonamiento... Y á mi conducta sensata y generosa ha correspondido con un número de faltas tan enorme, tan formidable, tan....

PONT ¡Gigantesco!

DAG. Esa es la palabra. No he tenido más remedio que pensar en la separación, so pena de pasar por un marido complaciente, cosa que en mí estaría peor que en otro cualquiera.

PONT ¡Ah!

DAG. Por mi profesión.

PONT ¿Cómo?

DAG. Yo soy el Hombre-Pez.

PONT (Estupefacto.) ¿El Hombre-Pez?

DAG. ¿No me ha visto usted en Folies-Bergeres permanecer cinco minutos y medio debajo del agua sin respirar?

PONT No: no he tenido el honor...

DAG. Es admirable.

PONT ¿Y qué hace usted en el fondo del agua?

DAG. Mondo una zanahoria, me como una manzana, fumo una pipa y juego al bilboquet.

PONT Es prodigioso. ¿Y gana usted cien mil francos?

DAG. Sí; pero sobre todo, lo que me preocupa es la pureza de mi nombre. A los artistas se nos olvida pronto, y quiero que mi nombre quede limpio. Por eso me puse de acuerdo con Chauvinot, el cual me dijo: «Nada más fácil: sorprenda usted á su mujer infraganti y pida el divorcio.» La hice vigilar, y he recibido un telegrama en que se me decía que mi mujer había venido á esta población.

PONT ¡Ah! ¿Miss Carmen está aquí?

DAG. Sí: en el Hotel de Inglaterra. Al recibir el telegrama, fuí á ver á Chauvinot, que me dió el nombre y las señas de usted, asegurándome que usted me indicaría lo que debo hacer.

PONT Con mucho gusto... ¿De manera que usted quiere sorprender á su esposa?

DAG. Sí; esta misma noche.

PONT Pues lo primero es que se ponga usted de acuerdo con el comisario de policía. Le daré á usted una tarjeta... No; le veré yo mismo. Vamos al Casino, y le encontraremos de seguro, porque juega hasta las once. Allí le presentaré á usted.

DAG. Es usted muy amable.

(Toupance por la derecha.)

PONT ¡Calla! ¡Toupance! ¿Se le ha olvidado á usted algo?

ESCENA XIII

DICHOS y TOUPANCE

TOU. (A Dagoberto.) ¡Caballero! (A Pont-Biquet.) Es un encargo de mi mujer para madame Pont-Biquet, unas señas que necesita.

PONT Pues llega usted tarde, querido Toupance. Mi mujer ya está acostada.

TOU. ¿Ya?

PONT Si quiere usted que yo se lo diga...

TOU. No; muchas gracias. Vendré mañana. Ahora voy al Casino.

PONT Yo también. Espere usted un instante.

TOU. ¡Ah! me alegro. (¡Maldito!)

PONT En seguida soy con usted. (Mutis derecha.)

DAG. Muy bien. (Pasea hacia el fondo.)

TOU. (Mostrando á su tiempo una rosa que ocultaba con el paletot.) (Hace un cuarto de hora, cuando volvía á casa después de acompañar á esas señoras, pasé por esa plaza. De pronto, se abre aquella ventana. Era madame Pont-Biquet que, después de mirar á un lado y á otro, para asegurarse de que no había nadie, me ha echado esta rosa y me ha enviado un beso con las puntas de los dedos; ¡así! Mi asombro .. ¡quién puede figurarse mi asombro! ¡Madame Pont-Biquet!... ¡Está todavía frescachona! Está... sí; está mejor que mi mujer. ¡Amado de la mujer del juez de instrucción! ¡Me parece que toco ya el ascenso!)

PONT (Con abrigo y sombrero.) Saldremos por aquí y acortaremos el camino.

DAG. (A Pont-Biquet, por Toupance.) Preséntame usted.

PONT (A Dagoberto.) ¡Hum! No hay para qué decirle que es usted el Hombre-Pez.

DAG. ¿No? ¿por qué?

PONT Aquí no saben apreciar á los artistas. Les parecen titiriteros.

DAG. (Muy ofendido.) ¡Oooh!

PONT (Presentándolos.) El señor Toupance, escribano de actuaciones. El señor Dagoberto, ministro referendario del Tribunal de Cuentas. (Cortesías exageradas. Salen por la puertecilla del jardín.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que para el primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PABLO y GABRIELA

El primero tiene en las manos un brazado de flores, de las cuales va tomando Gabriela para renovar las de los jarrones del salón

GAB. (En la chimenea.) ¡Oh! yo tengo ideas muy fijas acerca del matrimonio.

PAB. (Distraido, preocupado.) ¡Ah! ¿De veras? (Las nueve y media... y La Reynette no ha vuelto... desde anoche... ¿Dónde está ese animal?)

GAB. Sí, señor; he observado mucho, he estudiado mucho á las familias que tratamos.

PAB. (¡Toda la noche esperándole!)

GAB. Y no sólo las he estudiado, sino que después he reflexionado mucho.

PAB. ¡Ah! ¿De veras? (Demasiado sabe la inquietud con que le aguardo.)

GAB. Tengo la seguridad de que si hay tantos matrimonios que se llevan mal es porque la felicidad no es posible en el matrimonio, sino con ciertas condiciones.

PAB. (Pausa.) ¡Ah! ¿de veras?

GAB. (Viniendo hácia él.) ¿Pero, usted oye lo que estoy diciendo?

PAB. ¡Ah! ¡ya lo creo!

GAB. Pues no lo parece. (Toma flores.)

PAB. Pero Gabrielita ¿cómo puede usted creer que no la escucho? (Se vuelve para mirar por el jardín.)

GAB. Pero estése usted quieto. Va usted á dejar caer las flores.

PAB. ¡Ah! Perdone usted.

GAB. (Renovando las flores de un sitio próximo á Pablo.) En primer lugar, ¿no se casan los novios para vivir juntos y solos?

PAB. Sí, sí; solos.

GAB. Pues entonces sobra todo el mundo. Ni padre, ni madre, ni tío, ni tía, ni hermano, ni hermana.

PAB. ¡Nadie! (No me cabe duda. ¡Es que Carmen lo ha entretenido con sus mimos!)

GAB. Vea usted lo que pasa en mi casa. Mi hermana y mi cuñado se adoran y serían completamente felices si mamá quisiera dejarlos en paz. Nosotros no caeremos en eso.

PAB. (¡Ah! ¡ahora sí!) (Corre á la puerta del jardín.)

GAB. Pero ¿qué le pasa á usted?

PAB. Nada. Creía haber oído pasos.

GAB. ¿Espera usted á alguien? (Toma las flores y sigue repartiéndolas.)

PAB. No: á nadie. Decíamos... que nada de suegra. ¡Muy bien! ¡por nada del mundo! ¿Qué más?

GAB. ¿Qué más? Una cosa muy sencilla; yo creo que marido y mujer deben hacer la misma vida.

PAB. (Con tal que nadie note que ha pasado la noche fuera...)

GAB. Yo no creo que la mujer debe divertirse mientras trabaja el marido; pero cuando el señor necesite distraerse, la señora no debe quedarse en casa.

PAB. Habla usted como un libro.

GAB. (Muy convencida.) ¿No es verdad?

PAB. (Súbitamente.) (Si entran en su cuarto y ven que la cama está intacta...)

GAB. (Acercándosele.) Prométame usted que me tendrá al corriente de sus ocupaciones, de sus trabajos. (Toma las últimas flores.)

PAB. Pues claro que lo prometo. Le presentaré á usted mis alumnos del Liceo Carlomagno y usted y yo juntos corregiremos las composiciones.

GAB. (Vivamente.) Pablito: ya sabe usted que no tolero que se burlen de mí. Se lo advierto. (Adorna otro vaso.)

PAB. ¡Hola! ¡Parece que tenemos geniecillo!

GAB. En efecto, caballero... ¡y mucho! (Tiernamente.) Eso no le impedirá á usted hacer de mí lo que le dé la gana.

PAB. Entonces haré de usted la más amada y la más dichosa de las mujeres.

GAB. ¿De modo que aprueba usted mi programa?

PAB. ¿Qué si lo apruebo? Solitos, sin suegra y haciendo las mismas cosas. ¡Ah, Gabriela! (Quiere besarla.)

GAB. ¡No! (Rechazándole suavemente.) por la mañana, no.

ESCENA II

DICHOS, MADAME PONT-BIQUET, JULIA; después PONT-BIQUET

Mme. PONT (Por la segunda izquierda.) ¿Habeis visto á mi yerno?

PAB. ¿A La Reynette?

Mme. PONT Sí; todavía no le he visto esta mañana.

GAB. Se le habrán pegado las sábanas.

Mme. PONT Voy á ver en su cuarto...

PAB. (Vivamente.) No, no está. Ha salido temprano.

Mme. PONT ¿Ha salido? ¡Y sin desayunarse! ¿Dónde ha ido? ¡Si él no sale nunca por la mañana! (A Pablo.) ¿Usted le ha visto?

PAB. ¡No! .. ¡Sí! ¡ya lo creo! Le he visto en el jardín. Me ha dicho que tenía que despachar un asunto imprevisto... que no tenía más remedio...

GAB. ¡Claro! ¡Ya sé yo donde está!

PAB. (¡Qué!)

Mme. PONT ¿Dónde?

GAB. ¡Pues en la estación! Habrá ido á esperar á su mujer. Matilde llegará en el tren de las nueve y treinta y cinco.

Mme. PONT Precisamente. Ya debería estar aquí.

PAB. (¡Pues esto nos faltaba!)

Mme. PONT (Con coqueteria.) Oye, Gabriela.

GAB. Mamá.

Mme. PONT (Mirándose en el espejo.) ¿Qué te parece hoy mi peinado?

GAB. (Sin fijarse.) Muy bien, mamá; como siempre.

Mme. PONT ¿No encuentras nada nuevo? Pues me he rizado el pelo.

PAB. (¡Vamos! ¡Por Roberto!)

Mme. PONT No me habré puesto bastantes horquillas.

JULIA (Por la segunda izquierda.) Una carta para la señora. (Se la da y vase.)

PAB. (Si pudiera meterme, sin que me vieran, en el cuarto de La Reynette.) (Se dirige poco á poco hacia la primera izquierda.)

Mme. PONT (Es de él; de Roberto.) (La lee.)

PAB (Voy á deshacer la cama y á trastornar un poco los muebles.)

GAB. Señor Dubois.

PAB. (Deteniéndose bruscamente.) ¡Señorita! (No puedo colarme.) (Vuelve junto á Gabriela, que le habla y acaba de arreglar las flores.)

Mme. PONT (Leyendo.) («¡Mi ángel azul!... ¡Mi pájaro del Paraíso!» ¡Oh, qué galante! En su vida me ha dicho Pont-Biquet nada semejante. (Leyendo.) «Por favor, no me rehuse usted lo que voy á pedirle. Mañana jueves, le ruego que se pasée, de diez á once de la mañana, por el boulevard de la Libertad. Unos ojos ardientes y respetuosos espiarán su paso, (Pont-Biquet, por la segunda derecha, leyendo un periódico) que hará latir violentamente un corazón reconocido. Si quiere usted extremar el favor, lleve usted en la mano un pañuelo, mientras dure el paseo, en señal de simpatía por su enamorado, *Roberto.*» (Pont-Biquet se sienta cerca de ella.) (¡Qué niño! ¡Lo que son los jóvenes, Dios mío!) (Al ver á su marido.) ¡Ah!

ESCENA III

DICHOS, PONT-BIQUET; después MATILDE

PONT ¿Has recibido una carta?

Mme. PONT Sí...

PONT ¿De quién?

Mme. PONT (Vivamente.) De la modista. (La guarda en el bolsillo.)

GAB. Buenos días, papá.

PONT Buenos días, muñeca. (La besa.) ¿Has descansado?

GAB. Sí, papá.

PAB. ¡Querido señor Pont-Biquet!

PONT Buenos días, Pablo. (Dándole la mano.) ¿No ocurre nada nuevo? ¿Qué habéis hecho esta mañana?

Mme. PONT (Ya está tomando declaración.) Hemos hecho lo que hemos querido.

PONT Ursula, no abres la boca si no es para decirme algo desagradable.

Mme. PONT Señal de que soy constante. No todos pueden decir lo mismo.

GAB. Mamá, haznos el favor de no disputar delante de nosotros. La verdad es que eso quita los ánimos á cualquiera.

PONT ¡Oh! Estoy seguro de que tú serás una mujercita modelo.

Mme. PONT Tampoco usted se parece á otros maridos... (En voz baja.) ¡Señor sordo!

PONT (En voz baja.) Sordo semanal.

Mme. PONT ¡Así lo espero!

GAB. (A Pablo.) ¿Lo ha oído usted? Yo seré una mujercita ejemplar.

PAB. Ya lo sé.

MAT. (Por la derecha.) Buenos días por aquí.

GAB. ¡Ah! ¡Matilde! (La abraza.)

PAB. (La señora de La Reynette; ¡se cayó la casa!)

MAT. ¿Qué tal, padre? ¿Y tú, mamá?

PONT ¿Qué tal el viaje?

MAT. Muy bueno. (Saludando.) ¡Señor Dubois! (Le da la mano; después abraza á su madre.)

PAB. ¡Querida señora!

Mme. PONT ¿Traes hambre?

MAT. Sí, tomaría un chocolate.

Mme. PONT (A Gabriela.) Dí á la cocinera que lo haga.

GAB. En seguida. (Vase por segunda izquierda.)

Mme. PONT ¿Y tu marido?

MAT. ¿Mi marido?

PAB. (Esta es la ocasión.)

Mme. PONT ¿No venía contigo?

MAT. No; yo creía encontrarlo con vosotros. (Pablo se mete, sin ser visto, por la primera izquierda.)

Mme. PONT Pues no sé dónde se ha metido. Yo creía que había ido á esperarte en la estación.

MAT. No: por lo menos no le he visto.

PONT Pues durmiendo á estas horas, no lo creo.

MAT. (Vivamente.) Si está malo, decídmelo.

Mme. PONT No: salió esta mañana, según parece, para despachar un asunto imprevisto.

MAT. ¿Qué asunto? (Se ha quitado el sombrero y el abrigo.)

Mme. PONT ¡Ah! Eso no sé.

MAT. En fin, él nos lo dirá cuando vuelva. (Se dirige á la primera izquierda.) Voy á quitarme este traje. (Entreabre la puerta, mira un momento y vuelve á cerrarla, riendo.) ¡Vaya una rareza!

Mme. PONT ¿Qué te pasa?

MAT. ¡Pero está loco!

PONT ¿Quién?

MAT. Pablo.

Mme. PONT ¿Por qué?

MAT. Está haciendo mi cama.

Mme. PONT ¿Qué estás diciendo?

MAT. Mira.

Mme. PONT (Entreabre la puerta, mira y cierra.) ¡Cosa más rara!

MAT. ¿Lo has visto?

Mme. PONT Ahora parece que está limpiando los muebles... Está bajando las cortinas y removiendo las sillas.

PONT ¿Qué será eso?

Mme. PONT Una chifladura. Como otros tienen manía de grandezas, á él le da por ser ayuda de cámara.

MAT. Por fuerza. Porque esto no es natural.

PONT Imposible. Ayer mismo tenía íntegras sus facultades mentales. (Mira por la puerta y la cierra.)

Mme. PONT ¿Qué hace?

PONT Se lava las manos.

Mme. PONT Eso es que no se había lavado esta mañana.

ESCENA IV

PONT-BIQUET, MADAME PONT-BIQUET, MATILDE y LA REYNETTE

REY. (Por la segunda derecha.) ¡Matilde!.. ¡Matildilla!... ¡Por fin!

MAT. ¡Ah, Saturnino! (Le abraza.)

REY ¡Cuánto me alegro! ¡Ya estás aquí! Comenzaba á encontrar insoportable tu ausencia. ¿De salud, bien? ¿Estás cansada?

MAT. No: no mucho.

REY. Mejor que mejor. Me alegro mucho.

MAT. Tú eres el que no tiene buena cara... ¿Te sientes mal?

REY. No, querida Matilde. Todo se reduce á que he pasado una mala noche.

MAT. ¿Por qué no has ido á esperarme en la estación? ¡Ni siquiera se te ha ocurrido!

REY. Sí que se me ha ocurrido, pero no he podido: me he despertado muy tarde.

MAT. ¿De veras?

REY. Como que hace quince minutos que me he levantado.

Mme. PONT (¿Qué dice?)

PONT ¿Te has despertado á las nueve y media?

REY. Ni más ni menos.

Mme. PONT Pero, ¿de dónde vienes?

REY. (Riendo forzadamente.) ¿Que de dónde vengo? ¡Ah! No podéis imaginarlo... Vengo del hotel de Inglaterra, en donde he pasado la noche.

MAT. ¿Has dormido en el hotel?

Mme. PONT ¿Cómo es eso?

PONT ¡Vaya un capricho!

REY. Os quedáis pasmados, ¿eh? Ya estaba yo seguro de que abriríais un palmo de boca... Y, sin embargo, es la cosa más natural del mundo. Anoche, á eso de las once, fuí á ver á mi sustituto, que, como sabéis, vive por ahora en el hotel de Inglaterra. Hicimos nuestro ponche, sacamos cigarros, pegamos la hebra, y, como dos estudiantes, nos enfrascamos en una discusión de tres pares de bemoles, acerca de las cuestiones más arduas del Derecho trascendental. Pasan horas y más horas, y cuando se me ocurre mirar el reló... ¡las tres de la madrugada! Y entonces me doy cuenta de que había salido sin la llave.

Mme. PONT (Esto es un cuento tártaro.)

REY. ¿Qué voy á hacer?—me dije,—si vuelvo á casa á esta hora, tendré que llamar, tendré que llamar tres ó cuatro veces, armar un escándalo, alborotar la casa y alarmar á todo el barrio. Precisamente la pobre mamá no ha podido anoche pegar los ojos, porque ha estado soñando con Cornillard... Necesita descansar, reparar sus fuerzas; y por consiguiente sería una crueldad turbar su sueño, el sueñecito de la madrugada.

Mme. PONT Gracias por la atención. (¡Y además me dedica la travesura!)

REY. Por otra parte, mi mujer no está en casa. (A Matilde.) Tú no habías llegado aún. Nadie me espera. ¿Para qué molestar á nadie? ¡Quedémonos en el hotel! ¡Y me he quedado!

PONT Has hecho bien.

REY. ¿Verdad? Tomé un cuarto, el mejor que había... un cuarto de cuatro francos. ¡Qué cama, Santo Dios! No podía dormir; por fin pude coger el sueño á eso de las seis, y cuando me he despertado, eran ya las nueve y media.

Mme. PONT (Estallando.) ¿De modo que ha pasado usted la noche fuera?

REY. (Sorprendido.) ¿No lo sabía usted?

Mme. PONT Ni una palabra.

PONT Ahora nos enteramos.

REY. (¡He metido la patita!)
MAT. ¿No habías salido esta mañana temprano?
REY ¿Esta mañana?
MAT. Sí; para despachar un asunto imprevisto...
REY. ¡Yo!
(Pablo por la primera izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y PABLO DUBOIS; después GABRIELA

PAB. (Sin ver á La Reynette.) (Ya está el cuarto como una leonera.)
Mme. PONT Pablo es el que nos ha asegurado que te había visto esta mañana, que te había hablado.
REY. ¿Tú? ¿Tú me has visto?
PAB. Pues claro. (Le hace señas.)
REY. ¿Y me has hablado?
PAB. Ahí... en el jardín. (¡Si será zopenco, que no me entiende!)
REY. ¡Vaya! Estás tocando el violón. ¡Oh, no tienes por qué hacerme señas! ¡Caracoles! ¡Qué tupé!
PAB. ¿Cómo?
REY. ¡Cómo has de haberme visto en casa si he pasado la noche en el Hotel de Inglaterra y acabo de llegar!
PAB. ¡Ah! ¿Has pasado?... (A los demás) ¿Ha pasado?...
TODOS ¡Sí!
PAB. ¡Ah! (¡Y lo confiesa!)
REY. ¿Te admira, eh? ¿Te admira que yo diga á todo el mundo que he pasado una noche fuera de mi casa? ¡Confiésalo!
PAB. La verdad es que... (¡Y dice que yo tengo tupé!)
REY. Y para que nadie lo advirtiera has dicho que me habías visto esta mañana... y que habías hablado conmigo... ¡Confiésalo!
PAB. ¡Como que para hacerlo creer mejor he deshecho tu cama!
REY. Te agradezco la intención; pero te ruego que no te mezcles en mis asuntos.
PAB. ¡Bueno! ¡Está bien!

REY. ¡Yo no tengo por qué ocultar nada! ¡Y digo siempre la verdad! ¡Toda la verdad... nada más que la verdad! ¿No es así, Matilde?

MAT. Así lo creo.

REY. Ese es mi sistema, ¡ese! decir la verdad.

PONT ¡Pero si nadie lo duda!

REY. Si hubiera dormido en un bosque diría: «He dormido en un bosque». He dormido en el Hotel de Inglaterra... Pues digo: «He dormido en el Hotel de Inglaterra». ¡Ea! ¡ya está averiguado!

Mme. PONT (O en un bosque.)

REY. Mientras que tú, con tus mentiras y tus tapujos tontos...

PAB. He hecho mal; lo confieso.

REY. ¡Y tan mal! ¡muy mal!

PONT ¡Vamos, hombre! Ya se comprende que Pablo ha obrado así por amistad.

REY. Ya lo sé. Ha obrado como amigo: como amigo indiscreto. Ha creído que yo soy uno de tantos maridos que necesitan inventar historias. Y yo no necesito nada de eso. Soy un marido enamorado de su mujer. Y que no quiere á nadie más que á su mujer. ¿Verdad, Matilde?

MAT. Así lo creo.

REY. ¡Sea en buen hora! ¿De manera que has traído buen viaje? ¿Y has vuelto buena y sana? ¡Me alegro! ¡Me alegro! (Sube hacia el foro con Pont-Biquet.)

MAT. (A su madre.) ¿Qué te parece de esa historia?

Mme. PONT Que no creo absolutamente una palabra.

MAT. ¿Sí, eh?

Mme. PONT Pero déjame á mí: ya lo pondremos en claro.

GAB. (Por la segunda izquierda, á Matilde.) Ya tienes hecho el chocolate.

MAT. Gracias, Gabrielita.

PONT (A Gabriela.) ¿Sabes si están listos mis arreos de caza?

GAB. Todo: ahora mismo ha llevado Julia las botas á tu cuarto.

PONT Muy bien. Voy á ponérmelas. (Mutis segunda derecha con Matilde.)

PAB. (Bajo á La Reynette.) ¿Y Carmen?
REY. (Idem á Pablo.) Ahora hablaremos.
Mme. PONT (Hablan en secreto.)
REY. (Las diez y cinco... ¿No habrá recibido mi suegra la última carta de Roberto? Vamos á verlo.)
PAB. (Con tal que la haya decidido á marcharse...)
REY. Las diez y cinco... ¡Cómo pasa el tiempo!
Mme. PONT Las diez y cinco... (Ya me olvidaba de Roberto.) Voy á vestirme. (Vase.)
REY. ¡La recibió!

ESCENA VI

LA REYNETTE y PABLO DUBOIS

PAB. Confiesa, querido, que no has andado muy listo.
REY. ¡Y yo qué sabía! Ni cómo iba á figurarme que tendrías la idea...
PAB. A otra cosa. ¿La has visto?
REY. Si hubieras querido tomarte la molestia de esperarme, me hubieras prevenido.
PAB. (Molestado.) ¿Esperarte? ¡Pues si no he hecho otra cosa! ¡Si te he esperado toda la noche!
REY. Mejor hubieras hecho en esperarme esta mañana: porque yo no he vuelto de noche, si no esta mañana.
PAB. Después de que me he pasado la noche en claro y ennegreciéndome la sangre, mientras tú estabas divirtiéndote... En fin, no hablemos de ello. ¿La has visto?
REY. (Molestado.) ¡Divirtiéndome! ¡Conque divirtiéndome!
PAB. Si no, hubieras venido antes. Pero, ¿qué más da? ¿La has visto?
REY. ¡Hombre, me dan intenciones!... ¡Conque me divertía!...
PAB. ¡No grites! Pueden oirte.
REY. Ese es tu agradecimiento, ¡ese! ¡No! si eso es muy humano. Se sacrifica usted, arriesga usted su posición social por hacer un favor

á un amigo, pasa usted una noche abominable... y cuando vuelve...

PAB. Bueno. Me he equivocado.

REY. Y cuando vuelve usted...

PAB. Hombre, te digo que me he equivocado.

REY. Y cuando vuelve usted...

PAB. (Quedo, pero enérgico.) ¡Vuelve la hoja, que van tres!

REY. ¡Le reprochan amargamente que se ha divertido!

PAB. Reynette, te ruego...

REY. Sí; es muy humano.

PAB. Te suplico... Responde. ¿Has visto á Carmen?

REY. ¡Naturalmente! Como que he ido á eso, á verla.

PAB. ¿Y qué?

REY. Que está arreglado. Puedes dormir tranquilo. Nada tienes que temer.

PAB. ¿De veras?

REY. ¿Cómo quieres que te lo diga?

PAB. ¡Ah, querido La Reynette, tú eres un buen amigo! No puedo decirte cuánto te lo agradezco.

REY. Pero no me he divertido. Puedes creerlo.

PAB. Vamos. No vas ahora á guardarme rencor por una palabra un poco viva.

REY. No: nada de eso. (Le da la mano.)

PAB. Está bien. Y ahora cuéntame. Dame detalles. ¿Cómo te ha recibido?

REY. Con los brazos abiertos.

PAB. ¡Ella!

REY. ¡Ni más ni menos!

PAB. (Un poco humillado.) ¡Vaya usted á fiarse!...

REY. La cosa más natural del mundo. Llamo discretamente á la puerta; (Ademán de tocar con los nudillos.) la puerta se abre, una mujer me echa los brazos al cuello, y dice: «Pablo!... ¡Pablo!...» ¡Y me lo he ganado (Relamiéndose.) por equivocación!

PAB. ¿Y tú no has dicho nada?

REY. Cuando he podido. Pero ¡Cristo! ¡eso es querer! (Ademán de abrazar con fuerza.) En fin; cuando pude, le dije: «Señora, perdone usted...

Soy Saturnino La Reynette, juez suplente de este Juzgado, amigo y futuro cuñado de Pablo Dubois, que me ha rogado que viniese.»

PAB. Y estalló la bomba. La conozco.

REY. No. Cayó en un sofá y se echó á llorar. Yo, mientras tanto, la admiraba en silencio.

PAB. ¿Y después?

REY. ¡Porque es una maravilla, chico! ¡Qué belleza, qué gracia, qué carnes!

PAB. Bueno. Y cuando acabaste de admirarla...

REY. ¡No, hijo, si no acababa! Se había puesto para esperarte una *toilette* tan sugestiva... Un peinador azul, ligero ¡tenue! ¡y con un descote! y sobre el peinador caía como una cascada de oro su magnífica cabellera rubia...

PAB. Bueno. Y...

REY. Pues por fin levanta sus ojos húmedos por las lágrimas, los fija en mí, sonríe... y yo me arrojo á sus plantas.

PAB. ¡Cómo!

REY. Así. (Se pone de rodillas.)

PAB. No; digo que para qué.

REY. Para pedirle perdón por haberme encargado de una misión tan penosa, tan desagradable. Le digo que vas á casarte, que ya no la quieres, que te niegas á verla, que debe resignarse, etc., etc.

PAB. ¿Y qué dijo?

REY. ¡Ay, amigo mío!

PAB. ¿Más lágrimas? La conozco.

REY. ¡Una cólera espantosa!

PAB. Rompería algunos muebles.

REY. Casi todos.

PAB. Como siempre.

REY. Armó tal escándalo, que subió el camarero. Le tranquilicé diciéndole que todo quedaría pagado.

PAB. Y por fin... ¿se calmó?

REY. Se calmó y nos sentamos los dos en una silla...

PAB. ¡Hombre!

REY. La única que quedaba. Entonces, queriendo

enriquecer mi caudal de observaciones, le pedí permiso para estudiar su cráneo.

PAB. ¿Qué?

REY. A lo cual accedió ella amablemente, y apenas había posado mi mano temblorosa sobre sus cabellos, ¡pan! ¡pan! llaman á la puerta: el comisario de policía.

PAB. ¡El comisario!

REY. Le conocí en el vozarrón con que gritaba: «¡Abrid en nombre de la ley!»

PAB. Pero ¿á cuento de qué...?

REY. Tú te habías callado que Carmen es casada

PAB. ¡Casada! Te juro que no sabía una palabra.

REY. Bueno. Pues hazte cargo del *delicado obsequio* que se me venía encima.

PAB. Es verdad, Reynette; yo no pude prever....

REY. Figúrate á Saturnino La Reynette, juez suplente, sorprendido por un marido en el cuarto de una fonda y llevado ante los tribunales...

PAB. ¿Y qué habéis hecho?

REY. Un «sálvese quien pueda»; Carmen por la izquierda, yo por la derecha, gracias á que no estaban condenadas las puertas de comunicación con los cuartos vecinos. Me encerré con llave y cerrojo, te maldije hasta la cuarta generación, me desnudé y me acosté á tientas. ¡Valiente noche he pasado, arrollado en una simple cubierta como la serpiente del Jardín de Plantas; porque como la habitación estaba desocupada, la cama no tenía sábanas ni mantas.. Y á eso de las seis, reventado de dar vueltas, me dormí como un plomo.

PAB. ¡Pobre amigo!

REY. ¡Para que veas si me he divertido! En fin, lo principal... Porque no creo que Carmen haya hecho la farsa de denunciarme... Su marido se la llevará á París y tú quedarás libre de ella.

PONT (Dentro.) ¡Julia! (Entra por la segunda derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, PONT-BIQUET y MADAME PONT-BIQUET

PAB. (Bajo á Reynette.) ¡Silencio!... El suegro... Ten cuidado.

PONT ¿Dónde se ha metido esa chica?

REY. ¡Anda! Y ahora mi suegra que va á dar su paseito por el boulevar.

(Madame Pont-Biquet por la primera derecha en traje de calle y con un pañuelo en la mano.)

Mme. PONT (A su marido.) ¿Todavía no te has marchado?

PONT ¡Oh! sin despedirme de tí... Además, tengo tiempo. La cita en la estación es á las once y diez minutos. Faltan tres cuartos de hora.

REY. (A Pablo.) Mira, mira: lleva el pañuelo.

PONT (A su mujer.) ¿Vas á salir?

Mme. PONT Por lo visto... (Vase por la puerta del jardín.)

PONT ¡Mujer encantadora! (Transición.) ¡Un poco seca!

ESCENA VIII

DICHOS, MATILDE y un CAMARERO

MAT. (Con un papel en la mano.—Al Camarero.) Pase usted. (Entra el Camarero.)

REY. (Bajo á Pablo.) ¡Ah, el camarero!

PAB. (Idem á Reynette.) ¿Qué camarero?

REY. El del hotel.

PAB. ¡Demonio!

MAT. ¿Qué factura es ésta, Saturnino?

REY. ¿Una factura? No sé, hijita. ¿Qué factura?

MAT. Mil ochocientos ochenta y tres francos de muebles.

PONT ¿Has comprado muebles?

REY. (Vivamente.) ¡No!... ¡No es para mí!... No he encargado muebles...

MAT. Muebles rotos.

REY. Tampoco he encargado muebles rotos.

MAT. De manera que no sabes...

REY. Ni una palabra. Es una equivocación.

CAM. Perdone el señor...

REY. Le digo á usted que es una equivocación.

CAM. Pero...

REY. ¡Qué pero ni qué manzana! No hay pero que valga. Yo sé lo que me digo. (Al Camarero á media voz.) ¡Imbécil!

MAT. Deja al muchacho que se explique.

PONT Si hablais los dos á la vez...

REY. ¿Cómo quiere usted que explique una cosa que no existe?

PAB. ¡Ah! ¡ya sé lo que es! Esos muebles son sin duda para madame Pont-Biquet.

PONT ¿Para mi mujer?

PAB. Sí; es aficionada á antigüedades, muebles viejos, butacas rotas, cómodas carcomidas...

REY. Sí; tienes razón. Eso debe ser.

PONT Es posible. Pero mil ochocientos francos...

MAT. (Al Camarero.) ¿De qué son esos muebles?

CAM. De pino, señora.

REY. ¡Justo! De pino antiguo. Pino Luis XI, Luis XII, Luis XIII. (Al Camarero.) Bueno: cuando vuelva mi suegra...

MAT. (Al Camarero.) ¿Quién es el que...?

REY. (A Matilde.) No entretengas al camarero.

MAT. ¿Por qué?

REY. ¿No hueles? Huele á calentura. Nos está infestando.

PAB. Es verdad.

MAT. No huelo nada. (Otra cosa es lo que me está dando en la nariz.) (Al Camarero.) ¿Quién le envía á usted?

CAM. Mi patrón Monsieur Bodin, el dueño del Hotel de Inglaterra.

PAB. (¡María Santísima de los Desposorios!)

PONT ¿Es que vende los muebles Monsieur Bodin?

REY. ¡Monsieur Bodin! ¿Es Monsieur Bodin? ¡Acabáramos! Si hubiera usted empezado por ahí... Bueno: yo iré á verle. Vaya usted con Dios...

CAM. Está bien, señor. (Va á marcharse.)

MAT. Pero, ¿se puede saber qué muebles son estos?

CAM. Son los muebles que ha roto esta noche pasada una señora.

PAB. (¡Patatrás!)

MAT. ¿Una señora?

PONT ¿Qué señora es esa?

REY. ¡Vamos! ¿Estais viendo? Ahora salimos con que es una señora quien los ha roto. No he sido yo. Cuando yo decía que esto era una equivocación...

MAT. Entonces, ¿por qué viene usted á reclamar al señor Reynette?

CAM. Porque este caballero dijo que él lo pagaría todo.

MAT. ¿Cómo?

REY. ¡Yo! ¡Yo he dicho que...! ¡Pero este hombre está loco!

CAM. (Perdiendo la paciencia.) ¡No, señor! ¡No estoy loco! Si el señor es flaco de memoria...

REY. ¡Insolente!

CAM. (Ahora me las vas á pagar.)

REY. ¡Flaco de memoria!...

CAM. Yo digo lo que he oído...

REY. (Interrumpiéndole.) ¡Cállese usted! ¡Flaco de memoria! ¿Por qué no dice usted ya que estoy podrido?

CAM. Cuando esta noche pasada sentí el escándalo, entré en la habitación; el caballero (Por Reynette.) estaba arrodillado delante de una señora.

MAT. ¡Ah! ¿Conque estaba usted á los pies de una señora?

CAM. La señora del número doce.

REY. Es verdad. Ahora lo recuerdo. Y van ustedes á comprender la cosa que no puede ser más natural. Estaba yo acostado. Yo dormía al lado de la señora.

MAT. ¡Al lado de la señora!

REY. ¡Cuidado! ¡cuidado! Ella estaba en el doce, yo en el catorce. De manera que estaba acostado (Recalcando) en mi cuarto, al lado del cuarto de la señora... ¡Había un muro! De pronto me han despertado los gritos, unos gritos terribles, un ruido espantoso. He saltado de la cama, he acudido en auxilio de la víctima...

PONT ¿Una víctima?

MAT. ¿Qué víctima era esa?

REY. La señora; la señora del doce.

PAB. ¿Creiste que la asesinaban?

REY. Exactamente.

PONT ¡Muy bien, Reynette, muy bien!

REY. Y me encuentro con que no era nada de lo que había pensado. Era una loca, una loca furiosa.

PAB. (¡Verdad!)

REY. La había emprendido con los muebles...

MAT. ¿Y por eso te echaste á sus pies?

REY. Naturalmente. Para aquietarla por medio de ruegos. Con los locos es peor la violencia; porque les exaspera.

PONT Cierto.

REY. Por eso me eché á sus pies. Entonces fué cuando entró este camarero...

CAM. Y el señor me dijo:—¡Vaya usted al demonio! Déjenos usted. ¡Ya se pagará todo!

REY. Sí... eso es... me acuerdo... así lo he dicho. Pero decir «se pagará», no es decir que pagaría yo. No he dicho «lo pagaré»; he dicho «se pagará», lo cual es distinto.

PAB. (¡Es igual: lo está pagando!)

REY. Yo quería decir: «Pagará esta señora... ó su marido... ó... su señora madre.» Me es igual. A mí, ¿qué? Yo, no: ni entro ni salgo.

PONT Es evidente.

CAM. El marido ha dicho que él no paga nada, porque cuando él llegó ya estaba todo roto, como vió el señor comisario.

MAT. ¿El comisario?

PONT ¿El comisario de policía?

REY. Sí, señor; el marido había ido á buscar al comisario de policía para que encerraran á su mujer en un manicomio.

CAM. No señor; no era eso.

PONT ¿Pues qué era?

CAM. El marido fué con el comisario para sorprender el *fraguante delito.*

MAT. ¿Cómo?

PONT No lo entiendo.

REY. (A Pont-Biquet.) ¡Caramba! ¡los muebles rotos! No podía negarlo. El delito era flagrante. ¿No llama usted á eso un delito flagrante?

PONT Sin embargo...

MAT. (A La Reynette.) ¿Usted ha visto al comisario?

REY. No: no le he visto. Había vuelto á acostarme al lado de la señora.

MAT. ¿Otra vez?

REY. Al catorce; al lado del doce. Pero hay un muro. Sin embargo, lo he oido todo. ¡Son tan delgados los tabiques!

MAT. (Al Camarero.) Diga usted al señor Bodin que iremos por allí.

CAM. Está bien, señora. (¡Para que te metas otra vez conmigo!) (Vase.)

REY. ¡Ay, Matildita, qué noche!

MAT. Sí; ya veo que ha sido... emocionante.

REY. ¡Oh, sí!

MAT. Y que por lo pronto ya sé lo que debo pensar de todo esto.

REY. Naturalmente; puesto que te he dicho toda la verdad, nada más que la verdad. Es mi sistema; decir siempre...

MAT. (Estallando.) La verdad, caballero, es que esta noche pasada no estaba usted solo en el Hotel de Inglaterra.

REY. ¿Qué?

MAT. Y que la escena ha sido interrumpida por la llegada del marido, escoltado por el comisario de policía.

PONT ¡Hola!

REY. ¡Qué estás diciendo, Matilde! Yo te juro...

JULIA (Por la segunda derecha.) El señor Dagoberto pregunta si el señor puede recibirle.

PONT Sí, que pase: (Vase Julia.) él nos lo explicará todo.

REY. ¿Cómo?

PONT Porque este Dagoberto es precisamente el marido, que ha debido sorprender esta noche á su mujer en el Hotel de Inglaterra.

PAB. (¡El marido de Carmen!)

REY. (¡Este viene á rematarme!... Carmen le habrá dado mi nombre, y... ya no me falta más que una cuerda al cuello.) (Se deja caer en una silla.)

MAT. Parece que se turba usted, amigo mío.

REY. ¡Yo! ¿A cuento de qué?

JULIA (Desde la puerta.) ¡El señor Dagoberto!

(Entra Dagoberto. Vase Julia.)

ESCENA IX

DICHOS y DAGOBERTO

DAG. (A Pont-Biquet.) Señor Pont-Bi... (Al ver á los demás.) ¡Ah! Perdone usted que...

PONT Estamos en familia. (Presentando.) Mi hija... Mi yerno... Y mi futuro yerno.

DAG. (Saludando.) Señora... señores...

MAT. Dispense usted... ¿Es usted de veras el marido?

REY. (Como reprendiéndola.) ¡Vamos! ¡Matilde!

DAG. (Admirado.) ¿El marido?

MAT. ¿De la señora sorprendida esta noche en el Hotel de Inglaterra?

DAG. (Contrariado.) ¡Ah! ¿ya se sabe? Es molesto... dada mi posición... es muy molesto. Sí, señora; yo soy el marido. ¡Y es molesto, muy molesto!

PONT ¿Tuvo éxito la expedición con el comisario de Policía?

DAG. Un éxito completo. Ya sé quién es el hombre á quien mi mujer viene á buscar en este pueblo.

PAB. (¡Vaya! ¡Carmen le ha dicho que soy yo!)

DAG. Sí señor; ya sé quién es el hombre á quien ha recibido mi mujer esta noche en su cuarto.

REY. (¡Vaya! ¡Me ha denunciado!)

DAG. Verdaderamente es una cosa increíble. Me siento humillado. ¡Un rústico, señor Pont-Biquet; un pedazo de bruto!

REY. (Entonces no soy yo.)

DAG. ¡Un simple!

PAB. (Respiro. No soy yo.)

DAG. En fin, un campesino.

PAB. (¿Qué dice?)

REY. (¿Un campesino?)

MAT. ¿Está usted seguro?

REY. Sí señora; un patán llamado Bouzu... Blas Bouzu.

REY. (¡Bouzu!)

DAG. (A Matilde.) ¿Usted no le conoce?

MAT. No señor. (A Dagoberto, para retirarse.) Caballero...

DAG. Señora...

REY. (Acompañándola hasta la puerta.) Vamos, ¿qué vas á hacer ahora de tus sospechas, de tu injusticia?

MAT. ¡Oh! Esto no está claro todavía. ¡Ya hablaremos! (Vase.)

ESCENA X

LA REYNETTE, PONT-BIQUET, PABLO y DAGOBERTO. Después JULIA

PONT (A Dagoberto.) Ahora que estamos solo hombres, puede usted hablar con entera libertad. ¿Sorprendió usted á la bella *miss* Carmen?

DAG. ¡Ah, sí! Sorprendimos á esa desgraciada. ¡Y en qué traje!

PONT ¿Estaba... ligerita?

DAG. Un peinador.

REY. (Aturdidamente.) ¡Azul!

DAG. (Sorprendido.) Efectivamente.

PAB. (Bajo á Reynette.) ¡Charlatán!

PONT ¿Cómo lo sabes?

REY. No: si es que pregunto. Como están en moda.

PONT ¿Y qué dijo ella al verle á usted?

DAG. Nada. Ni una palabra. Cuando llamamos á la puerta no contestó nadie.

REY (¡Claro!)

DAG. Solamente oímos que corrían por la habitación. Se oían pasos de hombre y pasos de mujer. Después, ¡nada! Forzamos la puerta; entramos; ¡nadie!

PONT ¿Habían huído?

REY (¡No que no!)

DAG. ¿Se habían refugiado en el cuarto de él, que estaba al lado.

REY. (El de la izquierda.)

DAG. Tomamos una luz, penetramos en aquella habitación y la vemos á ella sentada en una butaca y á él en la cama fingiendo que dormía.

REY (A Pablo.) ¡Canastos! ¡Un viajero!

DAG. El comisario interroga á mi mujer, que, sin hablar palabra, nos vuelve la espalda y se mete otra vez en su cuarto.

REY. (¡Brava chica!)

DAG. Entonces interroga al amante que nos contesta con un ronquido. El comisario vuelve á preguntarle y le advierte que el fingimiento no le servirá de nada y entonces nos contesta con dos ronquidos. Se le zarandea violentamente y entonces se levanta como asustado, abriendo mucho los ojos y gritando, «¡ladrones!» «¡asesinos!», y le da al comisario una serie de puñetazos que ni un martilló-pilón. El comisario hizo que los agentes lo ataran codo con codo y se lo llevaran á la cárcel, donde habrá pasado la noche.

REY. (Bajo á Pablo.) ¡Pobre Blas!

PAB. (Idem á Reynette.) Es un mala sombra.

DAG. Y así han pasado las cosas. Ahora deseaba preguntar á usted si todavía puede ser necesaria mi presencia; porque quisiera tomar el tren de las cinco para volver á París...

JULIA Señor.

PONT ¿Qué hay?

JULIA El señor Blas Bouzu.

PONT ¡Bouzu!

DAG. Es él, el amigo de mi mujer.

REY (Bajo á Pablo.) La inocente víctima.

JULIA Dice que viene de parte del comisario.

PONT Que pase. (Sale Julia. A Dagoberto.) Voy á proceder á un interrogatorio ligero y usted podrá volver á París esta misma noche.

REY. (Bajo á Pablo.) Me inspira compasión.

PAB. (Idem á Reynette.) ¡Qué remedio! ¡Es la fatalidad!

REY. Sí; pero yo no puedo consentir que le condenen. Eso sería abominable. Ya es bastante que haya pasado la noche en un calabozo.

PAB. Una parte de la noche. No toda.

REY. Mi deber es proclamar aquí mismo su inocencia en alta voz. Es mi deber.

PAB. ¿Estás loco?

REY. No lo cumpliré... pero es mi deber.

ESCENA XI

DICHOS y BOUZU, tipo de campesino un poco bobalicón. Blusa encima del traje; sombrero redondo y paraguas

BOU. ¿Hay permiso?

PONT (Secamente.) Entre usted.

BOU. (Sin despegarse de la puerta.) Tengan ustés buenos días.

REY. (Yendo hacia él.) Pase usted, señor Bouzu; no tenga usted miedo.

BOU. Usté tié buenas entrañas.

REY. Y siéntese usted. (Le ofrece una silla.)

BOU. ¡Ay, sí señor! Estoy tan cansao... me fallan las piernas! ¡Es un hecho!

REY. ¡Pobre hombre! (Dándole una butaca.) ¡No! Espere usted... Aquí estará usted mejor.

BOU. Es usted muy amable.

REY. (Tomándole el paraguas y el sombrero.) Traiga usted.

PONT ¡Pero hombre! ¡cuántas atenciones!

REY. La justicia no está reñida con la humanidad. (Coloca en un rincón el sombrero y el paraguas.)

DAG. ¡Y este es el orangután que prefiere Carmen! Lo confieso; echo de menos el gigante...

BOU. (Venir á la feria para vender una vaca y dormir en la cárcel. ¡Aaaah! (Llora.)

DAG. (A Pont-Biquet.) ¿Qué le parece á usted?

PONT Bastante feo.

DAG. ¿Verdad? ¿Usted se explica que Carmen?...

PONT ¡Sí! Precisamente por el afán de lo raro... ¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre y apellidos y los de su señora? (Escribe.)

BOU. ¡Redios! (Bufando y dándose un puñetazo en la rodilla.) ¡Redios!

REY. (A Pablo.) Está que bufa.

PAB. ¡Vamos, Bouzu, ánimo! ¡cálmese usted!

BOU. ¡Ah, señor! ¡si usted supiera! En mi vida me ha pasao otra cosa como éstá!

PAB. ¡Qué! ¡eso no vale nada!

BOU. ¡He pasao la noche en la cárcel!

PAB ¡No, hombre! En la prevención. No es lo mismo.

REY. Eso le pasa á cualquiera. Mire usted, á nosotras dos nss ha ocurrido más de una vez.

BOU. No me han dejado probar bocao. Desde ayer tarde estoy en ayunas,

REY. ¡Qué barbaridad! (A Pablo.) Vé á la cocina: allí debe haber caldo. (Vase Pablo por la segunda derecha.)

PONT (Acabando de escribir. A Dagoberto.) Muchas gracias. ¡Levántese usted, Bouzu! ¡Y nada de comedia, eh? Es inútil.

REY. (Bajo á Bouzu.) Levántese usted, querido Bouzu, y no tenga usted miedo.

BOU. Pero si yo no tengo miedo.

PONT ¿Es el comisario el que le ha dicho á usted que venga?

BOU. Sí, señor. El Comisario ha mandao que me suelten esta mañana y yo le he dicho que no entendía una palabra de este negocio. Y él me ha dicho que eso ya no era cuenta suya; que era cosa del juez de instrucción.

PONT En efecto. Y el asunto de usted es grave, ¡muy grave!

BOU. Pero, ¿qué asunto es ese?

PONT (Enfadándose.) Créame usted, Bouzu, y no se haga usted el tonto, porque á mí no me engaña usted. Se lo advierto.

REY. (En plena escuela antigua. A él no le engaña nadie.)

BOU. ¡Pero si yo no me hago el tonto! Es un hecho. Hoy es la feria de San Remo, y yo me dije la semana pasada: «Pues el dinero me hace falta; no hay más remedio que ir á la ciudá á vender...»

PONT ¿Dónde vive usted?

BOU. Yo soy de Belou, á tres leguas de aquí. Y me dige...

PONT ¿Por qué ha venido usted á este pueblo?

BOU. Justamente iba á decírselo á usté. He venido por mor de la *Rojales*.

DAG. (Levantándose.) ¡Insolente!

PONT (A Dagoberto.) ¿Es rubia miss Carmen?

DAG. ¡Sí; y éste hombre toma á burla su delito y el de mi mujer!

BOU. ¡Una mujer! ¿qué mujer?

PONT La mujer de este señor que ha sido sorprendida esta noche en su cuarto de usted.

BOU. ¡Una mujer en mi cuarto!

PONT Carmen... Miss Carmen... La señora Dagoberto... ¿Niega usted? ¿Se atreve usted á negar?

DAG. ¡Qué cinismo!

PONT No tenga usted cuidado. Yo lo pondré más suave que un guante.

BOU. Pues claro que lo niego. Si yo he venido á la feria.

REY. (¡Así se fabrican los infundios judiciales!)

PONT En fin; ¿qué hacía usted en el Hotel?

BOU. Estaba durmiendo. De pronto va y me despierta un señor gordo ¡que me dió un miedo!... Es un hecho. Y yo, creyendo que era un ladrón, comencé á aporrearlo. Luego salimos con que era el comisario de policía.

PAB. (Con una taza) Aquí está el caldo.

REY. Dame. (Toma la taza y se la da á Bouzu.) Tome usted, Bouzu.

BOU. Usté tiene buenas entrañas. (Bebe.)

PONT ¿Le estás dando caldo?

REY. Está sin tomar nada desde ayer.

PONT Ya para lo que falta, invítale á almorzar.

REY. (A Bouzu.) Mi suegro le invita á usted á almorzar.

PONT ¿Burlas, ahora?

REY. La justicia no está reñida con la humanidad.

BOU. (Devolviéndole la taza.) ¡Gracias! ¡qué rico está!

PONT ¿De manera, Bouzu, que usted no sabe nada? ¿Usted no ha visto nada ni ha oido nada? ¡Qué tontería! Usted, que es un hombre joven todavía, se aloja al lado de una mujer

hermosa, encantadora, apetecible y cubierta con un traje ligero... ¿y duerme usted? Rompen los muebles en el cuarto de al lado.. ¡y usted duerme! Entran en su cuarto de usted, hablan, gritan, le llaman... ¡y usted duerme!

DAG. ¡Qué había de dormir!

PONT ¡Vamos! El sueño, cuando es natural, no es tan profundo. Todo le acusa á usted, Bouzu y ese sistema de encerrarse en la negativa es lamentable. En fin; el tribunal apreciará los hechos. (Habla con Dagoberto.)

BOU. ¿Qué es eso del tribunal?

REY. (Bajo á Pablo.) ¡No! No puedo hacer traición por más tiempo á este infeliz. Mi conciencia no lo sufre.

PAB. Entonces, estamos perdidos! (Ladridos dentro.)

REY. (Vivamente.) ¡Estamos salvados! ¡La caza!

PAB. ¿Cómo?

REY. Papá; se le va usted el santo al cielo.

PONT ¿Por qué?

REY. Porque va usted á perder el tren.

PONT ¡Demonio! Es verdad... Mi partida de caza. Ya se me olvidaba. (A Dagoberto.) Quedamos en eso; yo apresuraré el asunto todo lo que pueda. Ahora me voy por unos días, pero mi yerno comenzará el sumario.

REY. Lo empezaré hoy mismo.

PONT Dispénseme usted... Pero tengo el tiempo justo.

DAG. Muchas gracias y hasta la vista.

PONT Antes de la vista tendrá usted que declarar.

DAG. No; si digo...

PONT ¡Ah, sí! Perdone usted. Tiene... (Tropieza con el quicio de la puerta.) gracia. ¡Adiós! (Vase.)

REY. Bien; pues quedan ustedes citados para las dos de la tarde en mi despacho de Palacio de Justicia.

DAG. ¡A las dos! Sí; tendré tiempo. (Saludando.) ¡Señores!... (Por Bonzu.) ¡Mi rival! ¡Es grotesco! (Vase.)

REY. Bueno, amigo Bouzu: usted también irá al Palacio de Justicia. ¡A las dos! (A Pablo.) Dale su sombrero y su paraguas. Y no tenga usted cuidado: todo se arreglará.

BOU. ¿Cree usted que se arreglará? ¿Y la *Rojales*? ¿Qué voy á hacer con ella? Ya, á esta hora, se ha cerrado la feria. Y yo necesitaba el dinero. Son cuatrocientos francos que pierdo.

REY. ¿La vaca? Mi amigo Pablo la compra.

PAB. ¡Yo!

REY. Sí, tú.

BOU. ¿De verdá?

REY. Dale cuatrocientos francos á Bouzu.

PAB ¡Vaya una broma!

REY. Dale cuatrocientos francos.

BOU. ¡Y bien puede usté decir que hace un buen negocio!

REY. (Bajo á Pablo.) Tú tienes la culpa de todo. Es lo menos que puedes hacer por este buen hombre.

PAB. (Dando billetes á Bouzu.) En fin... ¡sea! Aquí están los cuatrocientos francos. ¿Y qué hago yo con la vaca?

REY. Se la regalas á mi suegra. La pondremos á dieta láctea y eso la calmará. Adiós, Bouzu, hasta las dos.

BOU. Sí, sí; hasta luego.

REY. ¡Ah! ¿fuma usted puro?

BOU. Alguna vez... ¡Es tan caro!

REY. Tenga usted; llévese usted esto. (Le da la caja.)

BOU. ¡Oh! es demasiado...

REY. Tome usted. Son de mi suegro. Tengo yo gusto en ello.

BOU. Muchas gracias. (He sido un bestia: debía haber pedido quinientos francos.) (Vase.)

REY. ¡Vamos!... Todo se va arreglando.

PAB. (Alarmado.) ¿Te queda algo que arreglar?

REY. Poca cosa. No estando aquí mi suegro, soy el amo del cotarro. Y voy á hacer las cosas á mi gusto.

PAB. Lo primero es que me desembaraces de ese Dagoberto.

REY. Pierde cuidado.

PAB. ¿De veras?

REY. A las dos procedo á un simulacro de interrogatorio; y á las tres, he largado un sobre-

seimiento como una casa. Y se acabó. Realmente es cómodo el poder discrecional.

(Madame Pont-Biquet por la segunda izquierda, furiosa y con una carta en la mano, avanza lentamente sin ser vista.)

ESCENA XII

LA REYNETTE, PABLO y MADAME PONT-BIQUET

Mme. PONT (Aquí están los dos.)

PAB. ¿Y todo esto podrá quedar en el mayor secreto?

REY. Nadie sabrá una palabra.

PAB. ¿Ni aun madame Pont-Biquet? ¿La austera madame Pont-Biquet?

REY. ¿La señora y cuartillo?

Mme. PONT (¿Eh?)

REY. Se quedará en ayunas como todo el mundo.

Mme. PONT (Mostrándose.) Pues están ustedes equivocados.

PAB. ¡Ella!

REY. (Furioso.) ¡Mi suegra!

Mme. PONT (A Pablo.) Ruego á usted, caballero, que me explique esta carta que acabo de encontrar en el buzón de la puerta.

PAB. ¿Una carta?

Mme. PONT Firmada por «Carmen».

PAB. ¡Ha escrito!

REY. (Furioso.) ¡Otra historia! ¡Pero no acabaremos nunca!

Mme. PONT ¿Está usted en relaciones con esa mujer?

PAB. (Vacilando.) ¡Yo, no!... Es decir... Estuve; pero...

Mme. PONT ¿Y tiene usted la audacia de querer casarse con mi hija?

REY. Perdone usted, ¡mamá!... Pablo...

Mme. PONT En cuanto á usted, señor mío, ya sé á qué atenerme respecto de su calaverada de esta noche.

REY. ¡Mi calaverada!

Mme. PONT Sí, señor; usted ha ido á ver á esa mujer, á rogarla, á suplicarla, ¡quizás á seducirla!

REY. ¿También dice eso?
Mme. PONT Sí, señor.
REY. ¡No puedo más! ¡ea! ¡no puedo más!
PAB. La verdad, señora, es que Reynette ha ido por empeño mío...
Mme. PONT Eso que se lo explique á su mujer.
REY. ¡Mi mujer! Supongo que no irá usted á contarle...
Mme. PONT De pe á pa.
REY. ¿Sí, eh? ¡Tenga usted cuidado!
Mme. PONT ¿Me amenaza usted? (Se dirige hacia la segunda derecha.)
REY. ¿Adónde va usted?
Mme. PONT A enseñar esta carta á mi marido y á pedirle que rompa toda relación con este caballero. (Por Pablo.)
REY. (Exaltado.) ¡No irá usted!
Mme. PONT ¿Que no iré?
PAB. Es inútil, señora; yo me retiro.
REY. Tú (A Pablo.) me vas á hacer el favor de no moverte de aquí. (A madame Pont-Biquet.) Deme usted esá carta.
Mme. PONT ¡Corriendo! ¡Ja, ja!
REY. ¡Deme usted esa carta! (Se oyen ladridos dentro.)
Mme. PONT ¡Mi marido! ¡A él es á quien voy á darla!
REY. ¿Sí, eh? ¡La desafío á usted á que lo haga!
Mme. PONT ¡Usted!
REY. ¡Yo! Si le dice usted una sola palabra, si hace usted un solo gesto, la meto á usted siete estados bajo tierra.
Mme. PONT Va usted á ver el caso que hago de sus amenazas. (Se dirige á Pont-Biquet que entra en traje de caza.)

ESCENA XIII

DICHOS, PONT-BIQUET y TOUPANCE

PAB. (¡Estoy perdido!)
Mme. PONT ¡Señor Pont-Biquet!...
REY. (Con voz fuerte.) ¡Roberto!...
Mme. PONT ¡Ah!...
PONT ¿Qué hay?

PAB. (¡Buena idea!)

Mme. PONT Hay que...

REY. ¡Roberto!..

Mme. PONT (Esconde ta carta, llevando la mano á la espalda.) ¡Dios mío!

PAB. (¿Retrocede?)

PONT ¿Es á mí á quien llamas Roberto?

REY. (Riendo.) ¡No, no!

PONT Pues, ¿á quién?

REY. Es que cantábamos. Estábamos cantando la cavatina de Roberto el Diablo en que tanto se lucía la mamá. (Cantando.)

¡Roberto! ¡oh, tú che adoro

PONT ¡Ah, sí! (Cantando.)

e cui donai mía fe!

TOU. (Por la segunda derecha cantando.)

¡Deh! mira il mío terror!

¡Ah, *per te*...! (Hace guiños á madame Pont-Biquet.)

PONT ¡Calla! ¡Toupance! Llega usted á tiempo. Me voy por unos días.

TOU. (¡Buen viaje!)

PONT Durante mi ausencia se entiende usted para todo con La Reynette, que me sustituye como de costumbre.

TOU. Perfectamente. (Por madame Pont-Biquet.) (¡No me mira!) (Alto.) ¡Ejem! ¡ejem!

Mme. PONT (¡Y me ha de poner el pie en el cuello! ¡Oh!...)

TOU. (Bajo á madame Pon Biquet.) Se marcha. A las dos, la espero á usted en mi despacho del Palacio de Justicia. Estaremos solos.

Mme. PONT (¿Qué dice este imbécil?)

TOU. (A Pont-Biquet.) Le acompaño á usted á la estación.

PONT Muchas gracias. ¿Viene usted, Pablo?

PAB. Con mucho gusto.

REY. Yo voy también...

PONT ¡Muy bien! ¡En marcha! ¡Adiós, Ursula! ¡Hasta el domingo!

Mme. PONT (¡No! ¡qué humillación! ¡A mí no me hace bajar la cabeza!) (Va hacia Pont-Biquet volviendo á mostrar la carta.) Amigo mío...

REY. (Arrebatándole la carta.) ¡Perdone usted!...

Mme. PONT (Furiosa.) ¡Caballero!...

REY. (Amenazándola.) ¡Roberto!...

PAB. (Lo mismo.) ¡Roberto!...

Mme. PONT (¡Este también!)

PONT } (Cantando.)
TOU } ¡*Oh, tú che adoro...*

REY. } (Lo mismo.)
PONT } *e cui donai mía fe!*
TOU. }

Mme. PONT ¡Esto es horrible! ¿Cómo lo han sabido? ¡Roberto!... (Furiosa.) ¡Y yo soy la única que no le conoce!

REY. } (Reaparecen amenazadores y cantando con voz te-
PAB. } rrible.)
¡*Abbi pietá di te!*

(Madame Pont-Biquet, aterrada, cae en una butaca. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho del juez de instrucción en el Palacio de Justicia. Puerta al foro y laterales en primero y tercer término. Entre ellas y al fondo, estantes con legajos. A la izquierda, mesa pequeña para el escribano; á la derecha otra mayor para el juez: sobre ambas, papeles, libros y legajos. En medio de la escena un banquillo. Sillas en sitio conveniente: una á cada lado de la puerta del fondo.

ESCENA PRIMERA

TOUPANCE; después LA REYNETTE

Toupance entra por el foro con una enorme cartera de escribano bajo el brazo, y la coloca sobre la mesa de la derecha. Viene muy peinado, afeitado y vestido con coquetería y con una rosa en el ojal de la solapa

TOU. Las dos menos cuarto... Madame Pont-Biquet me parece que no se hará esperar mucho tiempo. Pongamos la mesa. (Mientras habla, saca de la cartera una botella, pasteles, frutas, flores, mantel, servilleta, vasos, etc., que va disponiendo sobre la mesa del juez.) Ha sido una idea feliz darle esta cita... ¡Su marido está fuera! ¡No hay trabajo! Aquí estaremos solitos, sin temor á que vengan á importunarnos... ¡Demonio! ¡Reynette!

REY. (Por la segunda derecha.) ¡Toupance!... ¡Canastos! ¡Qué elegancia! ¡Qué coquetón!... ¡Calla,

un cubierto! ¿Es de usted esta merienda? ¿Es de usted?

TOU. (Confuso.) Sí... efectivamente... es mía.

REY. (Oliendo y mirando el bouquet.) ¿Espera usted á alguien? ¿Espera usted á una mujer? ¿Da usted citas en el santuario de la Justicia?

TOU. (Como antes.) ¡Ca, nada de eso! Es que... al volver de la estación, después de despedir á M. Pont-Biquet, he tenido una disputa con mi mujer y no he podido pasar el almuerzo. Me vine aquí, y en el camino compré algunas cosillas...

REY. (Con intención.) Y flores...

TOU. Y flores, sí... Un *bouquet*... Se lo daré á mi mujer cuando vuelva á casa... Será el bouquet de la reconciliación.

REY. Bueno. De todos modos hágame usted el favor de trasladar á otra parte estas provisiones.

TOU. Sí, sí. En seguida. (Lo hace. Pablo entra por el foro.)

REY. ¡Ah! Te esperaba. Toupance, permítanos usted un momento; pero no se marche usted, porque le voy á necesitar muy pronto.

TOU. Bien. (No me faltaba más que eso: trabajar. Voy á esperarla en el pasillo.) (Mutis primera izquierda, llevándose los víveres.)

ESCENA II

LA REYNETTE y PABLO

PAB. ¿Por qué no has almorzado en casa?

REY. ¡Hombre, por prudencia! Para evitar explicaciones. No quiero ver á mi mujer ni á mi suegra hasta que pasen unas cuantas horas y haya desaparecido todo peligro. ¿Qué han dicho porque no he ido?

PAB. Nada. La pobre madame Pont-Biquet no se ha atrevido á presentarse en el comedor. Ha almorzado en su cuarto.

REY. ¡Hola! Se oculta. ¿Y Matilde?

PAB. Tu mujer no ha dicho ni una palabra du-

rante todo el almuerzo. Gracias á que Gabriela estaba de buen humor y ella sola reía y hablaba como una cotorra. Y tú, ¿dónde has almorzado?

REY. En el Hotel de Inglaterra.

PAB. ¡Ah! Me alegro. Supongo...

REY. Sí: ya está todo arreglado.

PAB. ¡Bravísimo!

REY. No te cóstará más que mil ochocientos francos.

PAB. ¿Qué? ¿Tengo que pagar?...

REY. Como no hayas pensado que pague yo...

PAB. Cuatrocientos francos de la vaca. Ahora mil ochocientos francos de muebles...

REY. A cambio de verte libre de Carmen. No es caro. Y ten en cuenta...

(Dagoberto por el foro.)

PAB. (En voz baja.) ¡Chist! ¡El marido!

REY. ¡Ah! Imítame.

ESCENA III

DICHOS y DAGOBERTO

DAG. (Saludando.) ¡Señores!...

PAB. ¡Caballero!...

REY. (Con efusión.) Querido señor Dagoberto. Tengo á verdadera honra estrechar á usted su mano. (Señas de inteligencia á Pablo.) Ni mi amigo Pablo ni yo sabíamos esta mañana á quién teníamos el honor de hablar.

PAB. (¡Ah, ya!) Sí; estábamos lejos de sospechar que una celebridad parisiense...

DAG. ¡Es usted muy amable!

REY. Un artista eminente...

DAG. ¡Muchas gracias!

PAB. Por fortuna, monsieur Pont-Biquet, antes de marcharse nos ha dicho de usted...

REY. Yo, la verdad, hubiera tenido un disgusto si no hubiera sabido á tiempo...

DAG. ¡Señores, por Dios! ..

REY. ¿De manera que es usted el que está sumergido en el agua cuatro minutos?...

DAG. ¡Cinco! ¡Cinco y medio!

REY. (Con entusiasmo.) ¡Cinco y medio, Pablo! ¡Cinco y medio!

PAB. ¡Valiente pez!

REY. (A Pablo.) Durante los cuales monda una manzana, se come una zanahoria, fuma una pipa y toca el clarinete.

DAG. No: juego al bilboquet.

REY. ¡Más difícil todavía: juega al bilboquet!

PAB. ¡Es prodigioso!

REY. ¡Y á pesar de eso, le engaña su mujer! ¡Es increible! ¿Qué más puede pedir esa mujer?

DAG. Otro.

REY. ¿Otro pez?

DAG. Otro cualquiera. La mujer es realmente un ser inferior.

REY. Afortunadamente, no le faltarán á usted compensaciones...

DAG. (Sonriendo con fatuidad.) ¡Ah, es claro! Como que mi empeño en coger á mi esposa en falta no es mío solo.

REY. Comprendo: hay una mujer que le ama á usted verdaderamente, y con quien se casará usted, una vez obtenido el divorcio...

DAG. Exactamente.

REY. No sé por qué me lo había figurado.

DAG. (Seriamente.) Sí; es una mujer á la que en cierto modo le debo la situación que hoy ocupo en el mundo artístico.

PAB. ¡Ah! ¿Sí?

REY. ¡Hombre! ¡Eso es curioso!

DAG. ¡Vaya si lo es! Verá usted. Yo fuí secretario del barón Craupat, que me había sacado de la miseria; porque mi padre, no me avergüenzo de decirlo, era bombista.

REY. }
PAB. } (Con terror.) ¿Qué?

DAG. Bombista en vidrio. Bombeaba vidrios para los relojes. Mi madre, simple acomodadora en Beaumarchais, y yo pasé mi infancia apedreando perros por las calles. El barón Craupat protegía por entonces á una chica muy linda del teatro de Varietés, Adelina; y como yo era el que desempeñaba los encargos de confianza, veía á la muchacha

con mucha frecuencia. Y necesariamente sucedió lo que tenía que suceder. El barón era viejo y feo: yo era joven y tenía buena figura...

REY. ¿Adelina le otorgó á usted sus favores?

DAG. ¡La volví loca! Y un día, al salir ella del baño, un baño de agua de salvado y de agua de colonia, estábamos juntos en su tocador, cuando oimos la voz del barón en el recibimiento. ¡Imposible huir! ¡Imposible esconderse!

PAB. ¡Demonio!

DAG. A todo esto, ella diciendo muy quedo: «¡Estoy perdida!» «¡No!» le digo yo de pronto. Y me zambullo en el baño y desaparezco bajo el agua blancuzca y tibia.

REY. ¡Admirable!

DAG. Pasaron tres minutos, durante los cuales...

REY. No jugó usted al bilboquet.

DAG. ¡Ah, no; seguramente! El barón se marchó; Adelina, más muerta que viva, vino al baño creyendo encontrar mi cadáver. ¡Qué asombro, qué alegría la suya, cuando me vió salir del agua tranquilo y sonriente como un dios mitológico! Aquél día, señores, comprendí claramente mi vocación y me dije: «Yo seré el hombre pez ó...»

REY. ¡O perezco en la sarten!

DAG. ¡Y lo fuí! Hoy gano cien mil francos al año y cuando entro en casa de Adelina, entro como amo; no me escondo.

REY. ¡Claro! ¡Que se esconda otro!

DAG. ¿Verdad?... Digo, no; no hay otro. Por lo menos, así lo creo.

REY. Ha sido una broma. ¿De manera que Adelina será la nueva esposa?

DAG. En cuanto consiga el divorcio. (Bouzu entra por el foro.)

PAB. ¡Ah! Aquí está Bouzu.

REY. Entonces, ya podemos empezar. (A Dagoberto.) Aquí acaba el hombre de sociedad y empieza el magistrado. (Va á la puerta de la izquierda.) ¡Toupance! ¡Toupance! (A Bouzu.) Pase usted, Bouzu. Pase usted, buen hombre y siéntese.

ESCENA IV

DICHOS, BOUZU y TOUPANCE

BOU. Tengan ustés buenas tardes. (Se sienta en el banquillo.)

TOU. (Por la izquierda.) ¿Me ha llamado usted?

REY. Sí, póngase usted en su mesa.

TOU. ¿Vamos á trabajar?

REY. Ahora mismo. Escriba usted: «Dagoberto contra Bouzu. Causa por adulterio.»

TOU. (Se sienta.) (¡Se fastidió la cita! ¡Lástima de veintiocho francos y setenta y cinco céntimos!) (Escribe.)

DAG. (A Reynette.) ¡Un momento! ¿Tiene que comparecer mi mujer?

REY. Hoy, no; no es necesaria su presencia.

DAG. ¡Mejor! No quisiera encontrarme...

REY. (Con autoridad.) Siéntese usted. (Voy á ponerme la toga, para imponerle más respeto.) (Mutis primera derecha.)

PAB. (Bajo á Bouzu.) Oiga usted, Bouzu. (Se sienta junto á él.)

BOU. ¿Qué se ofrece?

PAB. ¿Por qué no me compra usted la vaca?

BOU. ¿Mi vaca?

PAB. Sí. ¿Quiere usted comprármela?

BOU. (Rascándose la cabeza.) ¡Diantre! Según... Eso depende del precio.

PAB. Trescientos francos.

BOU. ¡Ah, no! No puedo.

PAB. ¡Cómo!

BOU. Perdería.

PAB. ¡Hombre!

BOU. Sí; me han dicho qué en el mercado de esta mañana se daban las bestias por nada ó casi nada.

PAB. ¿Pues no me decía usted que por cuatrocientos francos el negocio era soberbio?

BOU. ¡Para mí!

PAB. (Levantándose.) (¡Habrá sinvergüenza!)

BOU. Mire usted, la última palabra. Se la compro

á usted en doscientos francos. Y eso por hacerle á usted un favor. ¡Me parece que soy hombre agradecido!

PAB. Sea. Trato hecho. (Siempre son doscientos cautivos rescatados.)

BOU. ¡Ah! ¡Y yo pago á tocateja! (Le da dos billetes de Banco.)

PAB. ¡Claro! Con mi dinero.

REY. (Por la derecha con toga y birrete. Se sienta ante la mesa de la derecha.) (Y ahora, ¡venga el poder discrecional!) (Alto y con tono seco.) ¡Levántese usted, Dagoberto!

DAG. (Sorprendido.) ¿Yo? ¿Es á mí á quien...? (¡Qué humos!)

REY. ¿Usted acusa al señor Blas Bouzu, aquí presente, de sostener relaciones ilícitas...?

DAG. Perdone usted, amigo mío. Creo que presentada de ese modo la cuestión... Vamos, me parece...

REY. No se trata de lo que á usted le parezca. No tengo que recibir ni órdenes ni lecciones de usted ni de nadie. ¡Sépalo usted!

DAG. (¿Qué yerba ha pisado este hombre?)

REY. Hago las preguntas que me parece y en los términos que me parece.

DAG. (¡Tan amable hace un momento!)

REY. Conteste usted. ¿Acusa usted, sí ó no, á Blas Bouzu de ser el amante de su mujer de usted?

DAG. Sí; le acuso.

BOU. ¡Qué bárbaro!

DAG. ¿Qué dice usted?

BOU. ¡Si yo no le he visto á usté nunca! Ni yo acostumbro á jugar con mujeres casadas que no conozco.

ESCENA V

DICHOS y TRUMEAU

TRU. (Es un gendarme. Entra por la segunda derecha con papeles en la mano.) ¿El señor juez de instrucción?

REY. ¿Qué hay, Trumeau?

BOU. (¡Calla, un gendarme!)

TRU. (Dándole el pliego.) De parte del señor fiscal.

REY. Muy bien. Quédese usted. Le necesito. (Lee.)

TRU. A la orden del señor juez.

REY. ¡Hombre! ¡Por fin! ¡Cornillard detenido!

TOU. ¿De veras? ¡Ya era hora!

REY. Según me dicen le han cogido esta mañana. Se atrevió á entrar en la población para visitar á una mujer con quien tenía relaciones...

TOU. ¡Siempre las mujeres!

REY. Búsqueme usted la causa, Toupance. «Juan, Esteban, Roberto Cornillard.»

TOU. En seguida. (Mutis primera izquierda.)

REY. El señor le sustituirá á usted. (Por Pablo.)

PAB. (Bajo á La Reynette.) Oye... ¿También se llama Roberto?

REY. Sí, ¿qué?

PAB. El nombre adorado por madame Pont-Biquet.

REY. ¡Ah, sí, es verdad! (Se ríen los dos. Bouzu va á sentarse al fondo, junto al gendarme, y se duerme.)

DAG. (Se ríen... Comprendido; todo era una broma.) ¡Vaya! Pase por broma. Yo soy tan bromista como el que más.

REY. Aquí no se bromea.

DAG. ¡Ah! ¿No? Entonces esto pasa de la raya. Me voy. (Va á salir por el foro; Reynette hace una seña á Trumeau.)

TRU. (Deteniéndole.) No se pasa.

DAG. Pero, ¡caramba! ¿qué he hecho yo? Vamos á ver, ¿qué he hecho yo?

REY. (Con severidad.) Va usted á saberlo. He recibido informes acerca de usted, Dagoberto.

DAG. (Con extrañeza.) ¿Desde esta mañana?

REY. Sí, y no le ocultaré á usted que son deplorables.

DAG. ¿Qué dice usted?

REY. Usted, desde su infancia, ha manifestado siempre instintos perversos, inclinaciones viciosas.

DAG. ¡Yo!

REY. Su padre de usted era un simple obrero bombista; bombista en vidrio... bombeaba cristales de reloj.

DAG. (¡Calla! ¿Cómo lo sabe?)

REY. Su madre de usted era acomodadora en Beaumarchais; un teatro que casi siempre está cerrado.

DAG. (Se sienta.) (Pero, ¿por dónde demonios?)

REY. Usted, en vez de trabajar, en vez de ir á la escuela, pasaba el tiempo en corretear por las calles de París..

DAG. ¡Es prodigioso! ¡Ah! ¡La policía!

REY. Entonces tropezó usted con un hombre.. un senador, un barón.

DAG. (Levantándose.) ¡Bruto de mí! ¡Pero si se lo he contado yo mismo!

REY. Ese hombre se compadeció de usted, le recogió, le educó...

DAG. Y me hizo su secretario; sí; se lo he dicho á usted hace un momento.

REY. ¿Y cómo agradeció usted la bondad de aquel hombre generoso? Realizando la traición más odiosa; arrebatándole el corazón de la mujer á quien amaba.

DAG. Adelina, del teatro de Varietés... Perfectamente; tiene usted buena memoria.

REY. No me interrumpa usted. Aquella mujer se entendió con usted. Usted la veía en secreto, furtivamente, temblando al menor ruido, ocultando su traición en el fondo de una bañera.

DAG. (¡Pero qué bruto he sido, Dios eterno!)

REY. Hoy alimenta usted la esperanza de casarse con Adelina.

DAG. Merezco una albarda. (Se sienta.)

REY. Por desgracia, no es usted libre. Está usted casado. Pero, ¡qué importa! Con tal de conseguir lo que se propone, hace usted desgraciada á su mujer...

DAG. ¡Yo!

REY. Le hace insoportable la existencia.

DAG. ¡No es verdad!

PAB. (Está admirable de elocuencia, pero le daría dos bofetadas á la justicia.)

REY. Usted la vigila...

DAG. ¡No es verdad!

REY. ¡Cállese usted! Usted la hace espiar, usted

la acusa... (Señalando á Bouzu.) ¿Y no teme usted acusar también á este hombre honrado, á este animoso trabajador? ¿Dónde está este animoso trabajador? (A Bouzu, que se ha dormido al fondo cerca del gendarme.) ¡Bouzu! ¡Bouzu, despierte usted! Este modelo de esposos y de padres de familia...

BOU. (Viene al proscenio.) (¿Qué dice?)

REY. Ultraja usted el honor de este pobre aldeano, que se mata trabajando para alimentar á sus hijos.

BOU. No tengo.

PAB. (Bajo á Bouzu.) ¡Silencio!

REY. Que jamás ha amado á otra mujer que la suya...

BOU. No tengo.

PAB. ¡Cállese usted!

DAG. (Nervioso.) Pero, en resumidas cuentas, ¿ha sido sorprendido esta noche pasada con mi mujer este hombre honrado, este esposo modelo? ¿Le han sorprendido, sí ó no?

BOU. ¿No le he dicho á usted que no? ¡Pues no es poco terco! Es una equivocación. ¿Quiere usted que lo pruebe?

REY. Hable usted, Bouzu.

DAG. Es inútil.

REY. ¡Bouzu, le ordeno á usted que hable.

BOU. Ya sé yo el intríngulis de la historia. He estado esta mañana en el hotel á recoger mi ropa y he hablado con el camarero, que me lo ha contado todo.

PAB. (¡Canastos!)

REY. (¡Otra vez el camarero!) ¡Calle usted, Bouzu!

BOU. Su mujer de usted estaba con un hombre. ¡Es un hecho!

DAG. ¡Ah!

BOU. ¡Pero no era yo!

PAB. Pero, ¿quién le mete á usted...?

REY. Bouzu, le mando á usted que calle.

DAG. Hable usted, Bouzu.

BOU. El que estaba era otro, que lleva una vida de mil demonios.

REY. ¡Ah, esto es demasiado! (Se levanta.)

PAB. (¡Yo lo saco de aquí á puntillones!)

BOU. Ha roto...

REY. (Empujándole.) ¡Vaya! ¡Se acabó! ¡Al pasillo! (A Trumeau.) Gendarme, haga usted salir á este hombre, ¡vivo! (Bouzu, siempre protestando, sale por el foro, arrastrado por Pablo y empujado por Trumeau, que salen con él.)

DAG. ¡Protesto! ¡Protesto!

REY. Me da lo mismo.

DAG. ¿Por qué no le deja usted hablar?

REY. Porque quiero. Aquí no hay más autoridad que la mía, ¿lo oye usted? Quiero que se conteste á mis preguntas y nada más que á mis preguntas. ¡A dónde iríamos á parar si tuviéramos que oir los chismes y las tonterías de unos y otros! ¡No faltaba más!

DAG. Su deber de usted es buscar la verdad por todos los medios.

REY. No necesito que usted me diga cuál es mi deber. Le conozco. (Levantan la voz.)

DAG. Nadie lo diria.

REY. (Furioso.) ¿Qué está usted diciendo? ¿Eh? ¡Mucho cuidado con las insolencias, porque le costarían á usted caras!

DAG. ¡Y encima me amenaza! ¡A mí! ¡Al querellante! ¡Es el colme! ¡Buena está la justicia! (Trumeau entra por el foro.)

REY. Le advierto á usted que si dice una palabra más, una sola palabra, le arresto inmediatamente.

DAG. ¡Arrestarme! ¿A mí?

REY. Sí, señor.

DAG. ¿A mí? ¿Al marido?

REY. A usted, al marido.

DAG. ¡A que no!

REY. ¿Me desafía usted?

DAG. ¡Quisiera verlo! (Entra Pont-Biquet por la segunda derecha.)

REY. Ahora mismo. (A Trumeau.) Prenda usted á este hombre. (Trumeau le echa mano.)

DAG. (Resistiéndose.) ¡Ah, monsieur Pont-Biquet!

ESCENA VI

LA REYNETTE, DAGOBERTO, TRUMEAU y PONT-BIQUET

REY. (Estupefacto.) ¡Mi suegro! (¡Me ha partido!)

PONT ¿Qué pasa?

REY. ¡Cómo! ¿Está usted ya de vuelta?

PONT Me he encontrado en la estación de La Roche un telegrama del fiscal dándome cuenta de la captura de Cornillard y he vuelto en el primer tren descendente.

DAG. Bendigo su vuelta, señor Pont-Biquet.

PONT ¿Pues qué hay?

REY. Hay que desde hace un cuarto de hora este caballero insulta á la justicia y ultraja á la magistratura.

DAG. ¡Yo!

PONT ¡Ah! ¿Sí? ¿También este señor es de los que nos atacan?

DAG. Yo no ultrajo á nadie. Yo soy correcto. ¡Siempre correcto! Pero deseo..

PONT (A Reynette.) ¿Has comenzado el sumario?

REY. Y lo he concluído. Ahora mismo.

DAG. ¿Concluído?

PONT ¡Tan pronto! Yo no te había dicho que lo acabaras, sino que lo prepararas.

REY. Bouzu no es culpable.

DAG. Perdone usted. Si no lo es él, lo será otro.

REY. No se trata de eso. ¿Quién ha sido sorprendido con su mujer de usted? ¡Bouzu! ¿A quién acusa usted? A Bouzu. Aunque hubiera diez más ¡veinte! ¡ciento! no me importa.

PONT A mí sí. ¿Ha prestado declaración la mujer de Dagoberto?

REY. Todavía no.

PONT (¡Muy bien!) Es indispensable empezar por ahí. ¿Está aquí?

REY. No: está á dos pasos de aquí; en el hotel de Inglaterra. Se le ha prevenido que no salga de su habitación esta tarde y que espere allí á disposición de la justicia.

PONT ¡Ah! ¿está á disposición?... ¡Muy bien!

REY. (Quitándose la toga.) Si quiere usted que vaya en un momento...

PONT No; gracias. Iré yo.

REY. ¿Para qué va usted á molestarse? Si yo...

PONT No. Prefiero ir yo mismo.

REY. En cinco minutos voy y vuelvo...

PONT ¡Te digo que no! Tengo que ver al sustituto á propósito del asunto de Cornillard y aprovecho la ocasión para interrogar yo mismo á miss Carmen (Veremos esa famosa belleza de la que han hablado todos los periódicos.) (Vase foro.)

REY. (Todo me sale al revés.)

DAG. (Ahora es cuando se hará justicia.)

ESCENA VII

REYNETTE, DAGOBERTO, TRUMEAU; después TOUPANCE

REY. Ahí tiene usted lo que yo quería evitar á todo trance.

DAG. ¿El qué?

REY. Que mi suegro tomara declaración á su mujer de usted.

DAG. ¿Por qué?

REY. ¿Que por qué? Pues en interes de usted mismo. (No puedo decirle que en interés mío.)

DAG. No comprendo...

REY. ¿No, eh? ¿Tiene usted una amiga y persigue á su mujer porque tiene un amante?

DAG. ¿Y qué?

REY. Que no tiene usted derecho. Artículo 336 del Código penal.

DAG. (Incrédulo.) ¡Vamos!

REY. Perderá usted el pleito, será usted condenado en costas y se verá usted perseguido entonces por su mujer y por Bouzu.

DAG. Pero... ¿habla usted en serio?

REY. ¡Que si hablo en serio! Yo lo he visto desde el principio del asunto. ¡Pero los artistas! Creen que todo es comerse una zanahoria. Yo me dije: «Hago una parodia de interro-

gatorio, dicto un sobreseimiento y detengo así el proceso, que es un mal paso en que se ha metido este imprudente.» Eso es lo que me proponía.

DAG. De manera que el mal humor de antes...

REY. Era una comedia á fin de que Bouzu—porque estos brutos son muy maliciosos—no sospechara mi interés.

DAG. Pero diga usted, ¿no puedo perseguir á mi mujer á causa de la otra?

REY. ¿Pero no comprende usted que desde ese momento se supone que el marido trata solamente de cambiar de mujer sin motivo y eso no puede aprobarlo la justicia?

DAG. Realmente debo estar agradecido á usted...

REY. ¿Sabe su mujer de usted las relaciones con Adelina?

DAG. ¡Claro que lo sabe!

REY. Pues está usted fresco. Porque en este momento se lo estará contando á mi suegro.

DAG. Entonces... ¡ay! ¡me vuelvo loco!... Lo mejor es que vea usted al señor Pont-Biquet, que le explique...

REY. Sí; es lo mejor. (Con tal que Carmen no le haya hablado de mí...) Voy corriendo.

TOU. (Por la primera derecha con legajos.) Aquí está la causa de Cornillard.

REY. Póngala usted en mi mesa. (Vase segunda derecha.)

ESCENA VIII

DAGOBERTO, TOUPANCE, TRUMEAU; después MADAME PONT-BIQUET

TOU. (A Dagoberto.) ¿Qué tal su asunto de usted? ¿Tiene usted buena impresión?

DAG. No, señor.

TOU. ¿No, eh?

DAG. Todo iba como una seda. Pero de pronto ha vuelto monsieur Pont-Biquet...

TOU. ¿Qué? ¿Monsieur Pont-Biquet ha vuelto?

DAG. Hace un instante que ha estado aquí.

TOU. (¡Por eso no ha venido su mujer á la cita!) (Viendo á madame Pont-Biquet que entra por el foro.) ¡Ella aquí! ¡qué imprudencia!

Mme. PONT ¿Estorbo?...

TOU. (Haciéndole señas.) ¡Chist! Espere usted. (A Dagoberto.) ¿Tiene usted la bondad de pasar aquí, á la sala de testigos? Es cuestión de cinco minutos.

DAG. Sí, señor... (Saludando.) ¡Señora!...

TOU. Trumeau le acompañará áusted.

DAG. ¿Quién es Trumeau? ¡Ah! el gendarme. (Voy á estar divertido.) (Mutis seguido de Trumeau por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

TOUPANCE y MADAME PONT-BIQUET

TOU. ¡Por fin estamos solos! ¡Ah! ¡cuánto le agradezco á usted que haya venido! Hace dos horas que espío el momento de su llegada, su aparición...

Mme. PONT ¿Me esperaba usted?

TOU. ¡Ah! ¡y con cuánta impaciencia!

Mme. PONT ¿Tenía usted algo que decirme?

TOU. (Con fuego.) ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! Tengo que decir á usted una cosa. ¡Ursula! ¡mi querida Ursula!

Mme. PONT (¡Ursula! ¡qué confianza!)

TOU. Pero en este sitio sería poco prudente. Yo contaba con la ausencia de monsieur Pont-Biquet... Creía que estaríamos solos: por eso le he dado á usted esta cita.

Mme. PONT ¿Usted me ha dado una cita? ¿Cuándo?

TOU. ¡Toma! Esta mañana á las once, cuando nos fuímos á la estación. ¿No me comprendió usted?

Mme. PONT ¿Yo?

TOU. Quería dar á usted las gracias por esta rosa que me tiró usted anoche por la ventana del salón. (Señalando la rosa que lleva en el ojal.)

Mme. PONT (Sorprendida.) (¿Qué?)

TOU. ¡Y por los besos que la acompañaron!

Mme. PONT (¡Toupance!)

TOU. ¡Ah, los besos! ¡Desde ayer me abrasa el deseo de devolverlos!

Mme. PONT (Entonces, Roberto... ¡Es él, Roberto! ¡Ah!)

TOU. Desde ayer tengo verdadera fiebre...

Mme. PONT (¡Y tenía el tupé de escribir que era joven y que no había amado nunca!)

TOU. ¡No pienso más que en usted! ¡Solo en usted!

Mme. PONT (Agresiva.) ¿Conque me ama usted?

TOU. Frenéticamente.

Mme. PONT ¿Conque yo soy su primer amor?

TOU. ¡Exacto! El primero y el único. Mi matrimonio fué un matrimonio de conveniencia.

Mme. PONT ¿Conque usted es joven?

TOU. ¡Ah, sí! Mi corazón para usted tiene siempre veinte años, Ursula.

Mme. PONT (Me ama verdaderamente. No puedo guardarle rencor.)

TOU. Tenía la esperanza de pasar aquí con usted algunas horas, solitos...

Mme. PONT (Púdicamente.) ¡Ah, Roberto!...

TOU. (Sorprendido.) (¿Roberto?)... Y había preparado un poco de merienda, unas frutas, unos pastelillos, champagne...

Mme. PONT ¡Oh!...

TOU. Y un bonito *bouquet.*

Mme. PONT ¿Un *bouquet?*

TOU. Lo tengo en la escribanía. Voy á traerlo. (Vase por la primera izquierda.)

Mme. PONT ¡Era Toupance! ¡Y yo que me figuraba!... ¡Ah! no valía la pena de remontar la fantasía. En fin, la verdad que el pobre hombre no tiene la culpa. Habla con sinceridad.

TOU. (Entrando.) ¡Aquí está el *bouquet*!

Mme. PONT (Tomándolo.) ¡Es soberbio! ¡Y huele muy bien! ¡Gracias, Roberto!

TOU. (¡Otra vez!)

Mme. PONT (Bruscamente.) ¡Ah! ¡ahora que me acuerdo! ¡Sí, está claro! ¡Usted es un miserable! (Le pega con el «bouquet».)

TOU. (Estupefacto.) ¡Yo! ¡un miserable!

Mme. PONT Sí: usted se lo ha contado todo á mi yerno.

TOU. ¿A La Reynette? Que le he contado... ¿qué? Yo no le he contado nada.

Mme. PONT ¿Cómo sabría él que usted me ama, si usted no hubiera cometido la indiscreción?...

TOU. ¿Reynette sabe que yo la amo á usted? ¡Imposible!

Mme. PONT Bien claramente me lo ha dado á entender. Y yo había venido aquí para tener con él una explicación.

TOU. Le doy á usted mi palabra de honor... (Reynette entra por la segunda derecha.)

Mme. PONT Aquí está.

ESCENA X

TOUPANCE, MADAME PONT-BIQUET y LA REYNETTE

REY. ¡Calla! ¿Usted por aquí, mamá? (Mientras deja el sombrero sobre su mesa y madame Pont-Biquet habla con Toupance. Al público.) He ido al hotel de Inglaterra, cuarto número doce, el cuarto de Carmen. Llamo; no contestan. Otra vez... y nada. Empujo la puerta y oigo la voz de mi suegro que grita: «¡No abrid, en nombre de la ley!» He dado media vuelta.

Mme. PONT (A La Reynette.) ¡Caballero!

REY. ¡Mamá!

Mme. PONT Esta mañana me ha arrancado usted de las manos una carta que yo iba á dar á monsieur Pont-Biquet; carta que revelaba ciertas cosas...

REY. Así es.

Mme. PONT Ha tratado usted de intimidarme para que callara... ¡y no callaré! Las artimañas de usted son inútiles. Sus amenazas no me dan miedo. Puede usted denunciarme á mi marido cuando quiera. No me importa. Ahora ya sé quién es Roberto.

REY. (¡Zambomba!)

Mme. PONT Sí; conozco al que me ha enviado esas cartas tan misteriosas y apasionadas.

REY. (Yo creía haber disfrazado mi letra.)

Mme. PONT Este es el que las ha escrito. (Por Toupance.)

TOU. (¡Yo!)

REY. ¿Toupance?

Mme. PONT Como usted comprende, monsieur Toupance no es hombre peligroso.

TOU. Perdone usted; yo...

Mme. PONT Y sepa usted que prefiero contárselo todo á mi marido, antes que dar entrada en mi hogar al deshonor.

REY. (Espera un poco. Voy á darte la vuelta en plata menuda.) (A Toupance.) ¿De manera que usted se llama Roberto?

TOU. ¿Yo? Yo me llamo Alfredo.

REY. ¿Y usted es el que ha escrito á esta señora cartas incendiarias?

TOU. ¡En mi vida!

Mme. PONT ¿Pero no acaba usted de declararme su amor?

TOU. Eso sí; pero no le he escrito á usted nunca. Varias veces he notado que me llamaba usted Roberto; es verdad; pero no sabía á qué atribuirlo. Yo no la amo á usted más que desde anoche á las nueve y media, hora en la cual usted me tiró esta rosa por la ventana y me echó usted besos.

REY. (Riendo.) (¡Anda! ¡Los recibió éste!)

TOU. Confieso que los recibí con placer y que me encantó esa ardiente simpatía que, á la verdad, no sospechaba; pero...

REY. Bueno, bueno, Toupance: déjenos usted.

Mme. PONT ¡Esto es horrible! (Cayendo en el banquillo.) ¡Cada vez lo entiendo menos!

TOU. (¡Pero qué manía es esa de Roberto!) (Vase primera izquierda.)

ESCENA XI

LA REYNETTE y MADAME PONT-BIQUET

REY. (Ahora me toca á mí. Voy á darle un jabón para toda su vida.) Acusada, levántese usted.

Mme. PONT ¿Qué está usted diciendo?

REY Acusada, póngase usted en pie.

Mme. PONT (Se levanta furiosa.) ¡Insolente!

REY. ¡Silencio! No habla el yerno: habla el magistrado. (Se pone el birrete.)

Mme. PONT ¡El magistrado!...

REY. ¿Cómo se llama usted? Sí; ya lo sé: (Escribe.) Ursula Cachoin, mujer de Pont-Biquet.

Mme. PONT ¿Qué significa esta farsa?

REY. ¿La edad de usted?...

Mme. PONT Pero...

REY. (Escribiendo.) Cuarenta y cinco años.

Mme. PONT (Vivamente.) ¡Cuarenta y cuatro!

REY. ¡Cuarenta y cinco!... ¿Ha sido usted procesada anteriormente?

Mme. PONT ¡Caballero!

REY. ¿No?... ¡Bueno!... ¡Abra usted el corsé!

Mme. PONT Pero, ¿se ha vuelto usted loco?

REY. Abra usted el corsé y deme usted las cartas que lleva usted escondidas.

Mme. PONT (Aterrada.) ¡Los cartas!... Pero...

REY. ¡Las cartas de Roberto!... Esas cartas que le producen á usted un gran consuelo, como usted misma dice impúdicamente.

Mme. PONT (¡Este hombre es el mismo demonio!) Aquí están. (Las saca y se las da.)

REY. ¡Muy bien! (Las guarda en el bolsillo.) (Ya estoy tranquilo.)

Mme. PONT ¿Quiere usted al menos explicarme?...

REY. (Con acento dramático.) ¡Han cogido á Cornillard!

Mme. PONT ¡Ah!... ¿Y qué?

REY ¡Que Cornillard ha sido detenido!

Mme. PONT Bueno, ¿qué más?

REY. ¿No comprende usted ó finge no comprender? ¡Roberto Cornillard!... ¡Roberto!

Mme. PONT (Da un grito.) ¡Ah! ¿él?

REY Sí.

Mme. PONT ¡No! (Tapándose la cara con las manos.)

REY. ¡Sí!

Mme. PONT ¡No!

REY. ¡Sí!

Mme. PONT (Trastornada.) ¡Oh! ¡es imposible!

REY. Ha entrado en la ciudad para ver á la mujer que amaba, ¡para verla á usted! y le han cogido.

Mme. PONT (Anonadada.) ¡Amada por Cornillard! ¡Yo!...

REY. ¡Un ladrón! ¡un bandido!... ¡quién sabe! quizás un asesino.

Mme. PONT ¡Ah! ¡es espantoso!

REY. ¡Ese! ¡ese es el apuesto galán que prefería usted á su marido! Ese era el hombre de encantos irresistibles que la volvía á usted loca de amor. A usted, la virtuosa señora Pont-Biquet, tan severa é intolerante con las faltas de los demás. ¡Usted, la esposa del juez de instrucción!

Mme. PONT (De rodillas, llorando.) ¡No sabía, Reynette, no sabía!...

REY. Y á ese granuja despreciable le ha estado usted escribiendo á la lista de correos en Blocqueville.

Mme. PONT ¡Por piedad, Saturnino!

REY. ¡Aquí están! Aquí están las cartas apasionadas de usted, que los gendarmes le han sacado del bolsillo al registrar á ese malhechor. ¡Ah! se me ponen los pelos de punta...

Mme. PONT ¡Por caridad, Saturnino!

REY. Se me ponen los pelos de punta cuando pienso que estas cartas abominables podían, ¡debían! haber caído en manos de monsieur Pont Biquet. ¿Qué hubiera sido entonces de usted? ¿qué hubiera usted hecho? ¿qué hubiera usted dicho? Y todavía, si cuando sea juzgado, viene ese Cornillard á jactarse en plena Audiencia de sus relaciones con la mujer del juez... ¿qué hará usted? ¡vamos á ver! ¿qué dirá usted?

Mme. PONT ¡Ah, no, no! ¡Eso, nunca! ¡Me moriría de vergüenza! ¡Sálveme usted! (Se desploma en una silla delante de la mesa, sobre la cual echa el brazo y la cabeza. Reynette le levanta la cabeza, la suelta y la cabeza vuelve á caer inerte.)

REY. (Yo creo que es suficiente. No quiero llegar al ataque de nervios.)

Mme. PONT (Recobra el sentido.) Diga usted, diga usted, por Dios, que me salvará.

REY. Bueno. ¡La salvaré á usted!

Mme. PONT ¡Ah! ¡Gracias!

REY. Es posible que me cueste caro. Pero Corni-

llard no hablará á nadie de esta aventura vergonzosa. ¡Se lo prometo á usted!

Mme. PONT ¡Ah! ¡Eso es muy noble!

REY. Se lo prometo á usted... con las condiciones siguientes.

Mme. PONT ¡Vengan, vengan!

REY. (Después de reflexionar un momento.) En adelante será usted tan bondadosa y tan amable como gruñona y áspera ha sido hasta ahora.

Mme. PONT ¡Sí! ¡Sí!

REY. (Como antes.) No se opondrá usted en lo más mínimo al casamiento de Gabriela y Pablo.

Mme. PONT ¡No! ¡No me opondré!

REY. (Como antes.) No hablará usted á mi mujer ni una palabra de mi visita á esa Carmen.

Mme. PONT ¡Ni una palabra!

REY. (¡Vamos á ver! ¿Qué más le pediría yo ahora que es tiempo?)

Mme. PONT (Súbitamente.) ¡Ah!

REY. ¿Qué ocurre?

Mme. PONT Pablo...

REY. Pablo... ¿qué?

Mme. PONT El también gritaba «¡Roberto!» esta mañana.

REY. (¡Canastos! Es verdad.)

Mme. PONT ¿Es que lo sabe?

REY. Nada concreto. Estaba conmigo cuando los gendarmes me trajeron las cartas de usted... ¡Claro! se me escaparon algunas palabras... pero incoherentes. No puede haber formado idea... Yo me encargo de que no sospeche nunca la verdad.

Mme. PONT ¡Saturnino, usted es un ángel!

REY. No. No soy un ángel: Soy sencillamente un yerno que quiere bien á su suegra. Y eso, en estos tiempos, no es un grano de anís.

Mme. PONT ¿Y mis cartas? ¿No me las devuelve usted?

REY. Más adelante... si se porta usted bien. (Al ver á Pont-Biquet que entra por el fondo seguido de Pablo que le habla, sin que Pont-Biquet dé señales de oirle.) ¡Cuidado! ¡su marido de usted!

ESCENA XII

DICHOS, PONT-BIQUET y PABLO

Mme. PONT (Bajo á Reynette.) ¡El pobre! ¡De buena gana le daría un abrazo!

REY. ¡Ni pensarlo! ¡Sería una torpeza! Arreglese usted un poco el peinado.

PONT (Radiante de júbilo, va á la mesa de la derecha.) (¡Qué mujer! ¡qué hermosura! ¡qué talento! ¡qué gracia! ¡Las tres cosas!) (Se sienta y escribe.)

PAB. (Bajo á Reynette.) ¿Estás seguro de que Pont-Biquet no sabe nuestras aventuras con Carmen?

REY. ¡Qué se yo! Precisamente viene de verla. No sé lo que ella le habrá dicho.

PONT (¡Ha declamado, ha cantado y ha bailado! ¡Las tres cosas! (Escribe.)

PAB. Le he encontrado ahora mismo, he venido con él y...

REY. ¿Y qué?

PAB. No sé si era frialdad conmigo ó que venía muy preocupado. Le hice algunas preguntas y no sé si me ha contestado. Debía ser preocupación porque ha faltado poco para que le cojan dos coches.

PONT (¡Qué belleza! No. No mentían los periódicos.) (Escribe.)

REY. Puede que Carmen le haya contado... ¿Qué está escribiendo? (Va hacia Pont-Biquet.)

PONT (A Reynette.) Tenías razón: Bouzu no es culpable ni hay delito ninguno que perseguir. Mira el auto de sobreseimiento.

REY. (Bajo á Pablo.) ¡Estamos salvados! Y esta vez definitivamente.

PAB. (Lo mismo) ¡Por fin!... (Matilde entra con mal talante por el foro.) ¡Tu mujer!

ESCENA XIII

DICHOS y MATILDE

REY ¡Querida Matilde!...

MAT. (Furiosa.) ¡Déjeme usted, caballero! Le prohibo á usted que me dirija la palabra.

REY. (¿Qué pasa ahora?)

Mme. PONT ¡Matilde!

MAT. (A Pont-Biquet que no la oye y sigue sonriendo.) Papá: ya sé la verdad de lo ocurrido esta noche pasada en el Hotel de Inglaterra.

REY. ¿Qué?

Mme. PONT (¿Qué dice?)

MAT. He ido en busca del camarero que estuvo en casa esta mañana y me lo ha contado todo.

PONT (Me está hablando... No oigo nada. ¡Diantre! ¿Será que por casualidad?)

Mme. PONT ¡Matilde, ten calma!

MAT. ¡No! ¡no callaré!

PONT (¡Esto me faltaba! ¡Ya estoy sordo, caramba! Con tal que mi mujer no lo note...)

MAT. ¡Papá, mi marido me engaña!

REY. ¡Falso!

MAT. Anoche...

REY. ¡Falso! ¡falso!

MAT. ¡Es cierto! ¡Con una tal Carmen! ¡Sí, señor!

REY. ¡Protesto enérgicamente, querido suegro!

PONT (Sigamos sonriendo. La sonrisa no quiere decir nada.) (Lee el proceso de Cornillard.)

Mme. PONT (A Matilde.) Escucha, hija mía. (Le habla.)

PAB. (A Reynette.) Tu suegro no dice nada.

REY. Le ahogará la cólera.

PAB. ¡Cá! ¡si está sonriendo!

REY. ¡Sí! ¡Es incomprensible!

PAB. ¡Si parece que no se entera!

REY. (¡Hola! ¡hola! ¿Si estará sordo como los sábados?)

PAB (¿Qué será esto?)

MAT. ¡No, mamá! ¡Es inútil. Pediré el divorcio. (Señalando á Reynette.) ¡Y lo toma á risa! ¡qué villanía!

REY. ¡Este suegro! (Tosiéndole á la oreja.) ¡Ejem! ¡ejem! ¡nada! ¡está sordo!

PAB. ¿Sordo?

REY. (Repite el juego.) ¡Ejem!... ¡Audiencia pública! Está como una tapia.

Mme. PONT (Vivamente.) ¿Está sordo?

REY. (¡Adiós mi dinero! He dicho una tontería.)

Mme. PONT (A Pont-Biquet: furiosa.) ¡Ah! ¿Conque está usted sordo? ¿De dónde viene usted? ¿De dónde? (Sacudiéndole por un brazo.)

PONT ¿Que por qué he vuelto? Porque han cogido á Cornillard.

Mme. PONT ¡Cornillard! ¡Oh!...

REY. ¡Esta es la espiación, querida mamá! Todos necesitamos un poco de indulgencia. En cuanto á ti, Matilde, mi buena Matilde, te afirmo y te juro que no soy culpable. Que te lo diga tu madre.

Mme. PONT (Con fuego.) Saturnino es un hombre leal y honrado, hija mía. Es un hombre de corazón. Es el honor y la providencia de la familia Pont-Biquet. ¡Amale mucho! Como debemos amarle todos, porque lo merece.

PAB. (¡Vaya un elogio! ¡Esto es estupendo!)

REY. (A Matilde.) Vamos: ¿te convences? (Madame Pont-Biquet golpea con un libro sobre la mesa sin que Pont Biquet lo oiga.)

MAT. ¡Qué he de hacer! ¡Cuando mi madre lo dice! Además, yo no deseo otra cosa.

Mme. PONT (Dejando caer sobre la mesa un libro ó cartapacio muy grande. Pont-Biquet impasible.) ¡Jamás ha estado tan sordo!

ESCENA XIV

DICHOS, TOUPANCÉ, DAGOBERTO y TRUMEAU

TOU. (Por la primera izquierda.) ¡Oh, cuánta gente!

TRU. (Por la segunda izquierda con Dagoberto.) ¿Y después?

DAG. Después mondo una zanahoria, me como una manzana...

REY. ¡Albricias, querido señor Dagoberto! ¡Le

convencí! Monsieur Pont-Biquet ha firmado un auto de sobreseimiento.

DAG. ¡Ah, muchas gracias! ¡Me vuelvo á París!

REY. ¿Con su mujer de usted?

DAG. ¡A la fuerza! La facturaré también... hasta nueva orden.

PAB. (¡Buen viaje!)

DAG. (A Pont-Biquet.) Caballero, muchísimas gracias por la bondad...

PONT ¡Ah! ¡encantadora! ¡Es encantadora!

TRU. (A Pont-Biquet.) Si el señor juez no me necesita, ¿puedo irme á comer?

PONT No; hoy no. Ya hablaremos de eso mañana.

Mme. PONT (A Toupance.) Tome usted sus flores, Toupance.

TOU. (Las toma.) ¿De modo que... todo ha concluído?

Mme. PONT ¡Ah, sí, por completo!

TOU. (¡Se lo daré á mi mujer!) (A Pont-Biquet.) ¿Se acabó por hoy, verdad? ¿Ha terminado la instrucción?

Mme. PONT (Toma el bouquet.) Muchas gracias. Es magnífico. ¿Son de su jardín?

TOU. (¡Me toma el bouquet!)

PONT La Reynette, ten la bondad de hacer que me dejen solo y que no entre nadie. Tengo que trabajar. (Se sienta en una butaca.)

REY. ¡Comprendido! Va á echar la siesta.

Mme. PONT (A Reynette.) ¡Saturnino!...¿No será usted muy severo con ese desdichado Cornillard?

REY. ¿Tiene usted interés?

Mme. PONT Al fin y al cabo... se ha dejado coger por verme.

REY Corriente. Si es usted muy buena, muy buena... reconoceré para él circunstancias atenuantes.

TELÓN

3 0112 117457736

Precio: DOS pesetas